

IMPRIMIR

LOS JUDAS DE JESÚS

HENRI BARBUSSE

Espacio
Disponibile

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

ADVERTENCIA

Cuando el apasionado y dialéctico autor de El Fuego publicó su extraordinario Jesús hubo buenas almas que dijeron: "¡Fantasías de poeta! Ese visionario no podrá aducir sus fuentes". Sin embargo, al final de su gran libro, Henri Barbusse se comprometía a "exponer en su próxima obra los documentos y los indicios" que le habían permitido erigir esa imagen del ilustre y dulce Profeta. Y esa promesa es la que cumple magníficamente hoy, de una manera que va a poner en confusión determinado campo.

No habrá un erudito, un apasionado de la exégesis -independiente, desde luego-, que no se incline forzosamente ante la documentación que representa este nuevo libro y -sobre todo-, ante la manera como la vivifica por el aliento de una maravillosa dialéctica.

Gracias a él, se aclaran al fin las tinieblas. Estalla la oposición entre la doctrina de Jesús, la pura y generosa moral del crucificado del siglo primero, y la ley bárbara de dominio y de opresión que Pablo de Tarso y sus sucesores -los fundadores de la Iglesia- erigieron maquiavélicamente.

"Los Judas -escribe el autor- son todos aquellos que, desde hace veinte siglos, traicionan y venden a su Maestro cada día".

Libro de polémica es, sin duda, Los Judas de Jesús; pero libro de tal altura de miras, de una justeza tan inspirada, que será meditado y respetado indudablemente, en el fondo de su corazón, por los mismos que se crean en el deber de condenarlo más violentamente.

PRIMERA PARTE

LOS ORIGENES

HISTORIA POSITIVA

Al final de *Jesús* escribí: "He de exponer en un libro cuáles son los fundamentos, los indicios y las razones que me han guiado e instruido en la tentativa de remontarme hasta el verdadero pasado y encontrar a Jesús: el hombre divinamente hombre, que comprendió, situó y orientó al hombre mejor que ningún otro.

En la presente obra cumplo aquel compromiso.

La ciencia histórica se ha apoderado al fin de la Historia Sagrada y la trata como lo que es en realidad: una parte de la Historia Universal. La crítica de los textos religiosos se ha emancipado de una servidumbre que antiguamente era odiosa y, hasta hace poco todavía, ridícula; ha conquistado su independencia: hoy, la luz entra en los arcanos tan cuidadosamente cerrados de los hechos y de las doctrinas de carácter sagrado.

Yo no tengo aquí más que una pretensión que da a mi visión de conjunto algún alcance, sin por ello aumentar mi modesto mérito personal: la de haber aprovechado metódicamente todos los trabajos consagrados por los investigadores independientes a Jesús y a los orígenes cristianos. Esto me permite prevalerme del "grado de certidumbre", al que, según la expresión de uno de ellos, M. Ch. Guignebert, profesor de la Sorbona, "se han elevado algunas disciplinas de la erudición".

Abordo con respeto este drama enorme de las épocas y de los corazones: la religión cristiana. Pero, ese respeto no lo rindo a dogmas demasiado manifiestamente ficticios y a través de los cuales aparecen demasiados cálculos; lo tributo a la multitud de las conciencias que desde hace cerca de dos mil años se han entregado desesperadamente a él, creyendo encontrar un punto de apoyo y un refugio. Admiro también el fulgor de los grandes místicos y las locas dimensiones de sus preces. Pero el misticismo humano tiene profundidades que hay que guardarse de asignar a todos los objetos a los que se aplica. En la infernal realidad algunos corazones han abierto abismos de luz que no iluminan más que su propia estrella, en el centro. Además, el fervor creador de los hombres tiene otros deberes mejores y más duros que la codicia egoísta de la salvación.

Creo que es superfluo detenerme en defender la tesis de que la personalidad de Jesús pertenece a los no creyentes, y que, por otra parte, la concepción de un Jesús ateo, que yo expuse en mi último libro, no es una paradoja destinada a llamar, por lo chocante, la atención del público. Los lectores de buen sentido y de buena fe habrán de reconocer que está basada en datos estables y graves: en la crítica de las vastas operaciones constructivas del espíritu humano. En las grandes tendencias dinámicas, tan acentuadas, del

alma judía y la pureza fundamental de Israel. En los fondos de documentación positiva que podemos recoger respecto a un conjunto de acontecimientos legendarios y velados, pero esplendentes por sus consecuencias mediatas y sus repercusiones.

FE Y RAZON

Misterioso por sí mismo, y viéndose perdido en medio del universo, el hombre procura tomar posesión de este universo por el pensamiento y descubrir una explicación de su propia naturaleza y del mundo. Se esfuerza también en regular por esa explicación sus actos individuales y colectivos para armonizarlos, en lo posible, con sus intereses vitales.

La filosofía y los dogmas religiosos le han conferido diversos grandes designios, de un conjunto del que la experiencia y la esencia no le ofrecen más que fragmentos.

La historia del espíritu humano, en el plano teológico, es nublada por la guerra sostenida entre dos "principios" diametralmente opuestos: la fe y la razón, y llena de esfuerzos hechos por los abogados de las concepciones absurdas, en el sentido integral de la palabra, para dar a su lucha contra la razón apariencias razonables.

Los hombres poseen medios inherentes a su naturaleza de comprobar la realidad sensible y de establecer la verdad: los datos de los sentidos, corregidos por la experiencia y por la razón misma, intuitiva o discursiva, que actúa en el marco de los principios inmutables. Por laboriosos y restringidos que sean los métodos racionales, los hombres no cuentan con otras vías para proseguir su tarea de investigación, de adquisición y de organización, en el campo de la ideología y de la actividad moral, que esas "luces naturales".

Sin embargo, se imponen a sí mismos certidumbres de otra especie.

Hay todo un orden de supuestas verdades y realidades que contradicen a la razón y están instaladas únicamente sobre la creencia; es decir, metafísicamente, sobre nada. Están asentadas en el vacío, *a priori*, para emplear la terminología de los lógicos. Este procedimiento vicioso trastorna el pensamiento y la vida.

La creencia es la ratificación soberana, otorgada por el "yo" a una afirmación. Es un compromiso real de la persona, una manifestación de dictadura individual. En un espíritu sensato, la convicción responde a un razonamiento, es su término orgánico, aunque él tenga la brevedad de relámpago de la síntesis intuitiva ("Pienso, luego soy"). Es un resultado, una conclusión; por consiguiente, una

parte, no un todo. Se puede decir: es la extremidad humana de la realidad. Se cree en alguna cosa, porque ésta es evidente. Y he aquí que, en materia religiosa, se decapita ese sistema armónico, se suprime la cadena deductiva o inductiva, la pirámide de las pruebas, y se promulga la convicción pura y simple, la consecuencia sin la causa. Se esfuerza al espíritu humano a funcionar al revés. Se llega a esta fórmula caótica: una proposición se hace evidente, porque se cree en ella. Reducida a ella sola, la creencia es loca. Es inconsistente, informe, no es más que una afirmación desnuda que gira sobre sí misma, no prueba nada fuera de sí misma y no se basa más que en sí misma. No es más que una expresión verbal. No es un fundamento; al contrario, necesita un fundamento racional que la ponga en contacto con la realidad. Los prejuicios más bárbaros, las supersticiones más absurdas han tenido sus creyentes y los tienen todavía.

La adhesión inmediata, plena y completa del espíritu humano a principios primordiales, cual el principio de identidad, por ejemplo, esa adhesión que se podría, fiando en las apariencias, asimilar a la creencia irrazonada, no es de la misma naturaleza.

Proviene de una conformidad profunda y esencial. Esos principios, o, si se quiere, esos dogmas, corresponden a la naturaleza y a la forma misma de nuestra razón, que recibe en seguida y en todo caso confirmación de sus percepciones; por ejemplo, un cerebro normal no podría admitir sin que toda la estructura interior cayera en ruinas, que una cosa pueda, a la vez ser y no ser, o, en un orden de evidencia más práctica, que pueda haber un efecto sin causa.

Por otra parte, el terrible y caricaturesco *credo quia absurdum* no es una expresión figurada. Es, en efecto, el absurdo que adquiere valor de argumento en la demostración religiosa:

"Creo esto. Pero es absurdo. Por eso precisamente es por lo que hay que creerlo, y no intentar comprenderlo, puesto que nosotros ponemos por definición este orden de verdades por encima de la comprensión. Por eso precisamente es esto maravilloso y divino..."

La religión va más lejos y establece en principio la sabiduría de Dios, no como algo indefinidamente más vasto y completo que la sabiduría del hombre, sino como algo expresamente contrario a ésta. A las miradas de la sabiduría de Dios, la razón humana aparece como una locura. "Yo aboliré la sabiduría de los sabios, y aniquilaré la ciencia de los inteligentes..."

"Le plugo a Dios salvar por la locura que nosotros predicamos a los que creyeran..." (San Pablo). Estas son fórmulas de la nada que destruyen todo lo que tocan. Es, en realidad, muy sencillo avanzar así a golpes de sinrazón. Se concibe el abismo de arbitrariedad al que conduce el desarrollo de esa tesis de la monstruosidad

dad de Dios. Eso es en el plano intelectual un acto de bandolerismo.

La creencia irrazonada tiene, sin duda, resortes interiores: una *necesidad de creer*, ciega e intensa (que es una transposición idealista del afán de propiedad), y la representación finalista de las claras ventajas que resultarían de que ciertos sueños fuesen realidades. El sentimiento de la debilidad del ser humano y de su pequeñez en el universo, el terror a las fuerzas naturales y, sobre todo, el terror a la muerte, dan a la criatura una especie de impulsión permanente hacia lo sobrehumano y el más allá. En el frágil mecanismo de la convicción religiosa, el resorte suplente el motivo. La fórmula es: Esto es verdad, porque yo lo deseo: construcción mental hecha con materiales que difieren esencialmente entre ellos y que no pueden sostenerse uno sobre otro, sino en virtud de una ilusión. Y resulta que este don arbitrario de la convicción profunda es una prostitución del espíritu.

Pero la fe se suscita, se nos dice, por medio de la "revelación". En el caso de los libros revelados, dictados sobrenaturalmente, palabra por palabra, en todo su texto, hay un secretario pasivo; la cuestión adquiere trazas poco honradas. En donde no se pueda invocar la superchería, la revelación se reduce a visiones o a sueños. Se reniega la actuación del pensamiento lógico -primer creador de todo lo que fue humanamente creado en todos los dominios- para atenerse a balbuceos semiconscientes del cerebro oscurecido o sobreexcitado.

Las casi milagrosas facultades del espíritu humano son reemplazadas por una especie de embriaguez.¹

Bajo esta impulsión extraña, el pensamiento "realiza" por la vía mágica de la autoridad absoluta, por un acto de violencia, los terrores, las esperanzas, los deseos y todos los infinitos.

La especulación religiosa, dialéctica por retrocesos, da como establecida la única cualidad de los mitos sobrenaturales que no se puede probar: su existencia concreta. Así, pues, ella los crea. Un principio racional, un axioma, una demostración matemática y hasta una idea general existen en la verdad, no en la realidad concreta. Esas expresiones traducen realidades en el simbolismo científico de la abstracción. Al expresarlas se aclara esa realidad, pero no se le agrega nada. Los matemáticos no son más que lectores supremos. Pero no es de esa pura verdad abstracta de la que se

¹ El genio es eminentemente racional. El hallazgo genial del artista es de la misma naturaleza que el del sabio. El arte es una ciencia exacta que comienza por el fin. Se trata en cada rasgo de genio de una aleación de elementos que no habían sido antes relacionados por el espíritu. Esto es cierto en cuanto a las doctrinas metafísicas, las imágenes poéticas, los acordes o las sinfonías musicales, o bien en cuanto a los descubrimientos positivos -que son comprobaciones concretas- de un Cristóbal Colón, de un Copérnico, de un Newton, de un Dionisio Papín, de un Montgolfier o de un Pasteur.

trata en el dominio religioso, sino más bien de una realidad específica, personal, y, por consiguiente, nueva. Se percibirá, por ejemplo, la distancia que hay entre la idea abstracta de la justicia y el Dios de justicia. El pensamiento individual no puede ser jamás sino una observación. Hasta cuando generaliza y prevé, no es más que una observación. Aquí se sale de sus fronteras y pretende fabricar algo nuevo.

Pero ese hecho, ese procedimiento mental de excepción se sirve de la razón para proseguir su empresa. Hay aquí un acaparamiento ilícito que puede calificarse de hipocresía intelectual y que hay que subrayar. Después de haber denostado perentoriamente a la razón, razona y dice: soy racional. Cimenta con una argamasa real materiales imaginarios. Si tales operaciones pueden ser perpetradas, es porque el mecanismo mental, que no debiera ser más que un instrumento de aprehensión de las realidades sensibles o lógicas, puede actuar también sobre hipótesis, sobre apariencias, sobre errores iniciales de cálculo. Todo lo que es racional no es real no obstante la aserción hegeliana, puesto que no se puede sustentar una serie de razonamientos justos sobre premisas irreales. *Todo es posible en abstracto.* La imaginación es una creadora de caos, hablando propiamente, divina. Por pobre que sea el hombre en la realidad, es rico de un infinito -casi se podría decir: de muchos infinitos-, de imágenes mentales; y ese desconcierto orgánico y mecánico del pensamiento y de lo real es una presa para el militarismo de la creencia. Desde que se deja de hacer coincidir en un punto la verdad y la realidad, como lo hacen corrientemente los visionarios de la revelación, la verdad está perdida. Esos fantaseadores no pueden sentar pie en la realidad, porque no tienen pies. Si admitís los dogmas del Pecado original y de la Redención divina, es lógico que admitáis el conjunto de la religión cristiana. Pero, ¿por qué admitís esos dogmas? Por nada. Porque los admitís. Creer, es creer antes de creer. Las operaciones místicas no se diferencian de los sofismas y de los paralogismos, condenados desde hace tanto tiempo por el buen sentido, más que por las vertiginosas proporciones del objeto en cuestión y el aparato de las terminologías sagradas.

Todo el valor dialéctico de la afirmación cristiana oficial, la prueba de la aventura universal de la Redención, surge de la visión que un mínimo obrero judío, Pablo de Tarso, tuvo un día en un camino. Ese nuevo sistema del mundo, de la vida y de la muerte, esa nueva óptica humana que substituyó -violentándolas en parte- a las concepciones de los filósofos y de los investigadores, se basa totalmente sobre un minuto de éxtasis de un caminante, y el panorama cristiano no ha adquirido puesto en la historia universal más que porque Pablo creyó en un ensueño ver la forma divina y oír la

divina voz, y otros han admitido sin ninguna clase de garantías, no solamente la sinceridad, sino la verdad de Pablo.

La difusión de la fe es, de hecho, una cuestión de autoridad y de educación, aunque ella se atribuya por su propia cuenta un origen intangible. Es también un poder extraño que ante las "revelaciones" del subconsciente, les adjudica el sello y el exclusivismo oficiales. En realidad, la fe antes que fe en un objeto divino, es fe en una autoridad. Es el eco despótico de un mandamiento. Y esto es lógico, puesto que ella no se basta a sí misma. Se puede hacer creer lo que se quiere al hombre cogido desde la infancia afín a la opinión pública, que permanece en estado de infancia y que apenas sabe discernir, en el dominio de la imaginación, los límites de lo que es firme y de lo que es inconsistente. El hombre es un animal milagrosamente crédulo; las personas más provistas de buen sentido y de saber son impotentes para resistirse a la tentación de vivir efectivamente una obra de teatro que se representa ante ellas para no dejarse arrastrar hasta creer que aquello "ocurrió"; y nadie puede eximirse de dar color y voz a las ramplonas y movedizas petrificaciones de la pantalla cinematográfica ². La credulidad ampliamente franca, absorbe la creencia que se le presenta con su grosero imperativo categórico, sus variados procedimientos de intimidación y, ante todo, con la coacción del ejemplo y la del aparato social. Hay en esto un *terror dorado* que tiene por fin desplazar el centro de gravedad del ideal de lo viviente y de impedir, por intereses de dominio, evolucionar normalmente a la especie humana. ³

Sin duda, el conjunto dogmático y ritual que constituye una religión debe adaptarse más o menos a un medio y a una época para implantarse con algunas probabilidades de duración. Y hasta puede decirse que las sociedades no tienen más que las religiones que les convienen.

Esta evidencia, lógica e histórica, que M. Guignebert enuncia al frente de su bella obra: *El Cristianismo Antiguo*, no invalida lo

² ¿Y qué decir si se llega a franquear numerosas zonas mentales y a recorrer toda la gama de las sugestiones y de las hipnosis, y, en particular, esos fenómenos sorprendentes de ilusión colectiva impuesta a numerosas concurrencias?. Francisco de Groisset, en su libro *La fantasmagoría Cingalesa* relata un caso perentorio de supuesto milagro realizado por un fakir y en el que la fotografía ha demostrado indiscutiblemente que no había nada donde la muchedumbre creía ver a un niño trepar por una cuerda erguida, sin sostén, en el vacío.

³ Sin embargo, las fragilidades de esa creencia abstracta que se sobrepone al pensamiento aparecen al desnudo en ciertas circunstancias: por ejemplo, el dolor de los creyentes que pierden un ser querido. Ese desgarramiento destruye en realidad la noción de separación momentánea e insignificante en la que se *deberá* creer por encima de todo, así como la de bienaventuranza eterna del alma emigrante de la vida. La realidad, pasa a través de la creencia.

que yo acabo de escribir sobre el papel preponderante de los factores artificiales, es decir, no teológicos, en la elaboración de una religión. Si una sociedad tiene la religión que le conviene, es precisamente porque ella la modela y la manufactura para su uso y, en parte, a su imagen, y no por el solo prestigio intrínseco del idealismo de tal religión.

Por lo demás, el que una religión sea conforme a un medio no es una razón decisiva para que tal medio la adopte. Entre las fórmulas que convienen más o menos a un conjunto y a un período determinados (y el margen de estas condiciones es muy amplio), son las razones políticas las que deciden. Por ejemplo, la mitad de los cantones suizos es protestante y la otra mitad católica sólo por razones de ese linaje. Si Inglaterra hubiera permanecido católica, los odios políticos hubieran forjado el protestantismo en Irlanda. En los primeros siglos de nuestra era, hubo momentos en que los sistemas religiosos competidores se alzaron frente al cristianismo incipiente, en particular el mitraismo, el neoplatonismo y el maniqueísmo, y amenazaron con su hegemonía. Aquellas religiones tenían bastantes semejanzas con el cristianismo para permitirnos descartar el argumento consistente en decir que fue por los principios por lo que el cristianismo triunfó. Fue una cuestión de oportunidad, de política general, cuestión práctica de táctica militar, de realismo puro. Si los sistemas opuestos hubieran estado antes a punto, acaso habrían triunfado (el maniqueísmo se sostiene mejor metafísicamente y presenta menos contradicciones internas que el dogmatismo cristiano). Se alzaron en armas demasiado tarde, cuando el cristianismo estaba orgánicamente muy desarrollado y se apoyaba ya sobre el Estado. O bien, maniobraron mal; el mitraismo principalmente desconcertó a la opinión en la Roma imperial, donde contó en un momento con más sectarios que el cristianismo, dejándose invadir con excesiva complacencia por los mitos circundantes.

Cuando Ptolomeo Lago, rey griego de Egipto, juzgó político dotar a sus súbditos de una religión greco-egipcia, comenzó por asegurar que había visto en sueños a un ser de perfecta belleza que le había dicho: "Te ordeno transportar mi estatua al centro de tu reino". Llamó a un hombre docto, versado en los arcanos de las religiones, el Eumolpida Timoteo, dedicado a los ritos sagrados de Eleusis, quien le declaró que el personaje que se le había aparecido no era otro que el Hadés de Sinope. Ptolomeo hizo, pues, llevar a Alejandría la estatua del dios (hubo, según se dijo, un milagro al embarcar la estatua), y constituyó un comité mixto en el que figuraban principalmente el ateniense Timoteo y el sacerdote egipcio Manethón. Aquel comité elaboró, párrafo por párrafo, una religión nueva: el cubo egipcio-helénico de Serapis, que tuvo en las regiones mediterráneas una difusa prosperidad y conquistó innumer-

ables y fervientes adoradores. Un hombre que relata un sueño, otro que relata un milagro, otro que hace una ley y la muchedumbre va detrás.

Y casi en la misma época, Seleno Nicanor, sucesor de Antíoco, sucesor de Alejandro, procedió del mismo modo en Siria, donde instauró completamente, para asegurar su poder, el culto de Apolo Dafneo.

Tales ejemplos no son excepcionales. Muy al contrario, ese modo de formación de cultos, del que los casos citados más atrás constituyen el esquema escueto, es la regla fatal. A lo sumo, se puede reconocer que ciertos dogmas, como los del cristianismo original, contienen más dramatismo que otros y llegan más directamente a las macizas masas de los pueblos. Repitémoslo: fueron las fuerzas de orden temporal y político, reales o revolucionarias, utilizadas por los organizadores, fueron tales fuerzas cuyo triunfo condujo por secuela al triunfo de las religiones, las que impusieron la fe por cuadros geográficos y crearon en el tiempo y en el espacio esa formidable diversidad de tiranías espirituales antagónicas, cada una de las cuales cuenta con sus doctores, sus fanáticos y sus mártires. El incalculable y dispar tropel de las religiones consagradas, que se niegan la una a la otra, proclamándose cada cual la única en absoluto, la cacofonía de las propagandas, bastan para desacreditar el valor ontológico de cada ideal religioso y demostrar la poca importancia que implica el contenido de la ciencia errante de los hombres.

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION ESPIRITUALES

Nos encontramos entre dos modos de explicación y de construcción espiritual, netamente contrarios uno a otro: el que el ser humano por sus propios procedimientos asimilativos y los principios arquitectuales de su razón destaca de en medio de la realidad, según su fuerza revolucionaria personal, y todo el sistema contrarrevolucionario religioso que se apoya en los sueños, en el azur, en lo desconocido y lo inaccesible, que sumerge al hombre y sus iniciativas bajo un orden extraño y que no puede hacerlo más que adoptando en todos los detalles de su procedimiento el contrapíe de la razón, la que paraliza por el sofisma y la amenaza.

¿No es esto la exacta transposición de la lucha social, declarada entre las aspiraciones lógicas y naturales de las multitudes humanas y los regímenes de privilegio que dan indebidamente la soberanía a unos cuantos merced a sofismas y a violencias?

La autoridad sacrosanta, el derecho divino, el delirio de la fe, caen de las nubes. La razón surge de la tierra, como las cosechas, las obras, los dolores, las cóleras y la torre de Babel.

LA LUCHA DE IAHVEH CONTRA SU PUEBLO

El elemento específico del judaísmo es, a través de cierto número de atributos y de mitos tomados de las grandes religiones primitivas, el eje de luz en torno del cual se ordenan las relaciones del Pentateuco y de los Profetas: el Dios único, furioso y desbordante, siempre bajo presión, inspirándole a su pueblo por fragorosas intervenciones el extraordinario heroísmo de contra-idolatría, de arrepentimiento y de "renovación" que tan alto coloca al espíritu judío en la historia moral de la humanidad. Dios es Justicia. Jeremías le grita al pueblo: "Tú sabes que el Eterno está vivo en la justicia, en la verdad y en la equidad". Y Daniel proclama: ¡Oh, Eterno, tan justo y tan recto en tus juicios! Simeón, el justo, Jesús hijo de Sirah e Hidell pregonaron que el compendio de la Ley era la Justicia. Ese Dios tempestad con faz humana, cataclismo de equilibrio no retrocede jamás ante las medidas extremas. Habla sin cesar de destruir a su pueblo "discutidor y recalcitrante", "contencioso y rebelde", "de acabar terriblemente con él". "Decididamente, dice, estoy cansado de tener misericordia de ese pueblo y lo aniquilaré completamente". En un momento dado, refieren las Escrituras, que el Eterno dijo: "Yo no quiero contender por siempre con cada uno de los hombres", y por eso abrevió su vida fijándose en general un máximo de ciento veinte años. Si en el Antiguo Testamento hay algunas líneas sobre el amor y el perdón divinos, sobre los remordimientos de Iahveh después de sus venganzas, tales pasajes desentonan en el texto bíblico por el resto del cual son contradichos y sumergidos, atestiguando solamente la confusión en la composición del gran memorándum judío. Aunque los pecados de los hebreos, enumerados con complacencia por la Biblia, sean frecuentemente un medio orgulloso de explicar sus reveses, la insaciable energía rectificadora de Iahveh, deslumbradora efigie del judío, pone una violenta unidad en los Libros Santos, en los que tantas bellezas sencillas se mezclan lamentablemente con tantas crueles puerilidades, y tantos sacrilegios, pero que, donde el principio está desnudo, aparecen de una belleza sin igual.

La virtud fundamental del fiel es el temor de Dios: "El temor del Señor es el principio de la sabiduría", dicen los Proverbios atribuidos a Salomón que aseguran además que "quien ama bien castiga bien" y que conceden, por parte, tan amplio lugar a los castigos corporales en la educación de los niños, esos pequeños

locos. Tal es el fundamento de la moral, con la que el Eterno marcó dos veces seguidas la doble piedra que le presentó Moisés sobre la más alta roca del Sinaí.

El Dios de los judíos, su conformidad con su carácter recto y contundente, se dirigía desde hacía mucho tiempo directamente a su pueblo por la voz de los Profetas, su propia voz que minaba y consumía un hombre elegido. Y por boca de muchos de ellos, principalmente de Amós, Iahveh anunció, a partir del siglo IX la difusión universal de su Ley e hizo conocer su voluntad de no reservar ésta a un solo pueblo ⁴.

El alma de Israel adquirió sus dimensiones en la desgracia. En tanto que los judíos fueron un pueblo independiente, tuvieron una mezquina historia, parecida a la de los pueblos circundantes: serie de atentados y de rapiñas que en vano los Libros Santos se esfuerzan por orquestar. Pero después del cautiverio, cuando el pueblo elegido, o, mejor, la parte selecta de ese pueblo, fue arrastrado a Babilonia por Nabucodonosor, en el siglo VII a.C., y volvió cautivo a la tierra de la que Abrahán había salido, hubo para Israel un gran comienzo.

Los poetas judíos lo han cantado con amplia emoción. El pueblo sin país se replegó sobre sí mismo. Se exaltó, se moduló, se idealizó en su desolación. No hay, dicen sus escritores, más conmovedor ejemplo de purificación y de clarividencia que el que da la derrota y el despojo. Israel colgó sus arpas en los sauces de la tierra extranjera, a lo largo de las orillas de los ríos caldeos, pero jamás sus cantos le parecieron más límpidos, ni más grandes sus profetas y sus salmistas que, uniendo el pasado al porvenir, ponían el recuerdo en la esperanza.

Así, al choque con el mundo extraño, se fortaleció el doble sueño judío. El sueño mayor: la universalidad del dios de justicia, descubriendo ante los ojos los nuevos confines de una patria de justicia que se confundían con los horizontes terrestres. El sueño menor: reconstruir Jerusalén.

Israel Zangwill, recordando aquella época de gestación espiritual que se sitúa después del cautiverio, dice elocuentemente que fue entonces cuando "por vez primera el judío empezó a preferir Jerusalén a su mayor alegría".

Esa dualidad de sueños: la patria judía y la patria mundial ha existido siempre en el caso judío. Tal dualidad quizá no lo sea para

⁴ El segundo Isafas, en su famosa evocación del "Servidor", que se debe situar a fines del siglo VI a.C., gritó esta estrofa espléndida:

Yo te hago luz de las naciones.

Así habló Iahveh,

Al despreciado por los hombres,

Al esclavo de los dominadores.

los raros cerebros selectos que armonizan el ideal remoto y el ideal inmediato y saben ver sin cesar el uno a través del otro; es decir, que saben sacrificar el pequeño al grande y no considerar la autonomía nacional sino como una etapa en la vía de la adaptación a un orden internacional. Pero, de hecho, debían producirse con el tiempo demarcaciones y escisiones por efecto de esa doble tendencia.

Ella dio origen en todo el mundo a dos especies de judíos, bastante diferentes desde el punto de vista que nos ocupa, para que se pueda decir: dos pueblos judíos, el uno que se distingue por su intransigencia mosaísta, el otro que se deja impresionar y penetrar por el ambiente extranjero. El uno propenso a la dominación judía; el otro a la interpretación. El uno más puro y más indómito, el otro más brillante y más inteligente.

Los judíos de esta última categoría fueron los que en diversas circunstancias históricas, y a causa de la superpoblación de Judea, formaron enjambres que se extendieron por el mundo y se aglomeraron en colonias casi libres. Hormigueaban en las costas del Mediterráneo. Strabon, que vivió a principios de nuestra era, escribió que se encontraba a los judíos por todas partes. Aquellas colonias judías formaban comunidades que tenían sus jefes, sus magistrados, su justicia, sus costumbres y sus sinagogas. Se les designó con el nombre de Judíos de la Diáspora (dispersión). Aunque hubo algunas corrientes de antisemitismo, provocadas por la irreductibilidad de algunas personalidades o algunos grupos, aquellas colonias disfrutaban en general de una gran tolerancia. Los extranjeros hacían en su favor cierto número de concesiones. Y ellas también las hacían de buen grado, seducidas poco a poco por la atracción de la cultura helénica. Había entre aquellos judíos, aclimatados al mundo extraño, y las poblaciones entre las cuales vivían y se desenvolvían, cambios constantes que han sido comparados a los fenómenos químicos de la endósmosis. Desde el punto de vista de las ideas y de las doctrinas, aquellos judíos desarraigados eran propensos a aceptar en cierta medida los "sincretismos" ⁵ circundantes.

Bajo la influencia de la especulación griega, la idea de la universalidad del Dios judío -considerado, no solamente como el Dios de un pueblo, sino como el Dios de los pueblos- se desarrolló naturalmente en las colonias judías establecidas en tierras paganas y aún en Palestina ⁶.

⁵ Se designa con este nombre a las fusiones, las combinaciones que se efectuaban entre las creencias, los mitos, los ritos de las diversas religiones o sistemas filosóficos.

⁶ Si queremos determinar rigurosamente la situación de la ideología universalista en aquella época, no debemos perder de vista (la realidad no es siempre tan simplificable como parece), que hubo entre los judíos dos universalismos fundamentalmente distintos: el puro universalismo judío, sólido y

Frente a estos judíos francos permanecerá el conjunto cerrado con odio a toda novedad. Esa fidelidad obstinada a su culto y a su ley, que ha obligado a los judíos, a través de las vicisitudes y de las tentaciones, a inexorables retornos hacia sus fuentes, es la columna del judaísmo y aún del genio judío todo entero. Pero esa intransigencia presenta terribles peligros. Tiende a traducirse en el dominio de los hechos por exclusivismo, nacionalismo y formalismo.

Eso fue lo que -en el siglo VI a. C.- les ocurrió a los judíos que habían sido deportados en masa a Babilonia. Se persuadieron de que su desgracia provenía de las infracciones que habían hecho del Pacto de Alianza concertado entre Dios y Moisés. Resolvieron reconstituir la Alianza por el retorno estricto al legalismo. Y descendieron del espíritu a la letra. Se plegaron a las exigencias de los enderezamientos edictados por Ezequiel y Esdrás. Se plegaron sobre todo los judíos de Jerusalén cuando el edicto de Ciro autorizó la reconstrucción del Templo.

A partir de aquel momento, el culto central se hizo detallado, embrollado y lleno de incesantes obligaciones materiales y espirituales. Un personal considerable se cebó en el Templo, como en tiempos pasados, y una secta, la de los fariseos, se instituyó guardiana del dogmatismo y de las prácticas.

Algunos grandes espíritus han extraído del judaísmo simplificaciones brillantes. En el Talmud, se dice, por ejemplo, que el profeta Habacuc había resumido los 113 preceptos del código mosaico en uno solo: "El justo vivirá por la fe". Amora, adversario de Habacuc, enseñaba que Amós había reducido definitivamente los 113 preceptos a esta frase: "Busca al Señor y vivirás". Tales afirmaciones constituyen una refundición demasiado audaz, y en verdad sacrílega, de un código consagrado. Una institución religiosa es un todo, y hay que aceptarla tal cual es con todos sus detalles orgánicos, igualmente fundamentales todos. No hay derecho a transfigurarla, a ampliarla o a reducirla, según las preferencias personales. Como tendré ocasión de repetir en el curso de este estudio, si hay un orden de cosas en que la interpretación personal no puede ser libre, es el de la dogmática religiosa, cuyos puntos de apoyo están todos fuera de nosotros. En este caso, no confundamos el espíritu judío y la religión que fue fabricada.

En realidad, la "burocracia" del mosaísmo fue implacable y de una terrible complejidad. No hay más que recordar el ritual em-

profundo, iniciación superior del judaísmo que se desprende de los textos ya mencionados, de la admirable enseñanza de Hillel, de la propaganda de los esenios, los monjes judíos, y el universalismo dialéctico y superficial extraído del pensamiento pagano. Filón hizo un bello esfuerzo para sintetizar, por las cimas, el judaísmo y el paganismo; pero su síntesis era demasiado judía para el mundo antiguo y no tenía los caracteres prácticos de la que debía surgir más adelante.

barullado del *Fleeschig* y del *Milchig*, nacido de un interminable comentario del precepto: "No cocerás un cabrito en la leche de su madre"; las sangrientas minucias de los sacrificios y de la muerte de los animales de carnicería, las demasiado maquiavélicas "ficciones legales", toda la casuística de los rabinos, y, en fin, la sola lista de los servidores de la casa de Dios, enumerada en el Exodo y el Levítico o en el Libro de Esdrás.

Estos últimos pusieron más de una vez el aparato de las cóleras y venganzas divinas al servicio de prescripciones ruines y de un feroz espíritu de raza.

LOS LIBROS SANTOS

El Antiguo Testamento, al que todos los miembros de la sociedad más teocrática que hubo nunca recurrían sin cesar, ha sido en numerosas ocasiones alterado y recargado por los cálculos políticos de la autoridad. Todos sus libros son prodigiosamente antedatados. En el siglo IX, aproximadamente un siglo después de la muerte de Salomón, hubo una primera redacción de conjunto de las Escrituras, una compilación de tradiciones históricas y teológicas, de proverbios y de cánticos. Aquella primera redacción fue casi inmediatamente después arreglada teológicamente de conformidad con las ideas contemporáneas y las exigencias de los ritos. La idea directriz de aquella escritura fue la justificación de las prácticas establecidas: la Biblia vino después de las prácticas.

En 625, bajo Jonás, apareció un "Libro de Alianza", encontrado sobre el altar y que fue intercalado en seguida en el Deuteronomio. Cierta *Libro de los Orígenes*, terminado en el siglo V a.C., era a la vez una historia y un código, que daba estructura, según las antiguas directivas de Ezequiel, al "derecho de Dios" (y el código altera y desnaturaliza la historia, cuando, según enseña M. Maspero, ello es necesario a los designios apologeticos de los dirigentes). El Pentateuco, último arreglo, obra lenta y compleja de los escribas y los sacerdotes, fue terminado por completo mucho tiempo después del cautiverio, sin dejar por ello de ser atribuido a Moisés en persona. En cuanto a las recopilaciones de tradiciones rabínicas, que eran enseñadas oralmente en las sinagogas, se formó con ellas el Talmud en una época casi contemporánea del cristianismo.

El estudio de los libros apócrifos o de los deutero-canónicos, que abundan en torno del Antiguo Testamento consagrado, es complicado y arduo. Pero para el sabio independiente y objetivo, es vano, por tratarse de una clasificación que no es de su incumbencia. ¿Qué importa que los dirigentes judíos, católicos o protes-

tantes, hayan descartado en ciertas épocas tales o cuales textos, como los de Judit o Tobías, la Sabiduría, parte de Esdrás y de los Macabeos o las adiciones de Daniel y Ester? La cuestión de saber si esos escritos son "auténticos" o no sólo tiene sentido para los creyentes. A los ojos de los demás hombres, los antiguos textos, canónicos o no canónicos, del folklore judaico tienen todos el mismo estado civil y, si se puede decir, los mismos derechos. Los investigadores desinteresados notarán que las razones que han determinado el ostracismo dictatorial de ciertos doctores y de ciertos concilios (las inexactitudes, los anacronismos, las inverosimilitudes históricas y las fantasías geográficas) no corresponden particularmente a los libros o a los pasajes descartados, sino que tales taras abundan en toda la compilación bíblica. Esta no es, de un cabo al otro, más que una acomodación de los acontecimientos históricos, respetados únicamente en sus líneas generales, que son forzosamente intangibles, a los gestos y actos de un gran Justiciero que no siempre sabe servirse bien de la justicia, que más de una vez peca por ignorancia, por incapacidad o por malos instintos. Y ese trabajo novelesco tiene dos fines esenciales: en el exterior, ostentar, frente a la verdad histórica, la importancia histórica del pueblo judío, y, en el interior, elevar un alegato prestigioso en favor de la legalización de las prácticas levíticas.

La composición demasiado tardía del poema épico bíblico permitió a los propagandistas literarios que la asumieron -algunos con genio- adueñarse de los hechos, jugar con la historia, relacionando sus diversas contingencias con la omnipotencia divina por el método más ingenuo: las victorias que Iahveh anuncia son el efecto del interés que el señor de los cielos tiene por un pueblo y por algunos de sus buenos servidores. En cuanto a las derrotas y las calamidades, las anuncia igualmente y las suscita a modo de castigo. Así, su poder y sus virtudes divinas resultan completamente a salvaguardia a los ojos de la masa creyente, muy acomodaticia a esas explicaciones solemnes e incapaz de profundizar hasta el absurdo y la inmoralidad que encierran.

LA REVOLUCION

En el siglo I de nuestra era, una idea adquirió una importancia apremiante en los medios judíos: la de la venida del Mesías. Había llegado el tiempo en que Dios iba a ponerse en contacto directo con los hombres, a poner fin a la desgracia de Israel y a permitirle tomar su desquite en la tierra.

En el curso de las Escrituras hebraicas, el Mesías no es anunciado más que de una manera trascendental, enigmática en sus

modalidades. En el emocionante capítulo LIII de Isaías son diseñados los sufrimientos humanos y expiatorios del "Servidor de Dios"⁷.

En el célebre Salmo XXII es expuesto el suplicio místico de un Príncipe divino, con algunos detalles precisos relativos a su agonía y a los ultrajes sufridos por ese Crucificado. Aparte esos textos, por lo demás, oscuros en su alta poesía, el Antiguo Testamento no evoca al Mesías más que como un verdadero rey, realizador de la alianza convenida en otro tiempo entre el Eterno y Abrahán, y después Moisés, y de ningún modo como un Dios cargado con las dolencias humanas que hubiera de figurar entre los hombres como un apóstol perseguido.

Ese Mesías reservado por las Santas Escrituras, representaba para los judíos el gran acontecimiento del porvenir. Sus atributos y sus contornos permanecían en una confusión inflamada. No había precisión más que en el grito: ¡El vendrá! Su advenimiento formaba parte de la esperanza y de la consolación de Israel. Ese culto extraño a lo que aún no existe, encaja bien en el carácter de la raza judía y en el sentido de su dura creencia conquistadora, de su intensa ambición reprimida. Presenta una originalidad y una amplitud penetrantes. Es la toma de posesión perpetua de los tiempos futuros.

Así, la leyenda fulgente, la aproximación de un Desquite, la promesa de un Vengador de la desgracia, de un Reparador de la iniquidad, se fijaban por todas partes y en todo momento en la imaginación del pueblo hebreo.

Un viejo apocalipsis, llegado hasta nosotros en una traducción etiópica, y titulado: *La Ascensión de Isaías*, así como el libro alejandrino de los Secretos de Enoch y de toda una serie de revelaciones legendarias, trazan imágenes inmensas e impresionantes del acontecimiento sobrenatural y del estrago eventual de la forma mesiánica en los bajos fondos terrestres.

El pueblo judío, todo entero, se entregó al sueño mesiánico. Había acabado por plegarse en Palestina al renacimiento del rigorismo impuesto por Esdrás y Nehemías. Pero su religión, aderezada con algunas nociones nuevas, cuales la de los ángeles y los demonios⁸, y aún a veces la de la vida futura, estaba sobre

⁷ Los capítulos 40-55 del Libro de Isaías forman un conjunto que gran número de razones (principalmente las alusiones históricas al cautiverio y a Ciro) no permiten atribuirlo al profeta Isaías, que vivió en el siglo VIII. Los sabios designan al autor de esos escritos con el nombre del "segundo Isaías", y la identidad real de ese gran poeta no será sin duda jamás establecida, lo mismo que la del "escriba Pentaour" vate de Ramsés Míamoun. Según Alfredo Loisy, que ha traducido y estudiado esta serie de notables poemas proféticos, el Servidor de Jahveh es el mismo Israel. No se trata de un individuo, sino de un pueblo mesiánico.

⁸ Los demonios judíos son dioses paganos de desecho.

todo henchida por la esperanza del gran trastorno mesiánico. Sin embargo, los sacerdotes no veían con buenos ojos esa idea, que les parecía susceptible de suscitarles dificultades con el poder romano, dueño de la Judea.

La revolución que hacía palpar entonces el corazón de Israel no se le presentaba, como vemos, con aspectos precisos. A decir verdad, la Promesa oscilaba entre la de la soberanía universal de Dios por obra de un hijo del hombre descendido, completamente desarmado, de las nubes (según Daniel), o entrando pacíficamente en Jerusalén montando en el pollino de una burra (según Zacarías), y un renacimiento de orden político, debido a un heredero de David, instaurador de una hegemonía temporal de los judíos. Estaba fuertemente impregnada de nacionalismo.

Algunos elementos desordenados se apoderaron de esta tenaz esperanza para darle la forma de una franca rebelión, y aún de una insurrección armada contra la dominación romana. La Galilea, merced a sus montañas y a sus "desiertos", abrió asilo a bandas nacionalistas que se entregaban a saqueos y depredaciones. Se les llamaban los Zelotas, los Sicarios, los Canaítas. Promovieron desórdenes y trastornos innumerables. Mostraron en diversas circunstancias un espíritu de violencia, de testarudez, de sacrificio y de fanatismo sin límites. Las fechorías de aquellos asesinos piadosos, campeones de la restauración militar de la raza de David y de la oposición al pago del tributo al César, fueron fatales para el pueblo judío. Terminaron en una insurrección general contra el poder romano, con la destrucción de Jerusalén por Tito, bajo Vespasiano y bajo Adriano, en 135, a consecuencia de la derrota del profeta Bar Kodeva, el hijo de la Estrella, último insurrecto judío, y con la dispersión definitiva de los israelitas a través del mundo⁹

LA REFORMA CRISTIANA

Pero una veintena de años antes de la destrucción de Jerusalén por Tito, hacia la mitad del siglo I de nuestra era, había surgido un neo-judaísmo basado en el advenimiento del Mesías, dirigido contra el formalismo de la Ley judía y más avanzado que el nacionalismo hebreo.

⁹ Esta insurrección suprema fue singularmente encarnizada. La población masculina de ciudades enteras prefirió darse muerte, después de matar a las mujeres y a los niños, a caer bajo el poder romano.

El más antiguo monumento escrito de esta ley nueva son las Epístolas de un judío de Tarso que se llamaba primitivamente Saul y después tomó el nombre de Pablo. La crítica histórica ha rehecho una cronología de esas Epístolas, frente a la clasificación canónica. M. P. L. Couchond, director de la colección *Cristianismo*, que se rige por las adquisiciones graduales de la exégesis científica, admite que la primera fecha de las Epístolas paulianas puede ser la dirigida a los Tesalonienenses, en el año 51 de nuestra era, bajo el reinado del emperador romano Claudio. Este es, pues, el primer documento conocido en que se trata de Jesucristo. Agreguemos para ser precisos del todo, que de las catorce Epístolas de San Pablo, sólo cuatro son "aceptadas como sustancialmente auténticas por la casi unanimidad de los críticos": las dos Epístolas a los Corintios, la Epístola a los Gálatas y la Epístola a los Romanos.

El movimiento salió de sectas judías helenizantes, que al principio sólo presentaban algunas tendencias nuevas.

Poseemos datos retrospectivos sobre la acción de estas nuevas Iglesias (es decir, asambleas) por la compilación sagrada, llamada "Los Actos de los Apóstoles", publicada, a lo que se cree, en su forma definitiva, hacia 120 (y cuyo valor histórico es, por lo demás, muy sospechoso). Podemos, sin embargo, establecer con alguna verosimilitud que una primera comunidad reformadora de lengua aramea, es decir, de habla corriente existió en Jerusalén, pero no desempeñó más que un papel muy borroso, que al parecer fue modificado más tarde; otra, de lengua griega, fue fundada igualmente en Jerusalén por judíos helenizantes y sincretistas de la Diáspora, reintegrados a Jerusalén, y fue dirigida por uno llamado Esteban. Debemos considerar este nombre como el primer nombre propio de cristiano. Esteban mostró una tendencia separatista. Habiendo llevado la contradicción a las Sinagogas mosaístas fue apedreado por el populacho al que excitó el Sanhedrin, y así fue el primer mártir de las nuevas creencias. Sus compañeros, dispersos y fugitivos, fueron los primeros misioneros. Se dirigieron a Fenicia, a Chipre y a Antioquía. La Iglesia de Antioquía, fundada por Bernabé, tuvo gran importancia en el movimiento naciente. Renán pudo decir: "El foco principal de las misiones cristianas fue verdaderamente Antioquía. Fue en Antioquía donde nació la palabra "cristiano", palabra que designó desde entonces algo nuevo.

Pablo fue el animador de tal creación. Lleva el cristianismo sobre sus hombros a los ojos de la posteridad. Los demás fundadores del movimiento, incluso Bernabé, cuyo papel parece que fue considerable, no tuvieron su actividad, sus iniciativas, su visión del porvenir ni sus dotes de organizador.

He aquí lo esencial del nuevo dogma, tal cual lo expuso Pablo hacia la mitad del siglo I:

El mundo fue perdido por el pecado original de Adán. Ahora bien, Dios ha enviado al Mesías, Jesucristo, para salvar al mundo por su sacrificio. La muerte humana es obra de Adán, pero todos los creyentes resucitarán por Jesucristo, que ha venido.

Esta realización de la esperanza mesiánica abrió una era nueva en la religión de los judíos. Abrogó la ley antigua. Sustituyó la fe en Jesucristo a la observancia de la Ley, con el fin de rehacer una ley nueva. La reforma sentó el principio de la gracia divina "dada gratuitamente a los pecadores" por la única voluntad de Dios y de Jesucristo, que son un mismo Dios en dos personas. Por la gracia y la redención los muertos resucitarán a la vida eterna.

Pero como el pueblo judío hubiera mostrado frente a esta revelación su ceguera y su hostilidad, la nueva iglesia se dirigió a los gentiles, es decir, a los no judíos, a los que se han llamado después los paganos, y reclutó sus adictos entre ellos.

Se ve que esta forma primitiva del cristianismo, obra de comunidades helenistas, contiene ya la doctrina cristiana en su totalidad y está en oposición formal con el judaísmo.

Israel Zanwill asegura que las diferencias entre el judaísmo y el cristianismo son todas "atómicas": los mismos elementos diversamente agregados. Apreciación especiosa, pero poco explícita y engañosa. Porque no hay, creo yo, dos doctrinas, por dispares que sean, entre las cuales no se pueda descubrir analogías y hasta identidades atómicas.

La gran diferencia entre las dos religiones que tienen por base común el Antiguo Testamento, está en que el cristianismo de Pablo se aventura más allá de la barrera de la muerte, se anexiona por su decreto de Redención la vida futura y hace de ella el dominio de la salvación. Así refuerza por una promesa concreta (en cuanto pueda ser concreta una promesa) el violento imperativo judío que no era más que un imperativo categórico. Su mandamiento no funcionaba apenas más que en la vida terrestre, dentro de cuyos límites las sanciones divinas no se ejercen evidentemente de una manera muy conveniente en favor del justo y contra el injusto y ofrecen a los creyentes una garantía muy vacilante. El principal título del nuevo imperialismo religioso es, pues, haber colonizado en provecho de sus súbditos el más allá de la tumba. El Pablo de los Actos dice en diversas ocasiones, principalmente en las exposiciones que hace a César ante Félix y luego ante al rey de Agripa, que él aporta la idea de la resurrección de los muertos, y que esa idea es la que hizo caer sobre él la imputación de escándalo por parte de los judíos.

Sus derechos de conquista y de posesión del territorio de ultratumba, el crédito de sus vencimientos póstumos, la legalización de su nuevo sistema de pesos y medidas puesto al principio y al fin de todo el destino humano por la correspondencia perfecta de la condenación primitiva y del Rescate, les hace valer ante los hom-

bres el dogma de los reformadores por medio del advenimiento de un nuevo monarca espiritual cuya personalidad, sin dejar de ser original, se funde con la del Dios admitido hasta entonces.

La nueva religión ha cambiado y ha precisado la naturaleza del Mesías. Es un príncipe puramente divino, que forma parte de Dios, preexiste respecto al mundo y se ha sacrificado por salvar a los hombres: ha consentido en morir, ha resucitado, y resucitará a todos los que se unan a él por la fe y el amor, y también por el bautismo y la eucaristía.

En fin, el dogma pauliano franqueó igualmente una barrera nacional atribuyéndose claramente la universalidad, que había sido siempre teórica y vaga para Israel y que pertenecía a su genio, no a su doctrina práctica.

Tales son las dos características de la reforma de Pablo: reforjó el judaísmo -con muchas aleaciones- en el sentido de la inmortalidad del alma y del internacionalismo. En cuanto a la noción del amor y de las nuevas virtudes motrices, son elementos constitutivos mucho menos consistentes, más aparentes que reales, medios de táctica devota que, en todo caso, una vez pasados los tiempos heroicos del comienzo, no figuran más en el cristianismo definitivo sino a título de argumentos de propaganda y de motivos para descubrimientos apoloéticos (como la universalidad en el judaísmo).

LAS PIEDRAS DE LA IGLESIA

El cristianismo nació, pues, realmente de una de las sectas judías helenistas de la Diáspora, abierta a las sugerencias de fuera y penetrada en parte por el sincretismo oriental y griego. Germinó en el terreno y el ambiente helénico. "La comunidad helenista es el eslabón esencial de su desarrollo primitivo", según ha proclamado Heitmiller y, después de él, todos los verdaderos sabios. Fue allí donde la reforma a la que tan alta fortuna le estaba reservada se preparó y maduró. Pablo no era un judío de Jerusalén, sino un judío de Tarso. Y Tarso era una ciudad, a la vez oriental y griega, centro de una gran actividad comercial e intelectual: en ella se cruzaban todos los ecos de la vida helénica.

La ambición de Pablo fue modificar el judaísmo para poder adaptarlo a todo el mundo antiguo.

Los materiales -dogmas y ritos- con que el cristianismo fue construido por Pablo (si Pablo tuvo predecesores y efectivos colaboradores directos, ignoramos sus aportaciones y sólo él subsiste a nuestros ojos en presencia de la obra que él firmó: el cristianismo), esos materiales no pertenecen más que en menguada medida

al judaísmo. Se puede decir para completar la definición aventurada más atrás, que el nuevo sistema es una especie de interpretación judaica de las religiones helénicas de misterios y de la filosofía estoica.

La mitología griega se había modificado mucho desde las edades simplistas del paganismo homérico. En Grecia y en la Gran Grecia, el viejo paganismo que ilustraba los actos y las gestas de la "familia de Zeus" -estrecho, militar, optimista y vivo, de un antropomorfismo realista al que los artistas contribuyeron sólidamente- había sido superado por más amplias concepciones místicas, reforzadas a su vez por cultos orgiásticos oriundos de Tracia y de Frigia. Bajo la influencia de los poetas-filósofos y del misterio oriental, se habían instalado en la cuenca del Mediterráneo religiones de encantamientos y de liturgias herméticas y formidables, llamadas "religiones de misterios".

Todo en rededor del pueblo judío, al sur en Egipto, al este en Mesopotamia, al norte entre los griegos del Asia Menor y al oeste entre los fenicios y los asirios, se han constituido diversos cultos con esta idea central: la muerte y la resurrección de un Dios salvador. Esta muerte y esta resurrección simbolizaban la sucesión del día y de la noche, o la de las estaciones -la cotidiana resurrección de la mañana; la anual de la primavera. Tales dioses se relacionan con la naturaleza en cuanto solares o dioses de la vegetación. Se llamaban Osiris, en Egipto, Athis en Frigia, Melker en Fenicia, Marruk y Tanmur en Mesopotamia, Adonis en Siria, Dionisios en las tierras griegas, Mithora en Persia.

No eran divinidades trascendentales o inaccesibles, sino intermediarias entre el Principe Primero y los hombres, mediadoras, dioses de enlace, con forma humana y, a veces, con naturaleza humana, también.

Su muerte y su resurrección periódicas eran, además, la imagen del destino humano; al fundirse con ellos por las practicas religiosas de la iniciación, el fiel se identificaba con Dios y participaba en el renacimiento divino. Llegaba a esa identificación salvadora, en parte por el uso de la virtud, pero también por la observancia de los ritos, cuales el bautismo al principio, el bautismo de sangre (combinación del sacrificio y del bautismo) y la comida litúrgica: al vaciar la copa sagrada y comer la carne del sacrificio, absorbía la sangre y la carne de Dios.

Aquellas creencias en un Dios que moría y resucitaba, de tan sorprendente semejanza entre cada una de ellas y las demás, tenían también parentesco con los ritos del orfismo (en el que, además, la resurrección del dios Zagreus tenía por objeto rescatar el pecado original de los titanes, sus matadores (de los que los hombres eran solidarios por descender de los titanes), así como con el culto del dios Sandan, divinidad especial de la ciudad de Tarso.

En fin, en el dominio de la razón y de la moral, los estoicos predicaban -porque, en realidad, predicaban- el dualismo de sangre (combinación del sacrificio y del bautismo) y del cuerpo que es perecedero y el del alma que es inmortal, y la necesidad para cada cual de preocuparse ante todo de la salvación del alma.

El platonismo y el neoplatonismo proyectaban asimismo una rivalidad sobre la noción de la inmortalidad del alma y de su esencia divina.

Hay que citar también el nombre radiante y misterioso de Pitágoras que había vivido en el siglo VI antes de nuestra era.

La leyenda ha metamorfoseado singularmente la personalidad de este filósofo, cuya influencia fue considerable e innumerables sus disciplinas. El Pitágoras histórico y legendario fue uno de los transformadores del paganismo griego. Un culto especial fue instituido con su nombre. Se descubrió en Roma, en 1917, un vasto templo subterráneo cerca de la Puerta Mayor. Carcopino demostró que ese santuario, edificado bajo tierra, con anterioridad al reinado de Claudio, estaba consagrado a una religión pitagórica. Todas las figuraciones decorativas, de una riqueza maravillosa, que adornan esa "iglesia" revelan un cuerpo de creencias en el que dominaba la idea de la muerte y de la supervivencia, de la salvación o de la condenación del alma imperecedera, destinada, ya al cielo, ya al retorno al infierno de este bajo mundo, según que aquél que fue su depositario hubiera vivido bien o mal, observando o no los preceptos religiosos o las prácticas, cuales la purificación por aspersiones de agua, la comida común del sacrificio y la audición de las lecturas hechas por el presbítero sentado en el fondo del ábside.

La religión pitagórica integró en su seno todo el paganismo griego adjudicando un papel simbólico nuevo a todas las figuras relevantes de la teología homérica. Pero tal renovación, tal audaz cambio de etiquetas, demuestran con más vigor que en aquella época: a principios del siglo I y con antelación al cristianismo, las partes constitutivas esenciales de éste eran ya de dominio público y objeto de una propaganda organizada.

Pablo tenía, pues, a mano los elementos formales de esa construcción. No le quedaba que hacer más que unificar las diversas leyendas de los dioses espigadores y salvadores, assimilarlos al Mesías judío, organizar la resurrección de éste, aplicando a su persona las leyes de la resurrección de los muertos, acentuar la idea de la redención y poner, por encima de todo, el resplandor del monoteísmo judío.

Suprimió entre las prácticas judías las que hubieran hecho la nueva religión inaccesible a los griegos: principalmente, la circuncisión. Adoptó el bautismo que, ya Juan, hijo de Zacarías, (al menos lo dice la leyenda) había impuesto a sus fieles en Palestina, la comunión y la eucaristía. No tuvo para ello más que transportar

o mejor anexar al nuevo culto las costumbres más corrientes de los misterios de Attis, de Mithra y de los Baal asirios.

Las semejanzas entre la nueva religión así constituída y los misterios orientales son tan patentes que no se puede pensar ya en negarlas, ni siquiera en discutir las.

Semejanzas de fondo y semejanzas de forma. Recordemos que en los misterios de Mithra había una ceremonia en la que se ofrecía al iniciado pan y una copa, pronunciando palabras sacramentales. Sabemos igualmente que en los misterios de Attis, el iniciado tomaba parte en una comida mística. Se le presentaba un tímpano y un címbalo, utensilios sagrados, uno de los cuales contenía pan y el otro vino. En seguida declaraba: "He comido lo que contenía el tímpano y he bebido lo que contenía el címbalo. Soy ya iniciado de Attis". El sacerdote masdeo bebía la savia del soma y comía la rodaja de harina cocida sin levadura para identificarse con el dios. Sería pueril sostener que no hay en estos actos rituales, que una documentación abundante nos hace conocer mejor cada día, una relación estrecha con la consagración y la consumación por el cristiano de las divinas especies de pan y vino. Lo mismo puede decirse en lo concerniente a las relaciones del bautismo cristiano con los ritos de otras religiones mucho más antiguas. Los que suprimían los ritos primitivos del Templo tenían necesidad de imponer otros en torno de su Dionisios cristiano.

Se ha intentado negar estas afinidades y esta filiación invocando diferencias fundamentales "de espíritu" -por ejemplo, entre la eucaristía cristiana y la comida del sacrificio de los paganos.

Pero no hay que olvidar que las liturgias se calcan unas de otras por las formas concretas y exteriores mucho más que por el espíritu. Bastan algunas frases para cambiar el sentido y adaptar a otro aspecto el espíritu de una tradición religiosa. Las formas materiales son estables y por ellas se hace el juego de las renovaciones. Por ello juzgo muy discutible la aserción de G. Clemen, corrientemente admitida: "Para poder afirmar que un mito se deriva de otro hay que probar la concordancia del espíritu". Esta teoría de Clemen no es suficientemente materialista en el sentido marxista y desconoce los procedimientos sumarios empleados en la creación de los mitos, en principio de hecho. Permite atribuirse a poca costa la originalidad. Si se admitiera al pie de la letra, sería imposible asimilar el Cristo cristiano al Mesías hebraico ¹⁰.

¹⁰ La posición de Clemen figura en el punto de partida de esas dos corrientes distintas de creencias, invocar un testamento palinódico del que el gran citareda reniega, al fin de su vida, de los trescientos sesenta y cinco dioses en los que había creído. Un simple documento da a toda la leyenda órfica un nuevo sentido. ¿Qué papel desempeña aquí el espíritu de su doctrina?

Pero, sobre todo, lo que ha de hacerse constar aquí es que, hasta en el plano del "espíritu", según lo entiende G. Clemen, ese rito cristiano fundamental de que hablo, es indiscutiblemente una reedición de la concepción, común a todas las religiones de misterios, del poder mágico de nutrición espiritual conferido a la carne de una víctima sagrada o consagrada. La eucaristía es una forma modificada por las costumbres sagradas en un sentido más "civilizado", pero que persiste en ser más realista que simbólica; de la "teofagia" de los iniciados que, desde tiempo inmemorial, devoraban las carnes de la víctima del sacrificio.

Los apologistas cristianos han combatido violentamente, lo que es muy comprensible, la idea de la apropiación de los mitos antiguos por el cristianismo. Ante los datos precisos de las ciencias históricas y de la documentación positiva, ese propósito resulta insostenible. En otro tiempo los Padres de la Iglesia fulminaban a sus adversarios con un argumento tan débil como perentorio: aseguraban, cuando las identidades eran demasiado patentes, que el mito en cuestión había sido inventado de antemano por los demonios para permitir acusar luego al cristianismo de plagio. Después, en los siglos que siguieron, los cristianos emplearon la fuerza para parar en seco las herejías de la curiosidad y cultivar el silencio.

...Así, Pablo hizo una síntesis amplia, hábil y práctica, con una potencia de fusión que puede calificarse de genial, de ideas, mitos, aspiraciones, deseos, dispersos por todo el mundo mediterráneo. Utilizó el lujoso contenido del judaísmo. Aprovechó ingeniosamente lo que encerraba de sustancial y de sólido cada culto circundante. El sistema no es coherente ni mucho menos; pero es rico y ofrece la particularidad de extraer para su uso lo esencial de las creencias que se repartían las conciencias en aquella parte y en aquella época del mundo.

Notemos que el antropomorfismo divino, centro de la nueva combinación, es una concepción griega u oriental, y en modo alguno una concepción judía. Hasta es radicalmente contraria al espíritu judío. Ciertamente, en el fondo de las más viejas partes del Antiguo Testamento -vasto amontonamiento de tradiciones de edades sucesivas que aparecen estratificadas en esa montaña literaria- hay indicios de una creencia primitiva muy grosera: Iahveh toma el fresco en el jardín del Edén, donde a propósito de Sodoma y Gomorra, dice en sustancia: "He oído hablar de escándalos y voy a ver por mí mismo para saber a qué atenerme", y va de incógnito, disfrazado de viajero. El judaísmo se elevó pronto por encima de esas puerilidades y su oposición a personificar a su Dios, no sólo por su imagen, sino hasta por el enunciado de su verdadero nombre, forma parte de los grandes caracteres distintivos de esa religión. Los griegos, por el contrario, redujeron corrientemente sus dioses a hombres; no sólo durante el período propiamente indígena

del helenismo religioso (el paganismo homérico) sino también en el período de los misterios: los griegos empequeñecieron siempre; pero verdad es, con elegancia.

Está fuera de duda que si los grupos judíos reformadores dieron al Mesías-Dios, derivado del Mesías-Rey, algunos de sus caracteres humanos, fue porque el espíritu de los griegos había influido sobre ellos. Fue, pues, por virtud del helenismo por lo que el mundo antiguo se hallaba, respecto al dogma de su Redentor humano-divino "en estado de receptividad", según la expresión de un distinguido humanista, Zieluiski, quien pudo con razones sobradas agregar que: "Más que la Ley y los Profetas, el helenismo fue el verdadero Antiguo Testamento del cristianismo". El grito que oyó una noche, bajo Tiberio, el barquero Thamos: "El Gran Pan ha muerto" anunciaba, según se dijo, el fin del mundo pagano. En realidad, era que se preparaba una nueva fiesta universal de las viejas creencias. El cristianismo es griego como su

nombre. La religión nueva de Pablo era un retorno del judaísmo al cristianismo.

JESUS EL GALILEO

Se habrá notado sin duda que en todos estos comienzos del cristianismo no se trató de un Jesús humano, de un Jesús que hubiera pasado por la tierra bajo las apariencias de un predicador martirizado. El Jesús de Belén y de Nazaret, el crucificado de Poncio Pilatos, ¿Qué intervención tiene en esos principios?

Ninguna. Aún no existía en cuanto personaje del drama sagrado.

El gran acto de la Redención se efectuó totalmente en las esferas suprasensibles. Los sufrimientos constitutivos de la prenda del rescate en cuanto creadores de la humanidad de Dios, son todo fórmulas teológicas. Se trata de un antropomorfismo abstracto. Desde luego se encuentra en la lección de los innovadores el nombre de Jesús (que significa salvador y es en tales circunstancias más bien un título, como Cristo, que un nombre de circuncisión); se alude a una crucifixión (vista a través de una resurrección). Pero no se trata más que de transfiguraciones divinas y de vida y muerte espirituales.

En las exposiciones ya muy detalladas y circunstanciadas de Pablo, gran fundador del cristianismo litúrgico, Jesucristo no es más que una entidad mística, una inmensidad radiante; su obra de rescate no es sino un hecho puramente sobrenatural. Pablo habla de Jesucristo, no como de una persona que hubiera tenido en alguna medida una existencia histórica, sino como de una verdad revelada. No habla más que del Cristo resucitado.

El, Pablo, el aborto iluminado de Tarso, el insignificante obrero constructor de tiendas, errante a través de la Palestina y la Grecia, vio al Mesías, pero lo vio en el delirio extático: era el Cristo resucitado. Si se cree la leyenda que los *Actos* hacen autenticar por el mismo Pablo, fue antes de su conversión, cuando se llamaba Saúl y se dedicaba ardientemente a las funciones de policía de los Fariseos. Oyó una voz que le habló en el camino de Damasco, acompañada de una luz tan resplandeciente que sus compañeros, después de su visión, tuvieron que conducirlo como a un ciego, y durante tres días estuvo tan turbado, que no sabía comer. No encontró a un ser, sintió el contacto sobrenatural, como Isaías, Ezequiel o Elías. Y tal cual vio él a Dios, lo mostró a todos: y tal es el Cristo cristiano.

Ni una alusión a una aventura histórica, a los actos y gestos de *un ser* con el peso, la sombra y la sangre de un hombre escogido

entre todos, ni una sola cita de una palabra que hubiera sido pronunciada por una boca carnal, aquí abajo, cuando los Profetas y los antiguos textos son tan abundantemente citados en la nueva enseñanza y los "santos" de la nueva Iglesia predicán y discuten siempre con reminiscencias bíblicas. "El Evangelio"¹¹ que yo predico, dice Pablo a los Gálatas, lo he recibido por la revelación de Jesucristo". Es decir: "Ha venido a mí en un sueño". En el concepto de hombre, Pablo habla únicamente de sí mismo; en el de Cristo, habla de Cristo: "Yo soy crucificado con el Cristo". "No soy yo quien vivo, es el Cristo quien vive en mí". Plugo a Aquél que me puso aparte desde el vientre de mi madre y me llamó para su gracia, revelarme su Hijo a mí". Con ese tono de humildad benigna que se transmitió al cristianismo y al arquitecto, y se presentaba personalmente como intermediario.

Pablo y los primeros apóstoles fueron los profetas de una colosal renovación celestial, y nada más.

Oscilaron entre Iahveh y los dioses con faz y carne humana. Su antropomorfismo helenizante, coaccionado por un viejo remordimiento judaico se detuvo a la mitad del camino y no llegó hasta representarles un personaje divino que se asemejara a un hombre ordinario. Se atuvieron al Hombre Espiritual, opuesto a Adán, el hombre carnal. Procuraron eludir el cuerpo concreto del Mesías.

Sin embargo, la fórmula constitutiva del cristianismo: los sufrimientos humanos de Dios, debía fatalmente llegar a tal fin, un día u otro.

LOS EVANGELIOS

Ese día llegó. Bastante más tarde -una veintena de años, por lo menos, después de la muerte de Pablo- comenzaron a aparecer los Evangelios.

Los exégetas especializados en estas cuestiones (sólo hablo de los que imponen métodos de investigación científica, no de aquellos para los cuales la sola palabra "revelación" es un argumento que sumerge en principio todas las objeciones y todos los obstáculos y aporta la prueba por la ausencia de pruebas) sitúan esa cuádruple publicación a partir del año 80 y asignan aproximadamente el año 135 -y aún para la edición definitiva el 175- al cuarto Evangelio, llamado Evangelio de Juan, que puede considerarse como una especie de poema teológico aparte de los otros tres Evangelios. Se admite -hasta nueva orden- que de esos tres Evan-

¹¹ Evangelio significa "buena nueva".

gelios "sinópticos"; es decir, cortados por el mismo patrón, el de Marcos constituye la referencia principal.

Los Evangelios fueron redactados, según el más serio de los cálculos, vigente hasta más amplia información, en un período de cincuenta a cien años, y aún de ciento cincuenta, con posterioridad a la fecha oficial del suplicio de Jesús, que exponen en detalle ¹².

Aquí aparece por primera vez una escena humana: El Mesías vino a la tierra bajo las especies del carpintero Jesús, nacido en Belén, de María, hija de Joaquín, virgen, y de José (de la sangre real de David). Jesús vivió en Nazaret, profetizó en Galilea hacia sus treinta años, realizando milagros, rodeado por doce principales discípulos, pescadores del lago de Tiberíades en su mayoría.

Después, habiendo chocado con la secta de los fariseos de Jerusalén, así como con la casta sacerdotal, fue condenado por el Sanhedrin al suplicio servil de la cruz por agitación revolucionaria, merced a la complacencia del procurador romano de Judea, Poncio Pilatos. El hijo de Dios, llamado también el Hijo del Hombre, recobró su puesto en el cielo después de haber pasado por entre los hombres, vivo y después resucitado, para redimirlos con su enseñanza y sus sufrimientos humanos ¹³.

LA HISTORICIDAD DE JESUS

Extraños misterios rodean ese drama grandioso que los Evangelios dieron a conocer cuando el cristianismo había hecho ya numerosos prosélitos en el Asia Menor y en Grecia. No se había tratado antes más que de un Cristo prodigioso, de una divinidad tan inaccesible como el mismo Iahveh, y al que algunos santos habían columbrado por las vías extáticas; ¡y he aquí que se le reemplazaba de pronto por un dios de naturaleza humana!

¹² Documentación de "Cristianismo". Está admitido que los Evangelios no aparecieron antes de esas fechas. Las informaciones suplementarias, si no confirman las fechas en cuestión, no podrían hacer más que aproximarlas a nosotros.

¹³ Ese título de Hijo del Hombre, que los creyentes dieron y dan a Jesús, puede parecer extraño en ellos, puesto que se aplica a un ser cuyo carácter esencial consiste a sus ojos en no ser el hijo de un hombre. Ese título especial de "Hijo del Hombre" proviene de un texto del profeta Daniel, en el que ese término designa al Mesías apareciendo sobre las nubes con forma humana. Hijo del Hombre quiere decir: aquel que tiene naturaleza humana. Ezequiel se atribuye ese título a sí mismo. Y Dios dice en un pasaje del Antiguo Testamento: ¿Soy yo un hombre para arrepentirme, o un hijo del hombre para engañarme?

Según las referencias a la historia romana que contienen los evangelios -censo de Quirino, "días" de Herodes, procuratorado de Poncio Pilatos- esos hechos debieron de pasar, los más antiguos, cincuenta años, los más recientes alrededor de veinte años, antes de las primeras *Epístolas* de Pablo. Los Evangelios modifican, pues, retroactivamente, el orden de las cosas, tal cual lo hemos expuesto. Vinieron hacia el fin del siglo I a agregar un nuevo comienzo que nadie parecía haber supuesto durante muchos años: Jesucristo bajó a la tierra a fundar el cristianismo. Un quinto escrito, *Los Actos de los Apóstoles*, aparecido en el primer cuarto del siglo II -un siglo aproximadamente después de la crucifixión- restablece el hecho histórico del modo siguiente: "Después de la muerte de Jesús, sus apóstoles fueron a propagar su palabra y constituyeron la primera comunidad disidente de Jerusalén, anterior a las comunidades helenistas". Estas nacieron con Esteban, Bernabé, Pablo, Pedro, etc.

Nos encontramos desde entonces en presencia de numerosas anomalías y, sobre todo, de dos versiones de los orígenes del movimiento cristiano: la que nos ofrece el estudio cronológico de los textos, resumida en las páginas precedentes: iniciativa de la secta helenizante de Esteban, después predicación de Bernabé, de Pablo, de Pedro, etc., y la que resulta de las afirmaciones retrospectivas de los Evangelios y pone la acción de Jesucristo al principio.

En primer término, para todo espíritu sensato la enorme tardanza de la publicación de los Evangelios es más que anormal, si las cosas pasaron realmente como pretenden los redactores de esos escritos. Si Jesús hubiera desempeñado el papel que ellos le atribuyen y creado personalmente el cristianismo, los Evangelios lo hubieran seguido sobre la tierra como su sombra y no habría habido ese lapso desmesurado entre la venida del Dios hecho hombre y la relación de sus palabras y de sus obras. Esto salta a la vista.

Y que no se diga: la tradición de sus palabras y de sus actos existía y no fue escrita hasta más tarde. En este caso, eso es de una inverosimilitud relevante: se trataba de un Dios definitivo en contacto directo con los hombres y no es concebible tal descuido respecto a los actos y gestos de ese Dios. La inverosimilitud es tanto más grave, cuanto que, por poco que sepamos de cierto sobre Jesús, hay una certidumbre que estamos forzosamente obligados a aceptar, y es que el paso del Jesús de los Evangelios fue inadvertido en su época y, salvo acaso en un pequeño clan, ignorado por las generaciones siguientes. Ningún contemporáneo, o casi contemporáneo suyo, habla de él. Así, pues, nada positivo atestigua que esa tradición fuera entonces conocida y todo lo que sabemos de positivo testimonia que no lo era.

Más aún: no sólo la existencia de esa tradición es más que dudosa, sino que existía otra. El Jesús que se presenta en los evangelios con la figura de Fundador no es el mismo que el Cristo de las Epístolas, primeros escritos cristianos publicados, y no hay que encarecer la decisiva importancia de tal distinción. El Jesús de los Evangelios es un Hijo de Dios que toma las apariencias, la figura, los gestos, la vida y los sufrimientos de un hombre cualquiera, de un simple profeta, aunque haga milagros (como muchos profetas tenían reputación de hacerlos). El Cristo de las Epístolas no tiene ninguno de esos rasgos. Pablo, preocupado por aliar míticamente la idea del Mesías hebreo con la de los Salvadores orientales y de trazar en el absoluto teológico un retrato compuesto del Redentor definitivo, pergeñó un Cristo que sólo por un hilo tenue, y podría decirse indirecto, se enlaza con lo humano: es el "resucitado". Pero un resucitado totalmente místico.

Esta diferencia entre los dos Cristos es rudamente subrayada por un hecho que es el más sorprendente de todos los que sorprenden en esto. Del Jesús terrestre, hijo de María, esposa de José, crucificado por Poncio Pilatos, no hablan jamás los apóstoles en sus Epístolas y en los Actos que refieren su propaganda. Los *Actos*, verdad es, no tienen por objeto más que relatar los hechos posteriores al paso de Jesús por aquí abajo, pero esos hechos tienen de todos modos por animadores y ejecutores a personajes, algunos de los cuales, según los Evangelios, fueron los compañeros de Jesús el Nazareno. Y parece inconcebible que, cuando se apoyan sin cesar en la autoridad de los Profetas, aquellos pastores no invoquen jamás la realidad humana del Dios con el cual habían estado en contacto. Hay que decir, sobre todo: Es inconcebible que no lo invoquen a cada línea. Pedro y Juan, discípulos -así se pretende- de Jesús, no hablan de él corrientemente en sus Epístolas, sino como de un príncipe divino revelado, en términos semejantes a los que emplea Pablo, y sitúan en el porvenir su Presencia entre los hombres: "Cuando Jesucristo aparezca...", escribe Pedro.

El *Apocalipsis*, atribuido a Juan, primer libro revelado del cristianismo, anterior a los últimos Evangelios, tampoco hace la menor alusión al Jesús de Nazaret: El Mesías, el Hijo del Hombre, figura en él ante todo como una divinidad resplandeciente, con una espada llameante en la boca y estrellas en la mano (aunque habla en forma positiva y como un organizador meticuloso de las siete iglesias de Asia y de la herejía contemporánea de los Nicolaitas), y luego como un elemento de un fantástico simbolismo.

El mismo mutismo sobre el carpintero de Nazaret en la carta canónica de Clemente de Roma a los corintios, en el *Didaché*, reglamento eclesiástico (aparecido hacia el año 100), y en el *Pastor Profético*, de Hermas. En todo el Nuevo Testamento, aparte los Evangelios, la única alusión neta al Jesús histórico se halla en la

Epístola a Timoteo: "El Mesías Jesús que dio ante Poncio Pilato su hermoso testimonio". Pero esta *Epístola*, falsamente atribuida a Pablo, es un documento de corta data, posterior al 144.

Esto en cuanto a los hechos. En cuanto a las palabras de Cristo, nunca se insistirá bastante sobre la importancia que reviste la ausencia de la cita directa de todos los preceptos formales que nos dan a conocer los Evangelios, en las Escrituras sagradas que dieron a luz la doctrina cristiana mucho antes que los Evangelios; es decir: las *Epístolas de los Apóstoles*.

Cuando fueron escritas las *Epístolas*, hacía una veintena de años que Jesús, según dicen los evangelistas, había predicado en persona. Sus discípulos predicaban a su vez por la palabra y por el escrito para difundir su enseñanza y se nos enseña que eran los propagadores de la fe cristiana primitiva. ¿Cómo es posible imaginar, si la serie de los hechos se hubiera desarrollado como se pretende, que su predicación no fuera tejida directamente con la misma enseñanza, llena de continuas alusiones y de incesantes referencias a la persona y a las palabras precisas del divino Maestro, al que habían rodeado estrechamente? ¿Es concebible que no recurrieran sin cesar a esa divulgación escueta que les ofrecía admirables facilidades de propaganda?

Hablemos el rudo lenguaje del buen sentido. Si vosotros y yo creyéramos haber estado en relaciones con un Dios; si hubiéramos convivido con él y oído directamente, durante años o meses, su propia voz, y aun si su palabra nos hubiera sido transmitida por uno de sus compañeros inmediatos algunos años después de la desaparición del Dios; y nosotros, servidores de ese Dios, hubiéramos asumido la misión de dar a conocer sus enseñanzas, ¿podríamos abrir la boca ni coger la pluma sin evocar directamente algún punto de esa formidable realidad concreta?

Ahora bien; ni en un solo momento es ese el carácter que ostentan las *Epístolas* canónicas: los escritos primitivos del cristianismo. Los apóstoles hacen abstracción total del Dios concreto. Ni una palabra, no ya sobre los lugares y las personas que lo rodearon. Nada: silencio absoluto.

Hablan con abundancia de Jesús, pero únicamente como de un príncipe trascendental, como de un eje llameante y central de su doctrina y asignándole una vaga forma de corazón. Su Jesucristo no es más que un meteoro espiritual y sentimental que se incrusta en la vieja religión y desencaja y revoluciona el destino universal.

Emplean para describirlo la terminología de los profetas hebraicos: Isaías compara el Servidor al cordero que es degollado, y Pablo dice: "Nuestro cordero pascual ha sido inmolado". En un

pasaje de una *Epístola a los corintios*, el suplicio ¹⁴ de Cristo es imputado por Pablo a los demonios; ninguna relación, ni aún lejana, con el juego de escena histórico que describen Mateo, Marcos, Lucas o Juan. Ese Jesús no puede verlo el pobre mortal más que con los ojos de la fe.

Para que su doctrina sea coherente, los sedicentes Apóstoles se ven obligados a mencionar el divino advenimiento; pero ignoran las circunstancias de éste y no se cuidan de referirlas. Tienen necesidad de decir: "El Mesías se ha mostrado"; lo dicen, pero de esta forma: "ha resucitado", y hablan de otra cosa. ¡La mitad humana del Dios-hombre que ha estado entre ellos es para ellos invisible! No ven la Encarnación más que desde el punto de vista de la mecánica celeste. Con toda evidencia, los que escribieron las *Epístolas Apostólicas* -los primeros propagadores de la fe cristi-ana- no conocían al Jesús de los Evangelios.

Por lo demás, siempre que describen la nueva figura divina, cuya irradiación quieren imponer hablan exclusivamente -repetámoslo- de revelación.

Ya he citado la frase de Pablo: "El Evangelio que yo predico, lo he recibido por la revelación de Jesucristo". En otro lugar anuncia que habla "con la palabra del Señor", que es la fórmula de los iluminados en comunicación directa con el Espíritu Santo. Eso no quiere decir que él refiera una palabra pronunciada por alguien que hubiera vivido en carne y hueso sobre el mismo suelo que nosotros, sino que emplea las palabras que le inspiró el Espíritu divino en el arrobamiento del éxtasis. Es el nuncio de un nuevo Señor de los cielos; eso es todo. Es un error radical extraer de esos textos el menor testimonio histórico, aunque se estuviera tentado a creer que ofrecía materia para ello. Cuando los Apóstoles dicen que han visto a Jesús, eso no tiene de ningún modo la significación corriente, sino ésta: lo vieron cuando estaban en estado de trance sagrado. La prueba expresa de ello está en esta frase de Pablo, que jamás tuvo, según su propio testimonio, trato con Cristo resucitado: "¿No soy yo un apóstol? ¿No he visto a Jesús nuestro Señor?"

En la primera *Epístola a los corintios*, Pablo escribe que el Señor, Jesús, la noche que fue entregado, partió el pan diciendo:

"He aquí mi cuerpo", y alzó la copa diciendo que ella era la nueva alianza por su sangre.

¹⁴ Notemos que el término "crucifixión", que se repite varias veces en los textos apostólicos, indica sin precisión el suplicio cruel e ignominioso. Fuera de su sentido propio, esa palabra aporta una generalidad análoga, a la de nuestra palabra degüello. Por lo demás, el Salmo XXII habla de la crucifixión del Martirizado místico.

¿Sería esto una alusión al Jesús histórico, al hombre Jesús? De ningún modo.

Aquel gesto del Salvador que fue inserto en los Evangelios, en forma de episodio histórico, no es referido por Pablo como la relación de un acontecimiento concreto, sino como una sugestión de lo alto. Pablo lo especifica formalmente al principio de su corto relato, escribiendo que "lo recibió del Señor". Como ha dicho muy atinadamente P. L. Coudrod: "no hay allí un testimonio de hombre, sino un testimonio divino". Es una verdad religiosa dictada por el Espíritu Santo, no un recuerdo. Si fuese un recuerdo, la relación de un hecho del que algunos contemporáneos hubieran sido testigos ¿cómo admitir que Pablo no invocara una testificación tan sensacional? Solo muestra una escultura de nubes y de cielo con una mano alzando una copa.

Por otra parte, el diseño formal de aquella escena que instauró el rito cristiano de la eucaristía, se encuentra expresamente, como ya hemos visto, en los misterios helénico-orientales y también, en cierto modo, en el salmo CXVI, en Jeremías y en Isaías.

Ahora bien, ese pasaje de la *Epístola* a los corintios es, entre los de todas las epístolas el que más podía inducir a la admisión de una cita histórica; es el único que parece dar un detalle circunstanciado, aparte la alusión de la *Epístola a Timoteo*, que hay que destacar por las razones ya expuestas. En la *Epístola* de Santiago, se encuentra esta frase: la corona de vida que el Señor ha prometido a los que lo amen". Pero esta sentencia, como todas las que se refieran a un mandamiento o a una palabra del Señor, tiene el mismo origen extranatural que el texto relativo a la eucaristía.

Los apóstoles anteponen siempre a esas pseudocitas la mención: "Declaramos esto por la palabra del Señor", o les agregan: "Si alguien cree ser profeta o un hombre inspirado, que reconozca que las cosas que acabo de escribir son mandamientos del Señor..." Se habría de confesar que hace falta ser muy condescendiente para considerar esas referencias, así presentadas, como palabras recogidas directamente de la boca de Jesús durante su predicación terrestre.

En lo que concierne al pasaje de la *Epístola* de Juan, que alude a la transfiguración de Jesús sobre la montaña y en el que Juan refiere que vio a Jesús conversar con Moisés y con Elías y después subir al cielo y que oyó en tal ocasión la voz misma del Dios Padre, no hemos de insistir sobre el carácter eminentemente "imaginativo" de tal cuadro.

Es superfluo hablar aquí de historia y de realidad. Ese cuadro se encuentra, verdad es, en los Evangelios, como el episodio de la Cena eucarística -pero es por la sencilla razón de que han sido puestos años después.

Así pues, los Libros Santos originales están desiertos en lo que concierne al Jesús humano. O bien, él no existía cuando nació el cristianismo, o bien, no era ni con mucho lo que había de llegar a ser después con los Evangelios. Los apóstoles lo ignoraban en cuanto Mesías. El mismo tono de las Epístolas nos permite sentar sin recelo esta afirmación y no hacer caso del pobre y torpe argumento que se ha intentado erigir a este propósito: "Todo el mundo conocía esas cosas, por lo que nadie habla de ellas".

Ahí están las fechas: La primera generación de cristianos había crecido, envejecido y muerto antes que se tratara del Jesús en carne y hueso. La exposición y la divulgación de la doctrina cristiana precedieron, y mucho, a las de la aventura -y la enseñanza directa- del hijo de María y de José ¹⁵.

En cuanto a la leyenda según la cual fueron los once compañeros del Nazareno (después de su muerte eligieron según la misma leyenda un duodécimo apóstol, Matías, para reemplazar a Judas) los que constituyeron la primera célula del cristianismo, presenta las mismas incertidumbres e inverosimilitudes. La historicidad de esos personajes es muy aleatoria. Es cierto que aparecen los mismos nombres propios en la comunidad palestina que mencionan los Actos, pero eso no puede considerarse como prueba suficiente de identidad, si se piensa en la fecha tardía de la publicación de los Evangelios y lo fácil que era consignar en ellos los nombres que se quería (notemos que algunos de los discípulos oficiales tienen varios nombres: Simon-Pedro, Tomás Didimo, Levi-Mateo, Tadeo-Leubeo-Judas). Lo que más claro aparece es que esos hombres son, como su Maestro, muy diferentes en las Epístolas que llevan las firmas de algunos de ellos y en los Evangelios, tanto que ello induce a creer que no eran los mismos a pesar de su homonimia, y que, en todo caso, ese grupo, si fue establecido por ellos en Jerusalén después de la muerte de Jesús, no sufrió entonces ninguna persecución, como debía ocurrirle a la secta helénica de Jerusalén, lo que indica que su "potencial" reformador era muy restringido. ¹⁶

¹⁵ He aquí un esbozo de cronología de los orígenes cristianos, según las más recientes investigaciones, Constitución del grupo helenista en Jerusalén, martirio de Esteban y comienzos de la evangelización en Antioquía y Damasco, del 29 al 32. Conversión de Pablo a consecuencia de la aparición de Cristo, 31. Conflicto de Antioquía a propósito de las condiciones de admisión, 44. Epístola a los Tesalonicenses, 51. A los corintios, 55. Condena y muerte de Pablo, 61.

¹⁶ Existe un gran número de Evangelios, aparte los cuatro que han obtenido únicamente consagración oficial en la Iglesia de Roma por el Canon de Muratori, a fines del siglo II. Muchos Evangelios devenidos así, "extracanónicos" o "apócrifos" (es decir, escondidos), habían sido utilizados por los fieles. Ciertas sectas adoptaron algunos que sólo desaparecieron con ellas. Después, los Padres de la Iglesia dieron reiteradamente estado de autenticidad a los apócrifos, tomando citas de ellos. De la generalidad de

LA HISTORIA PROFANA SE CALLA

esos escritos, compuestos en fechas diversas, a partir del siglo II, no poseemos más que citas, o simples fragmentos, o sólo los títulos. Muchos han desaparecido totalmente. Los que han llegado hasta nosotros completos no refieren más que la infancia y la juventud de Jesús (*el Protoevangelio de Santiago*, los *Evangelios de la Infancia*), o bien sencillamente su pasión (*Evangelio de Nicodemos*), y se esfuerzan por completar en estos períodos de la vida de Jesús el laconismo de los cuatro evangelistas titulares.

Los Evangelios apócrifos que fueron más difundidos, como el *Evangelio de los Nazarenos*, utilizado por los judíos-cristianos perseguidos y establecidos en el Decapolo y en Berea, o el *Evangelio según los Hebreos*, parecen transposiciones, más o menos mutiladas, del Evangelio de Mateo. Son hasta cierto punto sinópticos. La serie de los Evangelios Gnósticos, de Marción (este antijudaizante sobre todo), de Basilides, de Apeles, de Taciano, de los Simonitas, de Cerinto, de Valentín, estaban sin duda alguna recargados por la compleja casuística metafísica que caracteriza al gnosticismo, y el *Evangelio según los Egipcios* preconizaba un ascetismo panteísta y egipcianista. Otra categoría de Evangelios apócrifos, como los de Matías de Tomás, de Andrés, de Barnabás, de Bartolomé, de Tadeo, de Judas, y el de Eva, y el Evangelio Eterno y el Evangelio Viviente, eran puramente legendarios.

La variedad y hasta la riqueza de esa literatura evangélica testifica la confusión y la incertidumbre de los hechos que se intenta fijar tan tardíamente. Es imposible no señalar en los residuos de esa compilación libre de tradiciones (a la que cada redactor aportaba su punto de vista y su matiz personal) variantes y divergencias respecto a la vida y a los actos de Jesús; y esto ocurre hasta en los apócrifos imitados de Mateo.

Los apócrifos, ricos en pasajes o en episodios originales, como la serie de los Evangelios de la Infancia, son escritos mediocres, según el método de los cuentistas orientales, han reemplazado la emoción y el sentimiento de la vida, por la insulsa de un maravilloso monótono y por lo sobrenatural a altas dosis. Lujos de detalles, a veces, desmañado: citemos las precisiones demasiado ingenuas sobre la preñez milagrosa de María después de su casamiento blanco con José: Había recibido regularmente, según el evangelista ocioso, la visita de un Ángel joven. En el *Libro Armenio de la Infancia*, el niño Jesús es un pequeño mago razonador, sutil e insoportable, que mata, resucita o destruye; frecuentemente fantástico, a veces cruel, siempre cuidadoso del "efecto".

Las palabras no homologadas del Jesús adulto no son, en general, más que repeticiones más o menos atenuadas de las recogidas en los cuatro Escritos oficiales. Hay, sin embargo, casos en que la variante rebasa la fórmula ortodoxa. Por ejemplo, el versículo de Mateo: "Yo os digo que los hombres darán cuenta el día del Juicio de todas las palabras vanas que hayan dicho", tiene menos profundidad que la variante consignada en el *Leccionario siriacopalestino*: "Yo os digo que de toda buena palabra que los hombres no digan darán cuenta el día del juicio".

No puede dejarse de mencionar en un índice de los materiales de la documentación evangélica al Talmud, que nos restituye en lo que concierne a Jesús un revoltijo de anécdotas concebidas con un propósito de denigración y donde la inverosimilitud compite con la grosería; notando, sin embargo, que las fantasías del Talmud (tan profundo en otros pasajes) prueban, por lo menos, que no se imponía ninguna evidencia pública contra tales fábulas. No se puede desfigurar hasta tal punto los hechos, los gestos y los rasgos, los aledaños y confines de una figura histórica que estuviera fijada por otra parte. La tradición musulmana concede un lugar importante a la personalidad de Jesús, y la integra con frecuencia demasiado íntimamente en su propio fondo de anécdotas, de preceptos y de proverbios. El *Corán* contiene comentarios extremadamente sensatos, y llenos de respeto y de tacto, a propósito de la presunta divinidad de "Jesús, hijo de María", al que reverencia solamente como a un profeta humano y un justo y del que habla abundantemente.

Hay otro orden de observaciones harto propias para inquietar al investigador a propósito de Jesús-hombre.

Los historiadores profanos de la antigüedad que nos han transmitido en detalle los anales del pueblo de Israel en el período que nos ocupa, guardan todos un silencio absoluto acerca de la personalidad terrestre de Jesús. Nada referente a Jesús en las crónicas circunstanciales de Flavio Josefo y de Justo de Tiberíades.

Circunstancias agravantes del misterio: ciertos escritos históricos han sido posteriormente amañados y falsificados con el fin de hacer desaparecer una anomalía que no podía dejar de impresionar la opinión pública.

Tales son las manifiestas interpretaciones con que se ha recargado ocho pasajes de un censo cristiano de *La guerra de los judíos*, de Josefo, conservado en una traducción en viejo ruso (el texto griego de la obra histórica no habla de Jesús).

¿Hay necesidad de insistir hoy sobre la innegable interpolación del famoso pasaje relativo a Jesucristo en la *Historia antigua de los judíos*, de Josefo, pasaje que constituye el más firme jalón positivo en que la apologética cristiana se ha apoyado durante siglos? Ese pasaje que quiere probar demasiado, que está demasiado bien redactado, en estilo puramente cristiano y torpemente ensamblado entre dos frases consecutivas, es con toda evidencia una mentira consignada con un importuno exceso de candor y de celo por algún escriba monacal del siglo IV. Otras interpretaciones no menos visibles parecen hoy apartadas, de común acuerdo, del debate.

Plinio, Tácito y Suetonio mencionan una agitación mesiánica consecutiva a la actividad de un cierto Chrestus o Christus, pero sus alusiones, muy breves, muy confusas y muy tardías (esos textos fueron escritos del 112 al 121, después que los primeros Evangelios y que el Apocalipsis) no presentan los caracteres de documentos.

Así pues, del más resplandeciente de los seres de forma humana, aparecido en un período de civilización avanzada, los anales de los hombres no consignaron nada preciso ni directo.

Pasada por el tamiz de la crítica histórica, la historia del Nazareno apenas nos muestra más que ruinas y fragmentos informes.

La Historia de la Vida Oculta de Jesús, de Carlos Guignebert, sabio probo, preciso y sereno, no es casi más que una historia negativa. La duda, la incertidumbre, los "¿qué se oyó?", los "se puede suponer, pero nada se nos permite afirmar", forman, por decirlo así, la contextura propia del relato. Estamos bien lejos de las ficciones compuestas punto por punto por Renán.

Alfredo Loisy, que puede pasar por el maestro de toda la falange contemporánea de investigadores que han sometido la

historia religiosa al dominio de la ciencia no admite como cierto más que el solo suplicio del profeta Jesús por agitación mesiánica.

Ante tal carencia documental, una parte de la crítica moderna, negando a la literatura evangélica todo valor de historia, ha llegado a la pura y simple conclusión de que Jesús no existió jamás "humanamente". No es más que un mito.

Esta tesis, llamada de "los mitólogos" ha sido sostenida por Kalthoff y Drews, en Alemania; por John M. Robertson, en Inglaterra; por W. Benjamin Smith, en América. En Francia acaba de ser presentada por P. L. Couchoud con gran claridad.

Según esta crítica positivista, no se estaría en presencia de un hombre promovido al rango de Dios, como en el siglo IV afirmó Arrio en una herejía que prosperó; como en el siglo XIX lo ha presentado Renán, evocador demasiado acomodaticio de un Jesús tierno, aunque muy romántico y cromolitografiado, y como corrientemente lo suponen los no creyentes. Sino que ese Jesús del que no se encuentra ninguna huella histórica sería que corrobore las afirmaciones de los evangelistas, no sería a sus ojos más que un personaje imaginario, pergeñado tardíamente con datos extraídos de la nueva doctrina y del Antiguo Testamento, donde se descubre, buscando bien, bajo la forma de predicciones o de símbolos, los puntos culminantes de su advenimiento, su pasión y su resurrección (P. L. Couchoud desdeña las figuras de los divinos Salvadores helénico-orientales, de los que, sin embargo, está calcado tan visiblemente el Salvador cristiano).

Así, los Evangelios no constituían más que interpretaciones anecdóticas y cargadas de imágenes de los textos sagrados mesiánicos y de las profecías retrospectivas de Pablo: en resumen, un sencillo trabajo escrito de adaptación.

Esta tesis de P. L. Couchoud tiene un incontestable calor crítico. Este investigador ha subrayado el carácter puramente ideal de las referencias de Pablo a Jesús, la naturaleza exclusivamente teológica y mística de las relaciones del Apóstol iniciador con su nuevo Dios. Ha confirmado y contribuido a hacer definitiva esta afirmación mayor: el Jesucristo evangélico es una figura a *posteriori*. Ha comprobado que su historicidad no estaba probada.

Pero ¿se infiere de aquí que haya probado la no historicidad? Jesús puede ser histórico y, sin embargo, no haber sido ajustado sino después de largo tiempo a la silueta divina del Salvador.

El Jesucristo de los Evangelios puede ser en gran parte único, sin serlo por ello totalmente, hasta en su existencia. Por lo demás la cuestión de la realidad histórica de un Jesús humano se relega a un plano secundario desde que se ha establecido que ese Jesús, ficticio o real, ha sido posteriormente acoplado al Cristo; que se trata de dos personalidades distintas, una humana, la otra teológica, y que en toda acepción de la leyenda universal, el Cristo es el parásito de

Jesús. Al demostrar que Jesús es único, en cuanto a Cristo, no se ha demostrado que lo sea en cuanto a Jesús. En este sentido no es paradójica la presunción de que la tesis de la no historicidad es del todo posible, salvo en cuanto al solo hecho de la realidad personal de Jesús. El problema gravita más sobre la utilización que se ha hecho de un Jesús humano que sobre las condiciones de la existencia concreta de éste.

ALGUIEN PASO

Yo creo que alguien pasó realmente, un profeta judío bastante oscuro que predicó y fue crucificado.

Se puede ante todo advertir que nada contradice de un modo absoluto la historicidad: el hecho de que no se haya dado con ninguna documentación positiva, no impide necesariamente que haya existido un Jesús o varios, respondiendo de antemano por algunos rasgos históricos al de los Evangelios. Se comprueba que no se sabe nada cierto sobre él y de ahí se induce que no ha existido. El procedimiento de la inducción que, como es sabido, conturba mucho a los metafísicos, porque tal método de razonamiento contiene orgánicamente un elemento caprichoso, se instala aquí sobre una plataforma demasiado endeble. Los historiadores pudieron no ver un personaje cuya influencia inmediata fue restringida -lo mismo que Herodoto no vio al pueblo judío. Han podido no llegar hasta nosotros textos contemporáneos que mencionaran a un Jesús predicador. Esos documentos han podido también haber sido destruidos por la Iglesia, por diferir sin duda tal personaje muy rudamente de la figura consagrada. Hay tal vez quien espera que sean hallados en alguna tumba o en algunas ruinas cubiertas por ciudades o por cultivos. ¿Quién sabe lo que nos revelarían las hojas -si por ventura se emprendiera un día su pesquisa en los restos de la Tarso de Pablo- que el Cid no enterró bajo una capa de seis o siete metros de aluviones, sobre la cual se edificó?

Pero la principal razón que incita a no adherirse más que en cierta medida a la tesis de la no historicidad, es que hay en los Evangelios elementos de una autenticidad "humana" irreductible, y que ciertos desenvolvimientos ideológicos reclaman una causa viviente.

En primer término, parece poco racional que la trama, "el asunto" escénico de la relación evangélica que aportó de una vez tantos hechos nuevos a la religión constituida sean ficticios de un cabo al otro. Tanto fraude es en principio inverosímil y lo es sobre todo tanta imaginación, aunque se admita la formación legendaria y popular de la cuádruple compilación en su estado primitivo.

Hechos tan sensacionales como la agresión a los mercaderes del Templo y el proceso de Jesús no pueden ser considerados como pura novela. Pero lo que presenta sobre todo el sello de la verosimilitud, son los rasgos precisos y propios de los caracteres, las particularidades, los relieves de orden pintoresco, los episodios de orden anecdótico, que se prueban, por decirlo así, ellos mismos y aportan cierta cantidad de certidumbre a su alrededor.

Detalles como los relativos al carácter poco acomodaticio del tesorero de la comunidad, a la actitud hostil de los hermanos del profeta, al espíritu poco despierto de los discípulos, a las personas de Marta y de María Magdalena no tienen apenas más razón de ser que su autenticidad. ¿Quién los habría imaginado y para qué lo habría hecho? Hay allí, como se dice vulgarmente, cosas que no se inventan. Es bien emocionante pensar que son esas pequeñas cosas las que se adhieren más sólidamente a la verdad en la gran confusión legendaria y que por esos tenues puntos se fijan los contornos de la personalidad de Jesús sobre lo desconocido.

Hasta se puede derivar conclusiones favorables a la verosimilitud histórica parcial, del hecho de las sensibles contradicciones que aparecen en los Evangelios, contradicciones resultantes de las plumas de escritores inhábiles y que la Iglesia no se dignó luego corregir a fondo. Una redacción integralmente artificial las habría evitado *a priori*.

Todo en esos libros -y no consideramos esto como un argumento secundario-, hasta la sensacional belleza de algunas frases citadas en ellos, supera la capacidad literaria de sus redactores (aunque haya grandes elevaciones de estilo en la presentación y en una de las escenas finales del Evangelio llamado de Juan). La sentencia tan ingeniosamente grandiosa, de una oportunidad genial, con que Jesús salva a la mujer adúltera; la respuesta a la Samaritana; la invocación a la esperanza a través de las persecuciones: "Vosotros seréis perseguidos, pero tened valor, porque yo he vencido al mundo"; el gran grito de igualdad: "Yo he venido, no a ser servido, sino a servir"; la toma de posesión espiritual: "El espíritu os conducirá a toda la verdad"; la efusión interior del deber: "Tened el cielo en vosotros mismos", y tantas citas lapidarias y luminosas, magníficas cristalizaciones verbales, tan numerosas en esos libros que no permiten emprender su nomenclatura...

Esas frases han nacido de una boca y un corazón libre y no de la sola pluma de un funcionario de la Iglesia uncido al yugo de una misión.

Pero hay otra razón capital para creer en el paso de Jesús-hombre. Tal es la originalidad de su enseñanza tan diferente por el tono, el diseño -y la pureza- de la de Pablo, y cuyos restos legen-

darios, sobrenadando del olvido, fueron conocidos por Pablo y, utilizados por él.

Es verdad que, si queremos exhumar a Jesús en el orden de los hechos, no tenemos probabilidad alguna de lograrlo, por estar privados de los medios propios de exploración. Pero es muy distinto en el orden de las ideas. Es casi únicamente por sus ideas por lo que Jesús-hombre nos prueba su existencia y también su parte - inconsciente- en la síntesis cristiana.

Yo me permito no estar de acuerdo sobre la enseñanza del profeta Jesús con P. L. Guibnebert, que reduce su predicación al anuncio del Fin del Mundo y a la necesidad de prepararse para él - según el programa corriente de los profetas judíos mesianistas de su época.

Numerosas palabras de Jesús, reproducidas por los Evangelios y que no son de origen sospechoso, me parece que invalidan esa apreciación. El mesianismo de Jesús está henchido de la idea de la salvación por la verdad y se separa totalmente de la del desquite de Israel, bagaje usual de los profetas de entonces. Su enseñanza asigna a las ideas y los sentimientos sus fuentes interiores, los vuelve al centro humano. Repone el espíritu humano, cuyas regla y forma propias son la armonía de la justicia; en medio de las cosas instaura una teoría del espíritu. Reingresa y nos hace reingresar en la vida misma: "Espíritu y vida", "en espíritu y verdad", "Dios existe en secreto", "El reino de Dios está en nosotros", "Buscad y encontraréis". *De lo interior a lo exterior* es la fórmula enigmática que caracteriza su doctrina, del principio al fin, y le impone una extraordinaria unidad, una unidad tal que no nos autoriza a presumir que su enseñanza sea, como muchos elementos dogmáticos de los Evangelios, una aportación retrospectiva de la Iglesia constituida desde mucho tiempo antes.

Jesús se alza contra las incertidumbres del mundo exterior, las apariencias sensibles e ilusorias, las prácticas, las tradiciones secas y las fórmulas vanas. En el dominio del pensamiento activo y del acto lo barre todo en torno del esfuerzo personal. Ataca a la injusticia fundamental de las riquezas temporales -que provienen del exterior como el dominio arbitrario de los reyes. Todo ello se ajusta exactamente al mismo sentido. La reforma que aporta es de orden moral, de orden humano y de orden popular, y responde a una vasta filosofía crítica y práctica.

...Así, pues, alguien pasó, porque no hay ideas ni síntesis nuevas sin personalidad creadora. La leyenda popular en sí misma, por fecunda que sea, es un prisma, no foco luminoso.

Ese hombre engrandeció singularmente el ideal judío, y lo engrandeció en el sentido judío -según la idea de justicia que es la sustancia fundamental, según el esfuerzo individual, el contacto directo del hombre con el infinito, el sentido de la vida con su

apetencia de porvenir- y se puso, por tanto, en oposición con el judaísmo oficial ¹⁷.

Ya hemos visto que la doctrina cristiana, tal cual fue publicada y enseñada primeramente en Antioquía, en Damasco, en Efeso, en Pérgamo, etcétera -en todos los centros primitivos-, no contaba para nada con Jesús hijo de María. Este no entró en la religión ni desempeñó papel alguno en ella hasta una o dos generaciones más tarde, con los Evangelios.

Pero esto no quiere decir que el misterioso profeta humano no haya influido sobre el espíritu y la labor de Pablo, que conocía sin duda alguna su enseñanza de pensador y de moralista y lo había tal vez tratado. Fue una influencia simplista, casi subconsciente la que ejerció ese Jesús que Pablo no asimila jamás -insistimos sobre este punto- al Cristo, influencia bastante grande, sin embargo, para que se le pueda descubrir por todas partes, relegada y seca bajo los mitos sobrenaturales con que Pablo tejó la fabulación de su doctrina religiosa.

La invención ideológica aportada por Jesús-hombre, su admirable sondeo en el alma humana a través del alma judía, dio también a Pablo la impulsión, el relámpago realista que le permitió hacer un bloque con su sistema ecléctico y cosmopolita: le dio la vida.

La leyenda cristiana nos ha enseñado que aquel relámpago que fusionó tal conjunto fue la aparición de la forma de Dios en el camino de Damasco.

Yo creo que el milagro de Pablo fue Jesús-hombre ¹⁸.

LA GENESIS DE LOS EVANGELIOS

Las sucesiones cronológicas que acabamos de resumir indican que los Evangelios son ante todo escritos circunstanciales.

¹⁷ La segunda parte de este libro está consagrada a la exposición de los rasgos salientes del pensamiento original de Jesús: tal cual parece que se puede disociar de lo que los dirigentes cristianos añadieron más tarde.

¹⁸ No quiero decir que Pablo no fuese sincero cuando hablaba de su brusca conversión deslumbrada, si es que tal relato es enteramente de su cosecha. Es posible que Pablo, que poseía eminentes cualidades positivas y prácticas, fuese también un exaltado, sujeto a alucinaciones que le parecieran de origen sobrenatural. ¿Osaría yo decir que la cuestión puramente personal y de orden privado de la sinceridad de Pablo me parece secundaria y sin interés cuando considero su acción y su obra?

Su producción tardía muestra la necesidad que se impuso en un momento dado de ofrecer a la opinión un suplemento de información respecto al Mesías y a la revolución mesiánica.

Los nuevos mandamientos sagrados contenían una exorbitante e intolerable laguna: la creencia cristiana gravitaba toda sobre esta noticia: Dios *ha enviado aquí abajo al Mesías*, parte integrante de sí mismo para redimir a los hombres por sufrimientos terrestres. Tal acontecimiento inaudito pero positivo e inmediato, forzosamente concreto, tal episodio humano-divino que había tenido por escenario el mundo en que vivimos, era sencillamente enunciado, despachado con una palabra. De ahí una irresistible necesidad de precisión para los fieles.

No se podría satisfacer tal necesidad más que señalando un hombre en el pasado y diciendo: Era él. Y haciéndolo el actor viviente del Mesías. A toda costa había que aplicar el gran espejismo panorámico a un punto terrestre, presentando garantías de simple humanidad. Si Jesús no hubiera existido, se le habría inventado en aquel momento. Pero había existido alguien, un Galileo que había predicado con atrevimiento, pero sin que jamás supiera el empleo que había de hacerse de él y la relumbrante usurpación de que lo iban a investir los siglos.

En torno de la propaganda de los nuevos pastores, y a consecuencia de la de Pablo, surgían imperiosas las interrogaciones: Ese Mesías que se dice que ha venido, ¿dónde, cuándo y cómo ha venido? Se nos enseña que se ha sacrificado por los hombres, ¿en qué condiciones lo ha hecho? Ha resucitado; entonces, ¿cómo había muerto? Una resurrección no es más que la segunda parte de un drama. El brusco retorno de la antigua Promesa que hasta hace poco se hundía en el futuro y que pronto aparece formando parte del pasado, exigía esas aclaraciones prácticas. Avidéz muy natural en las muchedumbres, cuya apetencia mística quiere, con todo, un mínimum de realismo en sus contornos. Dejar las cosas en la vaguedad habría sido comprometer el vuelo inicial de la Iglesia en formación.

Además, la opinión reclamaba también otra cosa: la evidenciamiento. El Cristo resucitado se había aparecido, según se decía, a todos, desde Pedro hasta Pablo. Bien; pero se esperaba su verdadera manifestación a todos. Los innovadores se habían visto obligados, para apoderarse del espíritu público, no solo a no descuidar, sino a explotar directamente la espera mesiánica, e imprudentes promesas los comprometían. Los cristianos habían tomado nuevamente a pecho tal espera y su paciencia estaba ya muy apurada.

No había, pues, para los dirigentes, reducidos a los aplazamientos, más que un recurso: sin comprometer el porvenir por precisión alguna (el Apocalipsis de Juan debía remontar una vez más, hacia el 90, según se cree, el melodrama mesiánico con

gran aparato y plantear de nuevo un ciclo gigantesco de profecías mundiales), había que acentuar retrospectivamente los actos y gestos del presunto Mesías a su paso por aquí abajo, para hacer un cuadro coherente: ligarlo a la tierra e incrustarlo en la humanidad por un trazado concreto. No pudiendo mostrar su Mesías ante los hombres, se les mostró detrás de ellos.

Se asistió en aquel momento emocionante de la nueva era a ese atentado trágico contra la conciencia de las muchedumbres, a esa maquinación de entre bastidores, tramada por los dirigentes, que se encuentra en todas las fases de la historia de las religiones. Se urdió una fabulación meticulosa para responder, punto por punto, a las predicaciones del gobierno de las almas.

Los conductores del movimiento reformador se vieron obligados a exhumar con rasgos realistas un hombre cuya naturaleza terrestre les estorbaba en su empresa mística, a la que contradecía, la que erizaba de obstáculos y la que habían eludido tan deliberadamente al principio en su primera exposición de la obra de redención de Cristo. Tuvieron que exhumar también en su torno partes de su enseñanza personal. Lo hicieron en un momento en que la carrera real de aquel a quien se llamó en adelante Jesús ¹⁹ pertenecía a un período ya lejano y vago en sus memorias. Salta a la vista que tal operación no habría sido posible si se hubiera tratado de un personaje actual o de una personalidad demasiado relevante. Las contradicciones y los puntos de sutura del mito sagrado y del detallamiento real habrían sido demasiado visibles.

La obligación de asignar, según las Escrituras, Belén como lugar de nacimiento al Cristo y la de establecer su genealogía real para ajustarse a una respetable distancia de las contingencias comprobables. El mayor obstáculo para la divinación son los contemporáneos. Los mismos Evangelios hacen constar ingenuamente que la virtud profética de Jesús no fue reconocida por los suyos, ni tampoco por sus compatriotas de Nazaret. "Nadie es profeta en su patria", según la frase que se le atribuyó entonces y que es tanto más verosímil en su boca, por cuanto no se trata a sí mismo de Dios, sino sólo de profeta ²⁰.

¹⁹ Una de las razones que hacen suponer que el profeta exhumado no se llamaba Jesús es precisamente que ese nombre está consignado en las Epístolas, donde no hay huella alguna del personaje en carne y hueso de los Evangelios y se imponía forzosamente que ese nombre subsistiera.

²⁰ Se notará cuán elocuente es para toda persona cuyo buen sentido sea libre esta sencilla observación: Jesús debe ser descendiente de David, por estar así escrito: los Evangelistas, principalmente Mateo, relatan nombre por nombre una filiación directa desde Abrahán y David hasta José. Y, ahora bien; los mismos Evangelistas establecen luego que Jesús no es hijo de José, puesto que éste no fue esposo real de María. Jesús, no es, pues, descendiente de David. La Iglesia atenuó luego esta enorme torpeza, consignando que María era también de la raza de David, lo que relega como un accesorio inútil la genealogía de Mateo, que abre solemnemente los Evangelios. Más tarde, la misma Iglesia, al establecer

Se puede decir también, sin grave riesgo de engañarse, que importaba para la libertad de los Cronistas en sus movimientos, que no subsistiera ningún compañero de Jesús. Cuando apareció el primer Evangelio, cincuenta años aproximadamente después de la muerte de Jesús, habían desaparecido probablemente todos.

Las lagunas evidentes, los huecos notables de los Evangelios respecto a ciertos períodos de la vida de Jesús son característicos: esas páginas en blanco testifican que la carrera de Jesús había sido olvidada en gran parte cuando fueron escritos los Evangelios, ya porque hubiera tenido poca resonancia, ya porque hubiera transcurrido mucho tiempo, y probablemente por ambas razones a la vez. Hubiera sido demasiado laborioso y peligroso llenar arbitrariamente esos grandes vacíos. Encontramos también recogidas en el cuádruple Escrito leyendas de las cuales nuestra implacable crítica moderna nos permite descubrir por series de pruebas precisas, el origen: tal la historia de los Magos, transcrita a trechos textualmente del relato, hallado después de una visita de unos príncipes exóticos a Roma, bajo Nerón (hacia el año 60). La degollación de los Inocentes, imputada a Herodes, pertenece a un pasado más remoto: es la reproducción de un acontecimiento contemporáneo de Moisés, referido por Flavio Josefo. De igual modo han sido desglosados los legendarios orígenes extranjeros del pesebre y de la gruta "mithraica". Es evidente que la fecha del nacimiento del Cristo, 25 de diciembre, corresponde históricamente a la fiesta de Mithra y astronómicamente al solsticio de invierno: el sol salía entonces del signo zodiacal de la Virgen, y los días, que hasta esa fecha disminuían, aumentan.

Los Evangelios tienen impresa la huella de todas las condiciones que habían de reunir para dar una armadura histórica aceptable al mito que sólo interesaba a los Evangelistas y a su plan: reconstituir a Jesús, no tal cual fue, sino cual debía ser para fundar el cristianismo: evocarlo y eliminarlo a la vez. Lambert Mayer ha sentado esta bella fórmula lapidaria: "En el Antiguo Testamento, las profecías son adaptadas a los hechos; en el Nuevo, los hechos a las profecías".

Jesús, hijo de María y de José, según la carne, no fundó, con toda evidencia, el cristianismo.

¿Qué hubo en aquel momento? Hubo un pobre hombre que pasó y de quien se tuvo necesidad luego. Se utilizó su pensamiento y después se utilizó también su cuerpo martirizado. El profeta

que María había sido también concebida sin pecado, anuló lo que quedaba como fundamento para la tesis de la descendencia real de Jesús. Lo interesante para nosotros es ver en esta falsa maniobra la prueba transparente en ella de la existencia de otra leyenda de Jesús, en la cual el Espíritu Santo no intervenía y se presentaba a Jesús, de conformidad con las Escrituras, como descendiente real de David; es decir, como un hombre, y no como un Dios.

Galileo fue, en efecto, absorbido por el dogma pauliano, no sólo en su palabra, sino también en su muerte.

Nada se opone en principio a la hipótesis de que subsistieran, durante muchos años, algunos hombres que fueran o creyeran ser los discípulos estrictos del crucificado por Poncio Pilatos. Y podemos admitir que algunos amigos y fieles de éste, después de la muerte ignominiosa que interrumpió su carrera, creyesen ingenuamente en su resurrección. El Cristo celestial aprovechó esa leyenda. Se asimiló el humilde sueño relativo a la familia del Galileo, a los mitos solares y terrestres extranjeros, para edificar su nuevo orden en el más allá. Además, se aprovechó también el carácter infamante de la muerte de Jesús, ejecutado como un esclavo y como un malhechor, que agobiaba a sus compañeros. Se incorporó la idea del sacrificio expiatorio a la renovación religiosa y se engrandeció en el sentido humano esa idea del sacrificio, que resultaba bastante fría, figurada y cósmica, en el sincretismo greco-oriental, aun cuando se trataba de expiación (en el orfismo, principalmente). Por grandes videntes del porvenir que fuesen los Apóstoles oficiales, no suponían ciertamente el peso inmenso con que un trozo vivo de humanidad había de pesar sobre su artificial sistema.

Ya hemos visto que en el único pasaje de su obra escrita, en que Pablo parece -erróneamente, por lo demás- humanizar a su Cristo, no lo evoca sino para atribuir al mismo Dios la iniciativa de la eucaristía, manifiestamente copiada del ritualismo de los orientales. Asimismo se homologó el título especialmente cristiano de Señor, registrándolo en los Evangelios; fueron atribuidos también a los "primeros Apóstoles" los principios de la organización de la Iglesia.

Más tarde, los que pretendían ser los depositarios directos de las lecciones de Jesús, y sus descendientes, fueron acusados por la Iglesia, cuya evolución estorbaban, "de pensar pobremente sobre el Salvador", y, finalmente, arrojados fuera de la comunidad de los cristianos.

El Jesús de los Evangelios es, pues, un retrato compuesto: un héroe literario que reúne en él sólo tres modelos principales: el Mesías de las Antiguas Escrituras, el Cristo greco-sirio de la nueva religión y un personaje real, rico de una enseñanza original, que predicó y fue crucificado en la época en que se dice. Tres siluetas de desiguales dimensiones: en la niebla luminosa de las arquitecturas hebraicas, el Aparecido de la Biblia; en el cielo azul, la porción de Dios, nube esplendorosa en forma de hombre; en el plano de la tierra, un hombre semejante a todos los demás, salvo en el pensamiento.

Se puede hallar y tocar -lo repito aquí- a ese personaje real por procedimientos de investigación racional idénticos a los que per-

miten determinar la figura y el pensamiento personal de Sócrates, por los desenvolvimientos prestigiosos de los *Diálogos* de Platón.

LA DOCUMENTACION QUE POSEEMOS DE LOS ORIGENES NO MERECE CONFIANZA ALGUNA

Pongámonos cara a cara ante la evidencia en torno de la cual giramos, y digamos.

Toda la documentación, sagrada o profana, que se posee sobre los orígenes cristianos hasta el momento en que el canon de la iglesia fue establecido *ne varietur*, es decir, a principios del siglo V, es, sin que se pueda exceptuar nada, insegura y no merece, en principio, crédito.

No hay una línea de la que se pueda tener seguridad, nada que se pueda afirmar, ni siquiera un nombre, ni aun una fecha. Cuando algunos escritores de oposición violenta a la apología cristiana y a la exégesis que apenas difiere hasta aquí en el fondo, como Daniel Massé, sostienen que el relato oficial de los comienzos de la Iglesia cristiana fue "fabricado en todas sus partes sin cuidado alguno de la verdad histórica", es imposible oponerles una firme negación.

El deber de los cristianos es tal vez aceptar toda entera, *a priori*, la historia ortodoxa de su Iglesia. El deber de los investigadores sinceros y positivos es recusarla toda entera *a priori*.

La documentación abunda, pero es toda ella, del principio al fin, sospechosa y tachada de parcialidad.

Porque emana toda entera de una fuente única, la misma Iglesia.

Cuando la Iglesia se estableció victoriosamente en el siglo IV de nuestra era, cuando, de perseguida se trocó en perseguidora, y fue dueña del poder político, lo fue también de la información pública y de toda la vulgarización. Tuvo en sus manos los monasterios y los manuscritos, los escritores profanos como los otros. Dispuso de los libros: de los que eran hechos entonces, como de los que lo habían sido anteriormente.

En nuestras épocas modernas, la imprenta y, paralelamente, la cultura general, aseguran al pensamiento escrito un hacinamiento monumental, una invasión universal que impiden la desaparición o modificación de los textos indeseables, y el poder eclesiástico -al que, por otra parte, se le han acortado todas las garras-, está reducido casi al anodino procedimiento de la inclusión en el *index*. Pero no ocurría lo mismo cuando, bajo el reinado absoluto de la Iglesia, que empleaba, por otra parte, con relación al público, los medios de coacción por todos sabidos, todos los escribas eran

monjes y las obras eran copiadas en muy pequeño número de ejemplares, sólo conocidos de los letrados.

No olvidemos que se trata de acontecimientos cuyas primeras manifestaciones habían sido modestas, y que el amaño histórico se limitaba a un campo restringido en el tiempo y en el espacio.

Es cierto que, por poderosa que fuera, la Iglesia no podía tocar al Antiguo Testamento ni a la historia romana; pero podía prácticamente monopolizar la documentación cristiana y todo lo que se relacionaba con ella en la documentación profana. Y eso es lo que hizo.

De que la Iglesia trató la verdad según lo que exigían a su juicio las necesidades de la fe (digamos, si se quiere: de que trató lo que nosotros llamamos la verdad, según lo que ella denominaba así también) tenemos ya numerosas pruebas. Esas pruebas nos dan derechos a generalizar o, al menos a estar constantemente en guardia, y nos disculpan de la acusación que se nos podría hacer de no aportar aquí más que una hipótesis malévola. Abundan mucho los casos de alteraciones documentales manifiestas, obtenidas por los dos procedimientos siguientes: primero, la falsificación por medio del recargo y la interpretación. Segundo, la antedata de los textos y de los hechos.

En cuanto al tercer procedimiento: la destrucción de los textos, en detalle o en bloque, no tenemos, claro está y es natural que así sea, confirmaciones tan precisas, pero se imponen a nuestro buen sentido presunciones de terrible fuerza.

Solo, en la centralización del joven mundo cristiano, el bloque insoluble de los judíos habría podido edificar aparte un testimonio original que se hubiera prestado a "recortes, referencias y cotejos". Pero obediente también a razones superiores, empleando el eufemismo consagrado, la oposición hebraica no aportó al principio más que "habladurías" respecto a Jesús, a sus padres y a sus allegados; después hizo en torno de los acontecimientos cristianos la conspiración del silencio.

He aquí el hecho que salta a la vista: la Iglesia, apoderándose con un despotismo absoluto de las fuentes históricas, hizo frente a la historia, la unció a su triunfo y la plegó a sus fines. Creó por sí misma, sin intervención y sin garantías humanas de veracidad, sus propios anales.

La literatura de los primeros historiadores cristianos no emana más que de militantes y propagandistas: la obra de Ignacio, de Policarpo, de Ireneo, de Justino, de Orígenes, constituye el único fondo al que es posible referirse, para diseñar los principios del cristianismo. Coordinada en sí misma, esa masa documental está erigida sobre un terreno movedizo que nada sujeta irrefragablemente a la realidad, y la crítica imparcial la ha cogido con demasiada

frecuencia en flagrante delito de impostura para que pueda ser aceptada sin reservas la menor de sus aserciones.

La exégesis se apoya en el testimonio de Eusebio para afirmar que los Evangelios aparecieron en el siglo I. *La Historia Eclesiástica* de ese autor sirve de base a todas las tesis cronológicas e históricas relativas a los Evangelios.

¿Quién era ese Eusebio? He aquí como lo caracteriza E. Reuss, uno de los más importantes exégetas cristianos modernos, creyente sincero, y honrado: "Un historiador que puede copiar un largo pasaje de Filón sobre la vida contemplativa de los esenios de Egipto, afirmando que el filósofo de Alejandría habla de los cristianos, y que se permite variar las palabras de Flavio Josefo y altera su sentido para ponerlo más en armonía con el de la Escritura..." y Reuss cita hechos que Eusebio "amalgama a propósito", "de manera apropiada para hacer creer al lector que es Josefo quien expone la historia desde el punto de vista cristiano".

Esta no es más que indicación de las excesivas libertades que se tomó Eusebio con Flavio Josefo, historiador judío del siglo I, y con tantos otros. La obra de Flavio Josefo, tan importante por el renombre de su autor, su raza y el campo y la fecha de sus trabajos, ha sido especialmente visada y amañada por los escritores al servicio de la Iglesia. Las rectificaciones de su texto que ya he señalado no son las únicas, y aun hay entre ellas algunas que les han parecido exorbitantes a los mismos Padres de la Iglesia: Rufino de Aquilea, a propósito de su revisión de los Setenta y de San Jerónimo, que fue también tratado de falsario por su amigo en su Vulgata, y que se nos aparece como uno de los principales responsables y tal vez el ordenador supremo de la historia de los orígenes del cristianismo, no osó transcribir literalmente la frase: "Este Jesús es el Cristo" del célebre pasaje interpolado del que ya hablé más atrás, y tradujo más prudentemente: "Pasaba por ser el Cristo".

Además, Flavio Josefo, ese historiador de firme contextura, preciso y ordenado, presenta en sus libros extrañas lagunas. Nos interesaría, por ejemplo, en el más alto grado la proyección de alguna luz sobre los movimientos insurreccionales que tuvieron lugar en Judea, y sobre todo en Galilea en la primera mitad del siglo I de la era vulgar. Acaso encontráramos huellas de un Jesús mucho más violentamente revolucionario que el que nos pinta la insípida exégesis de Renán. Ciertos signos, y en primer término la condena de Jesús como rey de los judíos, parece que tienden a hacerlo creer así. Ahora bien, Flavio Josefo no consigna sobre esto más que una corta frase: "Bajo Tiberio tuvo lugar en Judea una gran perturbación" y tras esta afirmación capital, reveladora para quien sabe leer, de que se ejerció la agitación mesiánica armada entre el año 14 y el año 37, nada. No es lógico que acerca de un acontecimiento tan sensacional como una "gran perturbación", el

historiador judío, tan minucioso y completo, tan profuso de ordinario, se mostrase tan lacónico. Esto huele a mutilación. Todo nos induce a creer que la censura sagrada actuó oportunamente en la obra de los historiadores contemporáneos, despejando el camino de la fe de precisiones contradictorias. Los escritos de Justo de Tiberíades que, con toda verosimilitud debían hablar de los orígenes cristianos, han desaparecido por completo y sólo por interposición de personas interesadas sabemos que no decía una palabra. *El discurso verdadero* del filósofo Celso, que atacaba al cristianismo, ha sido también totalmente aniquilado, no podemos conocerlo más que por los extractos citados en la refutación atribuida a Orígenes. Aniquiladas igualmente todas las obras de los gnósticos. El gnosticismo es un interminable comentario místico-filosófico que se extendió por escuelas y por sectas y removió durante siglos los temas de la creación, la redención y la encarnación.

Las escuelas de esta "super-religión de iniciados", según la expresión de A. Boulanger, divididas en una variedad infinitesimal, pero ligadas entre sí por principios esenciales, desempeñaron cierto papel en la elaboración definitiva de la fórmula cristiana. Algunos críticos han llegado a considerar a San Pablo como un "pregnóstico", y otros que no conocen la cronología ortodoxa, como un gnóstico.

De la copiosa literatura gnóstica, ¿qué queda? Nada. No conocemos sus doctrinas más que por las exposiciones tendenciosas de sus contradictores cristianos: Ireneo, Epifanio, Tertuliano.

Yo no tengo aquí más pretensión que la de trazar las líneas principales de una tesis cuya exposición razonada exigiría varios volúmenes. Lo que he dicho basta para incitarnos a estudiar a fondo el inquietante juicio que se le escapó a la bonachería de Renán, al hablar en el prefacio de su *Vida de Jesús*, del día "en que se llegaría a considerar cierto espíritu de fraude como inseparable de la historia religiosa". Estamos, pues, bien persuadidos de la relatividad de toda afirmación concerniente a las primeras coyunturas del caso cristiano o pongamos tácitamente esta reserva ante cada frase que escribamos.

Se ha otorgado hasta aquí un crédito absoluto a la documentación de la Iglesia, juez y parte, tirano temporal y espiritual. Ya es hora de pedirle cuentas.

Hace falta cierto retroceso y un plazo considerable para plantear la cuestión de las grandes imposturas consagradas. El espíritu humano no osa -tal vez no pueda- convertirse rápidamente al buen sentido. Parece que sólo poco a poco se despoja de los respetos tradicionales y se descarga del recuerdo de un prolongado terror. Pero llega un día en que las leyendas más inveteradas pasan por el tamiz y salen a la luz y al contraste. Por lo demás, hace muy poco

tiempo que ese dominio ha dejado de estar absolutamente vedado a los investigadores.

No puede contarse para hallar la verdad o al menos para descubrir la falsificación eclesiástica, consecuencia lógica de la redacción fraudulenta de los libros y los preceptos investidos con el título de revelados, más que con los descuidos de los falsificadores. Puesto que no han llegado a nuestras manos más que sus escritos, no nos queda más que un recurso y es que se denuncien ellos mismos.

Así es como, para citar todavía un ejemplo en el dominio de las fuentes, una crítica muy precisa de Massé sobre las adulteraciones de Flavio Josefo, hace surgir en algunos pasajes la presunción vehemente de una sustitución continua, en los textos examinados, de las referencias a la versión hebraica, intacta desde Esdras (presumibles en Flavio Josefo que estaba admirablemente enterado de las ideas y las costumbres judías y conocía a fondo el hebreo) por otras a la Biblia griega y "cristiana" de los Setenta ²¹ (extrañas en el historiador judío que conocía mal el griego y no era verosímil que bebiera en tales fuentes): "Se ha desjudaizado a Flavio Josefo lo más posible, como se ha hecho con los Evangelios. Se ha sustituido a las ideas judías, a los nombres judíos, frecuentemente a la geografía judía, con unas ideas, unos nombres y una geografía de cariz griego y romano. Este carácter es, efectivamente, muy notable en los Evangelios, aunque muestren en su conjunto, una acentuación judía del helenismo cristiano de Pablo.

El Libro de los Libros de los occidentales, el Nuevo Testamento, después del Antiguo, presenta el ejemplo patente, se podría decir: divino, del Escrito Falsificado.

EL TESORO DE VERDAD

Hagamos un alto para conjuntar los jalones esenciales de lo que creemos haber hallado y tener en nuestro dominio.

Helo aquí: entre los numerosas predicadores populares judíos del siglo I, que se debatieron en medio de una población atormentada por la idea de la Revolución mesiánica inminente, hubo uno que se distinguió por una doctrina que abría perspectivas nuevas sobre el individualismo y la iniciativa humana y que, audaz y original, respondía al sentido del genio judío. Aquel hombre, al que llamamos Jesús, fue crucificado como promotor de desorden público.

Jesús habló, predicó, pasó inadvertido a cierta distancia, fue martirizado y desapareció en el olvido y la afrenta sin haber sido

²¹ Traducida en Alejandría, en el siglo III, antes de J. C .

más que el profeta Jesús, ni haber conocido más que la Ley y los Profetas, de los que hizo un estudio profundo y vivo, una genial interpretación humana.

Mucho más tarde -veinte años aproximadamente después de la desaparición de aquel profeta aislado de los reformadores religiosos judíos impregnados de helenismo-, estos modificaron el judaísmo incorporándole liturgias y doctrinas procedentes de las religiones y las especulaciones griegas y orientales; hicieron de la vida futura, poco o nada explorada por la ley de Moisés, el centro de su reforma, y expandieron la nueva religión en la multitud por la consigna: "El Mesías ha venido", pronto reemplazada por esta otra: "Cristo ha resucitado".

Aquellos reformadores, entre los cuales aparece Pablo de Tarso como la figura de más relieve y el más importante obrero constructor y propagandista, conocieron y utilizaron en cierta medida las ideas profundas del predicador que había sido condenado a muerte, deformándolas y adaptándolas a su neojudaísmo grecooriental.

Pero ni un solo instante asimilaron aquel profeta galileo a su Cristo sobrenatural, al que llamaban Jesús, porque era el Redentor, y al que presentaban como príncipe divino, resucitado místico sin ningún rasgo humano ni histórico. Cuando Pablo desapareció a su vez, también ejecutado, no sospechaba que se pudiera establecer jamás una relación de enlace entre el Salvador celeste que le había sido revelado por el éxtasis y el predicador, que lo había influido. Se puede decir que estuvo tan lejos como éste de tal sospecha.

Mucho después de la muerte de Pablo -una veintena de años igualmente- se asimiló el crucificado por Poncio Pilatos al Cristo, porque los jefes del movimiento reformador se vieron obligados a comentar con más detalles las circunstancias de la obra terreste de aquel Hijo que Dios había enviado a la tierra, según la nueva religión, para redimir a los hombres.

Para ello emplearon, transportándolos a la estilización y el simbolismo teológicos, algunos rasgos históricos e ideológicos propios del profeta ejecutado por los romanos -en un momento en que no era posible comprobación alguna-, y crearon así una figura compleja y artificial que devino el Dios definitivo de los cristianos. Aquel trabajo de composición, en el que la verdad histórica fue sacrificada o adaptada a las necesidades de la causa, tuvo lugar durante un período no bien determinado todavía, y sus trazas pudieron ser disimuladas luego merced a la situación privilegiada de la Iglesia en los siglos IV y V. Durante ese período elaboró su historia a puertas cerradas. No queda más que el resultado de aquella vasta estrategia, bajo la forma de una nueva serie de cuatro libros sagrados que la Iglesia injertó en las antiguas escrituras y que

dieron, por lo demás, a la reforma cristiana, un nuevo aspecto mucho más humano y popular que el que presentaba al principio.

Desde el punto de vista de la formación de la religión cristiana, el Cristo precedió a Jesús.

Cronológicamente, fue Jesús Nazareno el precursor. Pero este desapareció, si se puede decir así, de la circulación histórica al morir, y, hasta más adelante, cuando la religión del Cristo celestial estaba ya constituida y la enseñanza de Jesús no era más que un viejo recuerdo, no fue incorporado a la nueva religión, en la que se le dio puesto haciendo de él la representación realista del príncipe puramente ideal con el que se había elaborado la primera versión del cristianismo.

Cuando Jesús apareció, no existía aún Cristo. Cuando apareció el Cristo no existía ya Jesús desde hacía mucho tiempo. Jesucristo no ha existido jamás.

LOS JESUS DE LOS EVANGELIOS

Como consecuencia de lo que queda expuesto, la crítica de los Evangelios consiste en sorprender *in fraganti* los medios empleados para revestir con los atributos y los caracteres del Cristo cristiano a un personaje semioscuro, ya nebuloso en aquella época y cuyo papel religioso efectivo no comenzó hasta que se empezó a falsificarlo y en la medida en que se le falsificó.

Ciertamente, al abrir los Evangelios, se siente en la lectura de esos cuatro libros una impresión muy fuerte, como instintiva, una especie de iluminación penetrante. Acaso la emoción de tener en nuestras manos escritos que han captado tantas multitudes de adoradores contribuye a esa impresión, tanto como ciertas armonías que son sentidas antes que discernidas.

Pero la composición es incoherente. El Personaje en torno del cual se desarrolla la narración es a la vez único y múltiple. De él se ha compuesto, por razones obvias, un retrato confuso y nebuloso, en el que aparecen varias siluetas superpuestas.

Una de esas siluetas es la del Mesías judeo-cristiano, el Mesías-Cristo. Esta, claro está, en el primer término. Las partes místicas de los Evangelios son las más apoyadas. La idea fija, muy visible, de concretar la carrera terrestre de Jesús, así como sus palabras, con las anunciaciones de la Ley y de los Profetas, mueve a los autores de la justificación evangélica a poner de relieve la coincidencia de los hechos con las predicciones correspondientes a fin de poder afirmar a intervalos rítmicos: "Así se cumplió lo que estaba escrito". Ese cuidado de acoplar la figura literariamente resucitada al dogma antiguo y al dogma nuevo, constituye su plan y guía su urdimbre positiva. La aventura de un simple pasajero de alma profunda se perfila con los contornos de un cuento de hadas, desde su nacimiento extranatural, el signo de fuego que lo designó después del bautismo y sus inauditos milagros, hasta su resurrección y su ascensión.

Se cuida -visiblemente- de consignar bajo su autoridad directa y depositar en cierto modo entre sus divinas manos, determinado número de mandamientos esenciales con los que se ha de contar luego, concernientes a la dogmática, la jerarquía y la organización clericales, y a la liturgia ortodoxa.

Yo no creo que sea aventurada la presunción de que la idea de depositar así en un escrito sagrado esas prescripciones para trocarlas en "verdades" sea una de las razones determinantes de la decisión adoptada por los directores de la Iglesia en el siglo II, de hacer confeccionar los Evangelios. Desde luego responde a la tradición de los "dirigentes" de la Biblia. Por otra parte, según ya he advertido, los Evangelios rejudaizan un poco el cristianismo.

Debajo de la entidad teológica se trasluce claramente la personalidad de un hombre: un moralista militante, el personaje real, el soporte histórico; aquel cuya palabra y cuyo destino aportaron los materiales positivos y "vividos" fundamentales de la figura que se trataba de hacer vivir.

En primer término, aquel que dice que todo "está en nosotros" Y, principalmente, el espíritu de justicia y de inteligencia: el artesano material de la sabiduría, el soldado de la igualdad: "Haced a los demás lo que quisierais que os hicieran".

Al lado, se esboza el predicador de la caridad y del amor que dice que ha de devolverse bien por mal y que ha difundido el célebre mandamiento: "Si se te hiere en una mejilla, pon la otra".

Los mismos labios no han podido proferir esas dos leyes que se borran una a otra. Esas figuras están netamente en contradicción. La "caridad", que es abandono de los derechos individuales y que significa resignación y esclavitud, está en contradicción con la justicia, que es objeto de guerra. Ahí hay dos principios de acción automáticamente opuestos, sobre todo para los grandes espíritus investigadores que ahondan hasta la entraña del problema colectivo.

El Cristo-amor es místico. Hay que relacionarlo íntimamente con el Mesías litúrgico en las críticas puramente humanas que provoca esa predicación sentimental por su carácter utópico, decepcionante y anticonstructor, ya fuera del plano de la piedad, donde el ejercicio de la caridad, virtud ordenada por Dios, no es más que un medio práctico de salvación. Ya veremos que apurando la noción cristiana de la caridad y del amor se llega a conclusiones más radicales todavía.

El Jesús-justicia ("Jesucristo el Justo", dice Juan) es también el apóstol del esfuerzo individual que proclama que todo depende de cada cual. Esas dos doctrinas pugnan entre sí.

La autonomía entre ambas tendencias se manifiesta claramente entre otros mandamientos del Jesucristo Evangélico. Dice que trae la paz a los hombres de buena voluntad. Glorifica a los misericordiosos y los mansos. Pero dice en otro lugar que no trae la paz sino la cuchilla. "Yo he venido para meter la división entre el padre y el hijo, entre la madre y la hija, etc." "Que aquel que no tenga espada venda su ropa y compre una". Tan pronto predica la pacificación como el exterminio. Se muestra implacable con el mal servidor, al que hay que echar fuera como leña de árbol estéril que se poda y se corta: "Y allí, él tendrá llanto y rechinamiento de dientes". Se venga de aquel que no lo escucha (episodio simbólico de la higuera que hace morir porque no ha podido coger su fruto); enseña en la oración dominical: "Perdonad nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores", y termina una parábola diciendo: "Traed a los que no han querido que yo reinase sobre

ellos y matadlos ante mí": profiere amenazas terribles y reiteradas contra los escribas (es decir, los doctores del Templo) y los fariseos: "¡Ay de vosotros...! ¡Que toda la sangre vertida recaiga sobre vosotros!, etc."

He aquí estampidos de voz bien discordantes en medio de los suaves y untuosos preceptos que el rebaño de los fieles había de murmurar durante siglos. Se quiera o no, el personaje se parte en dos.

La imagen de Jesús-furioso, tomó sin duda alguna diversos rasgos de los zelotas o sicarios, llamados también nazarenos, galileos o canaítas. Algunos autores, como Heulhard y Daniel Massé, ven en un agitador de este origen el prototipo humano del Cristo evangélico. Ésa es también la hipótesis que emite Eliseo Reclús. Es cierto que, no obstante las idílicas evocaciones de Renán, la Palestina, y especialmente la Galilea, a causa de sus refugios naturales, fueron constantemente perturbadas por bandas nacionalistas fanáticas que miraban la revolución mesiánica como la restauración del trono de David en beneficio de un pretendiente davidiano contra la dinastía herodiana y proclamaban la insumisión al régimen romano. En el Jesús evangélico hay rasgos de este revolucionario particularista: además de las expresiones de cólera citadas más atrás (la invectiva contra Jerusalén y contra los fariseos que preconizaban la lealtad al poder romano y a la dinastía feudalitaria de Roma); además del hecho de que uno de los discípulos de Jesús fuera Simón el Zelota y de que los zelotas se llamasen también los galileos, sobrenombre dado a Jesús ²², hay indicios más importantes en tal sentido en el juicio y la condena misma de Jesús. Fue condenado por que se llamaba -o se dejaba llamar- hijo de David y rey de los judíos, es decir, pretendiente temporal, antirromano, y porque ello fue causa o posible ocasión de trastornos sociales.

Nosotros no debemos adoptar la versión económica de la acusación y la condena de Jesús. Es inverosímil desde luego. Ya expondré más adelante las razones que hicieron presentar así la historia de tales acontecimientos, principalmente en el Evangelio de Lucas.

No es verdad que Jesús fuera, según la versión corriente, llevado a la muerte por los judíos. Estos no tenían derecho ni poder para hacer morir legalmente a uno de los suyos. Sólo podía hacerlo el procurador romano, representante del César. Y no se puede creer

²² La secta de los nazarenos no se debe, al parecer, confundir con la de los zelotas. Emparentaba también con la de los esenios. Se puede creer que Juan Bautista pertenecía a ella. Pero esto es improbable respecto de Jesús, a pesar del título que se le dio. Sin duda, la leyenda popular que lo rodeó, aunque no mucho, tendía con su simplismo habitual a catalogarlo en una de las clasificaciones titulares. O bien se querría dar a ese sobrenombre sólo su sentido etimológico de "santo".

que éste fuese forzado en tal circunstancia. El todopoderoso funcionario romano, actuando en nombre del delegado imperial Coponio, y del emperador Tiberio, se había de preocupar muy poco de los resentimientos de los judíos a cuya satisfacción no se podía prestar y menos ser intimidado por ellos y susceptible de sufrir una presión de su parte. El judío no desempeñó más papel que el de denunciador, haciendo resaltar el carácter políticamente sedicioso y antirromano de la acción pública de Jesús. Fue el romano quien lo hizo crucificar porque lo juzgó necesario.

Ahora bien, Roma mostró siempre absoluta tolerancia respecto a la libertad de conciencia de sus súbditos de todas partes y jamás persiguió las creencias. No empleó el rigor sino cuando se encontró frente a oposiciones y agitaciones de concreto carácter político, amenazador para el poder del imperio.

Jesús no pudo ser condenado -en virtud de la ley judía- sino por amenazar su acción al orden romano.

Jamás habría condenado Roma a un Príncipe de la Paz, cuya consigna: "mi reino no es de este mundo", hubiera significado que él y sus discípulos se proponían acatar los reglamentos administrativos y mantenerse apartados de las cuestiones políticas y sociales. He de transcribir aquí, por contener una gran parte de buen sentido, la humorada de Daniel Massé, según la cual, Roma, cansada de las perpetuas perturbaciones de los agitadores judíos, no sólo no habría procedido contra tal Príncipe de la Paz, sino que, al contrario, lo habría subvencionado.

Pero no era preciso que Jesús fuera zelota para que se pusiera en oposición con el orden establecido y figurase como revolucionario. No hacía falta tampoco que lo fuera para que se le implicara en un "complot" contra el Estado. En todos los tiempos, los gobiernos, que siempre tienen razón por tener la justicia en sus manos, han sabido implicar a sus adversarios, para acabar con ellos, procesos precisos de derecho común, de conspiración contra la seguridad del Estado.

Desdoblándose del Jesús que profetizaba un advenimiento del reino de los cielos, según la concepción militarista y diluviana de los viejos Videntes de la Escritura, se modela el Jesús más humano y más filosófico que dice, por el contrario, que el reino de los cielos está "en medio de nosotros".

Jesús tiene dos teorías acerca del respeto debido a los padres: la una corriente y conforme a la Ley; la otra en oposición violenta con la tradición consagrada, puesto que llega hasta decir en el Evangelio de Mateo: "El que no odie a su padre y a su madre, quien no odie a su hermano y a su hermana, no es digno de ser mi discípulo", y a interpelar así a su madre: "Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?". Asimismo, tan pronto preconiza Jesús, en conformidad con la Ley, la comunicación de la buena nueva solo

al rebaño de Israel, con exclusión de los gentiles y de los samaritanos cismáticos, como juzga que hay que extender la propaganda más allá de los judíos.

Tal vez alguna de esas antítesis, que los redactores evangélicos faltos de maestría no supieron eliminar, así como los diversos juicios que Jesús emite sobre su propio poder -presentándose a veces como igual a Dios y a veces como su humilde servidor y su simple instrumento- puedan explicarse por la evolución de un espíritu que se desprende de las creencias de que se había nutrido (en las almas geniales los errores se suelen suicidar). Como quiera que sea, emanan de concepciones divergentes de modo muy notable.

Para los creyentes, esas antítesis se resuelven -sin resolverse- en la ola deslumbrante de la entidad divina. Permitámonos notar que es precisamente desde ese punto de vista transcendente e inmutable, desde el que no tienen solución. Si cierta concepción filosófica de la doctrina crística autoriza, por ejemplo, a conciliar: "Yo he venido no para abolir la Ley y los Profetas, sino para cumplirlos" con la campaña contra algunas prácticas expresamente consignadas en la Biblia, el terreno puramente religioso es el único en el que el antagonismo de las fórmulas es de todo punto ir-reductible.

Hay pocas contradicciones importantes en los Evangelios, aunque algunos críticos las hayan exagerado con cierta miopía de eruditos. Ello se comprenderá sin esfuerzo teniendo en cuenta que los Evangelios fueron confeccionados como se confecciona una obra de teatro, con un tema propuesto y un marco determinado, por dramaturgos que tenían por misión establecer un testimonio retrospectivo utilizando mejor o peor ciertos elementos reales. Sería, pues, pueril buscar antinomias profundas, tan pueril como maravillarse, como lo han hecho tantas pobres gentes, de la concordancia de los Evangelios sinópticos, deliberadamente sinoptizados.

Hay también en el haz evangélico de los Jesús, dos autores u objetos de milagros que hemos de diferenciar uno del otro. Los milagros puramente teológicos se refieren al Mesías sagrado: la virginidad de María madre, las materializaciones espirituales del bautismo y del Pentecostés, el agua trocada en vino, la multiplicación de los panes (cinco panes nutrieron hasta la saciedad a cinco mil personas, y ese milagro se renovó aproximadamente en las mismas proporciones), la transfiguración, la resurrección y la ascensión al cielo, así como las adivinaciones telepáticas que mencionan los Evangelios y la resurrección de Lázaro y de la hija de Zairo, pertenecen a un orden inadmisiblemente de fenómenos en el que no tienen por qué penetrar los rebeldes a la perversión deslumbrante de la lógica que se llama la revelación. Su origen es la

ficción o la alucinación individual o colectiva. Por lo demás, es indiscutible que si un ser hubiera realizado los milagros desmesurados atribuidos a Jesús, habría llegado a ser en pocos días el rey reconocido y efectivo del mundo habitado -y no fue más que un infeliz vencido "cuya vida pública, dice Guignebert, no duró sin duda más que algunos meses, tal vez pocas semanas".

La otra categoría de milagros es de una naturaleza muy diferente y debe ser considerada de un modo especial: la curación de las enfermedades y de los enfermos. La primera serie de milagros sería obra de un Dios; ésta pudo ser obra de un hombre. Evidentemente hay una cándida superabundancia de milagros de esta especie en los Evangelios. Es cosa de creer que la Judea no estaba poblada más que por paralíticos, ciegos, leprosos y demoníacos. Pero cualquiera que sea la inflación de las cifras, se puede ligar este grupo de milagros con fenómenos de sugestión y de auto-sugestión cuales los que han motivado una teoría de la terapéutica moderna.

Para curar era preciso que Jesús hiciera nacer en torno suyo la confianza, la fe. Es imposible no observar el extremo cuidado que pone en ello: "Tu fe te curará". "Tu fe te ha curado". "Que sea según tu fe". Cuando tropieza con la desconfianza, como en Nazaret, resulta impotente: "Allí hizo pocos milagros a causa de su incredulidad". Se ve destacarse distintamente el mecanismo de las operaciones psicofísicas que enriquecen las estadísticas de Lourdes y de otros lugares de peregrinación similares con un porcentaje de curaciones -y los métodos hoy tan vulgares de la *christian science* y de sus sucedáneos-.

En lo que concierne a ciertas precisiones materiales, los autores de los Evangelios no han llegado a la unificación. No han juzgado sin duda que ello tuviera demasiada importancia para los fieles de ojos cerrados. (Por lo demás, el espíritu crítico no debía adquirir consistencia en el mundo hasta muchos siglos más tarde). Las "combinaciones visiblemente distintas de los mismos hechos" son aquí frecuentes.

En el orden de las contradicciones realistas, he de mencionar la relativa a la edad de Jesús: según Mateo, Marcos y Lucas, Jesús tendría unos treinta años cuando predicó; según un pasaje de Juan, cerca de cincuenta años. Bastantes autores aseguran, refiriéndose a numerosas precedentes, que el número treinta que sirvió para limitar la carrera terrestre del Hijo del Hombre, es una cifra fatídica y sagrada.

Los Evangelios no están de acuerdo respecto a la fecha de su nacimiento. Según Lucas, nació durante el censo de Quirino; es decir, en el año 760 de Roma; según Mateo, nació "en los días de Herodes". Ahora bien; Herodes murió en 750, diez años antes. Se puede señalar a este propósito toda la laboriosa e inverosímil

fabulación imaginada en el Nuevo Testamento para hacer nacer a Jesús en Belén.

Según Mateo fue después de su nacimiento visitado por tres reyes. Según Lucas, por tres pastores. Según Juan, Jesús murió el 14 Nisan; según Marcos, murió el viernes que fue el día siguiente al 14 Nisan.

Los Evangelistas y sus directores podían creer en aquella época, en la que la ciencia histórica no existía en modo alguno, que a nadie se le ocurriría jamás destacar los errores manifiestos sembrados en la genealogía de Jesús para hacerla coincidir con ciertas cifras sagradas.

No hay concordancia entre los Evangelistas respecto al hecho de las apariciones de Jesús después de su muerte.

Según Lucas, se apareció primero a Pedro; según Mateo, a las Santas Mujeres; según Marcos y Juan, a María Magdalena.

Ninguna de estas incertidumbres y confusiones fue aclarada en los siglos siguientes por la documentación unilateral de la Iglesia. Esta no ha proyectado tampoco la menor luz sobre el lugar del nacimiento de Jesús: Jesús no nació en Belén, no nació en Nazaret; no se logra hallar una huella histórica seria de esa ciudad en aquella época. Algunas circunstancias referidas por los Evangelios han inducido a Daniel Massé a asignar como lugar de nacimiento al "Crucificado por Poncio-Pilatos", la ciudad de Gamala. Este escritor audaz del que ya he citado el nombre, al que no sigo en todas sus hipótesis, más brillantes que demostradas, y al que perjudica el tono sarcástico que ha creído deber adoptar, ha escrito, sin embargo, contra el supuesto nacimiento en Nazaret, una notable página de crítica. El sobrenombre de Nazareno, dado a Jesús, no quiere decir de Nazaret, sino que, como ya hemos visto, ese término designa una secta determinada. Viene de Nazir y significa el Santo de Dios. Al decir o dejar de decir "de Nazaret", la Iglesia ha tendido evidentemente a separar la leyenda de Jesús de la de los nazarenos, revoltosos y comprometedores.

Notemos la oscuridad que reina en los Evangelios y después de los Evangelios sobre los hermanos de Jesús, que son a su vez sus hermanos y sus primos, sobre la identidad real de sus doce discípulos y de muchas personas de las que lo rodean: confusiones, dobles empleos.

Conviene notar también la inverosimilitud infantil de la traición de Judas, tal cual es relatada en los Evangelios. Se creyó sin duda necesario colocar allí una figura de traidor, sin razón de ser; porque ¿cómo presumir que en la realidad el formidable poder romano tuviera necesidad de aquella traición para detener a un hombre público?

Se siente la tentación de explicar las anomalías e incertidumbres de orden material y concreto indicadas, por el hecho de que el

personaje llamado Jesús no tuviera uno, sino varios modelos vivientes. No se puede por menos, después de leer un pasaje de los Actos, de pensar en Esteban, el noble y valeroso mártir de la Iglesia helenista de Jerusalén. Llama y fija también la atención la original e intensa personalidad de Juan Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel, cuyo papel parece haber sido deliberadamente sacrificado en los Evangelios que procuran relegarlo, con muchos miramientos y hasta identificándolo con Elías, el coloso de los profetas, a un puesto subalterno. Ya he hablado de un zelota, de dos predicaciones distintas con tendencias divergentes... Reconozcamos, en todo caso, que éstas son hipótesis aventuradas que no se puede apoyar sobre nada positivo en el transcurso de los siglos; los nombres propios, las alas del nombre, los pájaros del tiempo...

Por lo demás, aunque el soporte carnal del Mesías hubiera sido reconstituido con fragmentos extraídos de varias personalidades, no por ello dejaría de subsistir un prototipo central -el Jesús-Justicia- sin haber servido los demás sino accesoriamente como modelos.

El retrato evangélico de Jesús resulta aún más borroso por una complicación que se puede considerar de segundo grado: la complacencia que hubo de poner cualquiera de los diversos Jesús de los Evangelios en aceptar la ingenua creencia ambiente en sus milagros, acaso también, hasta cierto punto, en su misión divina.

Hasta el Jesús auténtico, vislumbrado -esbozo emocionante- a través de la ficción, consintió, sin duda, en que sus curaciones por persuasión fuesen consideradas como prodigios, y aún es presumible que propendiera en aquellas circunstancias a que sus sensacionales mentís a la naturaleza fuesen divulgados como tales y a que se diera testimonio de ellos. Es la fe quien hace el milagro, pero es también el milagro quien hace la fe. El primer milagro obtenido multiplica la fe, que multiplica luego los milagros.

El, que era un realista, un obrero de la vida, no podía rechazar completamente los procedimientos que le pudieran permitir el apoyo de su empresa en la multitud, como no hubiera podido contrariar francamente las prescripciones de las Santas Escrituras, que sus oyentes consultaban con febril avidez después de haberlo escuchado, para ver si lo que había dicho concordaba con lo que estaba escrito. Pero se mostró suavemente irónico Nataniel, que le dijo: "Yo creo en ti, porque me has dicho, sin haber podido verme, que hace un momento estaba debajo de una higuera". "Tú verás cosas más grandes que esa".

En fin, el problema de la identidad real de Jesús es oscurecido por el simbolismo continuo de su lenguaje. Jesús no expresa su pensamiento al desnudo. No hay que tomar jamás al pie de la letra lo que dice (cualquiera que sea el espíritu con que se escuche).

Porque el hablador, del que discernimos las grandes formas, a la vez precisas y vagas, no solo obedecía a la tradición de su raza, sino que también se daba cuenta en toda ocasión de las necesidades pragmáticas. Era recurriendo a las imágenes, a las parábolas o "similitudes", como se impresionaba y se prendía la atención del pueblo judío y como se podía lograr el acceso a verdades cuyo abordaje directo es arduo. El mismo se cuidó de explicar a la falange de sus discípulos, un poco lentos de comprensión²³, que era necesario manejar la opinión pública por el juego pintoresco de las parábolas: "Os es dado saber lo que atañe al reino de los cielos, pero eso no les es dado a los otros". Este sistema de expresión en sentido figurado franquea a veces su pensamiento, pero a veces lo cierra y, frecuentemente, la interpretación de tal esoterismo es complicada y difícil.

Reconoce él mismo que no lo dice todo a sus discípulos: "Tengo todavía muchas palabras que deciros, pero la palabra verdadera no podéis portarla aún". Inclinémonos con respeto ante esta grave y majestuosa reticencia.

La investigación histórica, metódica, esa arqueología de los textos, cuando ha sido aplicada al Nuevo Testamento ha discernido una aportación ficticia de otra especie: alteraciones, supresiones y añadiduras, dictadas en varias épocas por las necesidades de la propaganda del momento. La pluralidad de las redacciones superpuestas viene a complicar singularmente la complicación primitiva del problema. Los correctores y adaptadores sucesivos de esos textos, tal cual han llegado a nosotros, se preocupan de ponerse al unísono con el estado del espíritu contemporáneo y de responder a las objeciones y a las dificultades de actualidad.

Quiero citar un ejemplo característico: el cuarto Evangelio, atribuido erróneamente a Juan, y compuesto hacia el año 100, fue transformado, un tercio de siglo más tarde, en un escrito tendencioso, impregnado de la doctrina, entonces momentáneamente dominante, de Marción (doctrina que modificaba sensiblemente la situación teológica de Jesucristo y que debía ser condenada por la ortodoxia). Y no es esto todo: la obra rehecha con el espíritu de

²³ ¿El cuidado de los Evangelistas por acentuar reiteradamente la falta de sagacidad, y a veces hasta de carácter, de los once discípulos que sobrevivieron a Jesús, denuncia una precaución tomada para realzar por contraste la eminencia del Maestro? Sin duda. Se puede recordar que Moisés es representado en el Génesis y el Exodo como un hombre de inteligencia mediocre, "incircunciso de la lengua", al que su hermano Aaron tenía que servir de portavoz y a quien su suegro tenía que darle consejos de organización práctica, y que, por otra parte, era arrebatado y poco dueño de sí mismo. Los autores de la Biblia hicieron de él un instrumento casi inconsciente de la Gran Potencia. Pero vemos también en esos rasgos y esos matices del cuadro evangélico un reflejo de realismo, una confirmación de la verosimilitud histórica de ciertos pasajes del relato. Era lógico que los compañeros reclutados al pasar por el Galileo fuesen tales.

Marción hacia el 135, fue corregida una cuarentena de años más tarde con el espíritu de Montano, otro disidente. Enrique Delafosse ha demostrado cómo y cuándo los hechos mismos fueron plegados y adaptados sucesivamente a la doctrina marcionista y a la tesis montanista en la versión canónica del cuarto Evangelio...

Asimismo, los *Actos de los Apóstoles*, atribuidos a Lucas - atribución verosímil- han sido de tal modo retocados y amañados que queda muy poco ciertamente del texto de Lucas. El retocador, que falsificó igualmente pasajes del Evangelio de Lucas, obraba por cuenta de la comunidad cristiana de Roma. Lucas, intelectual y médico, espíritu honesto y equilibrado, que había intervenido en algunos episodios de la predicación apostólica, no se proponía sin duda, al escribir sus *Actos*, más que trazar la historia heroica de los primeros acontecimientos del cristianismo, para edificación de un tal Teófilo que, al parecer, fue un gran "simpatizante" romano.

Pero el retocador tenía otros objetivos de primer plano: establecer que la nueva religión no era más que una forma depurada del judaísmo; en síntesis, el auténtico judaísmo, con el fin de eludir las persecuciones y de acogerse a la tolerancia concedida por la autoridad romana a la práctica del judaísmo. Atenuó, pues, e intentó borrar la fuerte oposición de Pablo a la conformidad. Además, atacó sistemáticamente a los judíos por su terquedad refractaria y su oposición violenta a admitir esa tesis conformista. Por otra parte, y siguiendo la misma línea directiva, aduló a los romanos. La consigna era entonces, hacia el primer cuarto del siglo II, disculpar a Poncio-Pilatos (tercer Evangelio de Lucas) y hacer valer los casos de los romanos convertidos o benévolos, Cornelio, Festo, la tolerancia de Galión en Corinto, etc.... El sentido de la condena de Jesús fue falseado, haciendo recaer toda la responsabilidad sobre los judíos. Se tendió también a hacer de Pedro la figura culminante del movimiento, por encima de Pablo y de Bernabé, y se preparó así la preponderancia de Pedro en la Iglesia romana, nacida de la comunidad de Roma ²⁴.

En fin, había que atender también al gran problema de la accesión de los "Gosin" o gentiles (los no judíos). Pablo era, claro está, partidario de la internacionalidad, puesto que había fabricado con el Iahvismo y con lo más dramático del contenido del paganismo, una religión cuyo fin era devorar a las demás. Esa cuestión determinó conflictos entre él y algunos apóstoles palestinos conservadores, que se oponían a sus designios de admitir a los extranjeros con un mínimo de formalidades. La edición definitiva del tercer Evangelio y de los *Actos* presenta vestigios de aquella polémica que, por otra parte, Pablo da también a conocer en su

²⁴ Con el mismo fin de la consagración futura de Pedro y de Roma, los Evangelios le hacen decir a Jesús una frase que evidentemente no pronunció jamás.

Epístola a los Gálatas. Pablo, había logrado hasta entonces éxitos muy brillantes para no obtener uno más, imponiendo su manera de ver en tal punto.

Esas alteraciones y rectificaciones de tendencias van acompañadas de errores históricos, de anacronismos que Alfredo Loisy, en la poderosa crítica de sus obras ha puesto en evidencia magistralmente ²⁵.

No menciono aquí, a título de ejemplo, esos detalles de exégesis, sino para mostrar el enmarañamiento de toda especie que hay que desembrollar hoy para llegar, a la figura real de Jesús: En verdad, no podemos ver ya en esos escritos más que una enseñanza hermética que se trata de descifrar.

LA VOZ HUMANA DE LA EVIDENCIA

Se ha acumulado, pues, sobre la misma cabeza la esencia de una lección profunda, el aparato místico en suspenso en las Escrituras anteriores y las líneas iniciales de una teología restaurada hasta el punto de resultar nueva. Se ha acomodado el conjunto de las exigencias litúrgicas, generales o inmediatas a un mínimun de hechos reales y a un fondo de preceptos que habían tenido vigencia y habían aportado a los planos filosóficos, moral y social, una tendencia reformadora.

La verdad es indeble y resulta que esos elementos reales, a pesar de todo, se imponen a la atención. Los datos vivientes y los temas auténticos que sirvieron para componer el mosaico del destino de Jesús en perícopos de los Evangelios, arrastran en realidad todo el resto. El profeta que existió y que fracasó domina al Cristo sagrado, el oficial, y hace bulto a través de él.

Quien lee los Evangelios con leal serenidad es penetrado, por cien detalles, por la convicción de que el personaje del que se sigue el paso y se recoge el eco, lo tiene todo de hombre y no tiene nada de Dios. Les hace falta a los creyentes una indecible dosis de candor y de ilusión para ver allí en un solo instante al mismo lahveh, venido con el fin de realizar la segunda parte de la creación, la Redención. ¿Cómo osar creer que hubiera vivido, obrado y gritado así, después de haber aguardado oscuramente treinta años o más, el doble del Eterno desmesurado y todopoderoso, a su paso por la tierra? Estamos aquí ante un hombre

²⁵ Para no citar más que dos casos: Los *Actos* ponen en boca del sabio Gamaliel consideraciones sobre Teudas, que no había aparecido hasta quince años después de la época en que se hace hablar a Gamaliel. Y atribuyen a Pedro palabras de Pablo.

sencillo, y conmovedor, de ojos claros bajo sus arreos reales y sagrados, en medio de fantasmas pintados, de decoraciones de escuela y de fórmulas doradas y cegadoras, que hace todo lo posible por ser oído y triunfar. Y sus esfuerzos para persuadir a sus oyentes, esquivar preguntas embarazosas y librarse a sí mismo, por la huida, de los golpes de sus enemigos, contrastan de tal manera con la gigantesca facultad milagrosa que se le atribuye, que produce estupor ver que gentes razonables puedan discutir todavía estas cosas; y hay que inducir forzosamente que su educación las volvió locas. Si Jesús-Dios se exponía expresamente a los vejámenes y los descabros por parte de los hombres para establecer la ceguera de estos y su martirio, toda la otra mitad de sus actos -la propaganda acompañada de esfuerzos de persuasión y de milagros- resulta incomprensible.

El Dios de los Evangelios está burdamente en contradicción con él mismo.

Y también se podría demostrar que aquel Dios acusaba en materia científica e histórica ignorancias e ingenuidades que por sí solas lo asimilaban al más vulgar de sus contemporáneos.

Si la realidad era tal cual la plantea el imperativo espiritualista con su contralógica soberana y su pomposa petición de principio, que prueba a Dios por la Revelación y a la Revelación por Dios; si existiera más allá de nosotros una fuerza consciente de todo y capaz de todo, el encuentro de la criatura con la divinidad, del polvo pensador, de la nada organizada, con la Inmensidad del Príncipe absoluto, del que un místico alemán pudo decir, a fuerza de ardiente atención: "El no es nada", habría revestido otras formas que las fábulas pueriles, las pobres comedias blasfemas que la ortodoxia impone; porque el Dios que desempeña un papel del hombre no puede ser más que un personaje de comedia. Celso dijo soberbiamente a propósito de Jesucristo, según refiere *Orígenes*: Si Dios hubiera bajado a la tierra, se habría probado a sí mismo como el sol. La obra maestra literaria, que es el Antiguo Testamento, el Libro que, al decir del hombre a quien se ha llamado, no sin razón, el Profeta moderno de Israel (Zangwill), "revela un alma en lucha a través de los errores y de las supervivencias salvajes, aspirando a la perfección y a la paz del mundo", ese Libro se desmorona ante los ojos si se quiere ver en él la crónica del verdadero Dios. Y el Evangelio, que es grande, resulta desde este punto de vista casi ridículo.

Una invencible fuerza de buen sentido nos impulsa a considerar como únicamente emanadas del verdadero Jesús las frases en que niega su naturaleza sobrehumana. "Yo no puedo hacer nada

por mí mismo, no hablo por mi cuenta" ²⁶. Dice: "Mi Padre", como dice: "Vuestro Padre". "Es el espíritu de Vuestro Padre el que hablará por vosotros". "Es una conclusión de exégesis muy segura -dice Guignebert-, que Jesús no proclamó nunca su mesianidad". Jamás tomó el título de hijo de Dios, ni el de Hijo de David, ni el de Hijo del Hombre", en el sentido mesiánico de Daniel. Dijo: "El que ha hablado contra mí será perdonado, pero no el que ha hablado contra el Espíritu", reserva que es propia de un profeta, pero no de un Dios adecuado al Espíritu. En el Evangelio, según Marcos, prohíbe que se haga público que él es el Mesías (esto es lo que se llama el secreto mesiánico). Reprende a un hombre que lo llama: "Mi buen Maestro", por la razón de que "bueno" no conviene más que a Dios. Como los judíos quieren apedrearlo porque lo acusan de que, "siendo hombre", quiere "hacerse Dios", les responde invocando una frase de los Salmos, donde aquellos a los cuales es dirigida la palabra de Dios son tratados de dioses. Se declara impotente para predecir el día y la hora de la Revolución que anuncia, y cuando dice: "nadie", se incluye en la multitud. Repetidamente huye para no ser capturado o apedreado. Al final, le pide a Dios, angustiado: "Aparta de mí este cáliz, si es posible; pero, si no es posible, que se cumpla tu voluntad y no la mía", en aquella agonía de Getsemani, en la que probó magníficamente su humanidad desnuda y desvalida. En la cruz le pide a su discípulo Juan que en adelante cuide de su anciana madre; grita: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", y este grito de sentimiento y desfallecimiento humanos, con el que se aferra desesperadamente a una reminiscencia bíblica, en violenta contradicción con su sedicente misión de Redentor, es transcrito en lengua aramea en el texto griego de Marcos -tal cual fue gritado- lo que lo hace aparecer como una impresionante reliquia real en medio de los siglos y de las tempestuosas brumas legendarias que lo envuelven: "Eli, Eli, lama sabachtani?" ²⁷.

Es aquel del cual los Evangelios nos parecen la canción de gesta estilizada.

Esa leyenda dispersa, esa persona y esa alma dieron vida a la combinación facticia y ecléctica de Pablo, aunque la doctrina original de Jesús apenas había vivido en realidad sobre la tierra,

²⁶ En el *Exodo*, en Isaías, Iahveh llama a Israel su hijo y los judíos lo llaman su Padre. Esas denominaciones son corrientes en el *Deuteronomio*, en Samuel, en los Salmos. La expresión: Hijo de Dios es tan simbólica como la de: Hijo del Hombre, que significa: la criatura. "Nosotros somos de la raza de Dios", dice Pablo al arcópago de Atenas.

²⁷ No tenemos aquí, sin embargo, la variante hallada en el Evangelio apócrifo, llamado "de Pedro", variante que abre una nueva perspectiva en esta palabra: Heli, Heli (en vez de Eli) es decir, no ya "Dios mío", sino "fuerza mía".

habiendo sido poco a nada conocida por los que rodeaban a Jesús y transportada desde su germinación al dogmatismo religioso y desnaturalizada de etapa en etapa.

Hacia ese pensamiento primitivo intentamos remontarnos.

SEGUNDA PARTE
LA VERDADERA LECCION
DE JESUS

LA CLARIDAD SOBRE EL NAUFRAGIO

Después de lo que se acaba de exponer sobre los restos documentales que sobrenadan alrededor de la identidad positiva de Jesús y sobre el repertorio de sus palabras, se puede ver que el escritor tiene cierta libertad frente a este tema: el retrato del Jesús humano. No tiene, sin embargo, la de tratarlo según su fantasía. Quiero decirlo una vez más: estimo que el escritor es un hombre público y que no debe presumir que él es el único dueño de su obra. Aquel de entre nosotros que se aventure en una tentativa de reconstitución histórica debe seguir una trayectoria rígida y, si su modelo está borrado a trechos, no atender más que a lo que está visible. No se vea aquí una fantasía de novelista ni tampoco una obra de premeditado partidismo, resultante de las ideas revolucionarias que yo procuro hoy defender y propagar. A los que se sientan inclinados a suponerlo, me permitiré, ante todo, hacerles notar que algunos rasgos esenciales de esta misma imagen de Jesús estaban ya indicados en mi primera novela *Los Suplicantes*, larga meditación sobre la idea de Dios, escrita hace unos veinte años, en un período de mi vida en el que yo no pensaba tomar una participación activa en las luchas sociales.

Pero en respuesta a las críticas eventuales, diré, sobre todo, que combatí en los demás las ideas preconcebidas y que no creo que las mías sean de esa especie. Mis convicciones son la reacción de los acontecimientos y de las evidencias sobre un hombre que buscó siempre el sentido real de la vida y se esforzó en llevar siempre sus observaciones y sus experimentos hasta sus últimas consecuencias.

En este caso particular, como en los otros, no hago acto de revolucionario *a priori*. Jesús fue revolucionario antes que yo. Profundizando en los textos a la luz de numerosos trabajos modernos de documentación y de crítica, lo he encontrado así, y creo útil decirlo. Por lo demás, muchos otros lo han dicho antes que yo. Pero Jesús era más profundamente, más sistemáticamente revolucionario de lo que creen sus apologistas laicos, la generalidad de los cuales no ve en él más que un apóstol anarquista de la sentimentalidad.

Ahora bien; Jesús no fue ni un sentimental ni un iluminado, sino, muy al contrario, un racionalista rudo y recto, que anteponía a todo en nosotros la inteligencia y la noción positiva de la justicia y no admitía la fe y el amor sino por debajo de la inteligencia, y en función de ella.

Tales afirmaciones deben ser apoyadas en pruebas. Esas pruebas, según resulta del esbozo precedente, no pueden ser desprendi-

das de los hechos que se han desvanecido en el transcurso de diez y nueve siglos, sin dejar rastros directos, salvo en lo concerniente a algunos elementos del proceso y de la condena del profeta.

No se las puede extraer más que de una selección racional de los preceptos atribuidos a Jesús en los Evangelios canónicos y apócrifos.

Cuando se trató de encarnar en un hombre anterior el Cristo semipagano de Pablo y se eligió a éste, porque su enseñanza tenía un profundo fermento humano, para enlazar por su intermedio a Iahveh con los mitos solares, los Evangelistas deformaron, interpretaron y recargaron los hechos a su guisa y los ajustaron a una religión cristalizada desde hacía cincuenta años.

Se creyeron igualmente en el deber de deformar lo que en la leyenda de Jesús podía subsistir de la enseñanza de Jesús. Esto era para ellos menos fácil, y lo hicieron imperfectamente. Sin embargo, su amañamiento sumario podía parecer suficiente a sus contemporáneos, cuya curiosidad sagrada tenía otras razones que nosotros para aceptarlo en bloque (y ese fue también el caso de los cortejos de creyentes que siguieron hasta que la Iglesia fue bastante fuerte para imponer la fe).

Las exigencias críticas modernas son más agudas y no pueden conformarse con una amalgama demasiado ingenua. Ya no cierra los ojos ni las bocas -al menos sobre estas cuestiones- una fuerza de Estado. En todo el reciente período, en el que no es ya oficialmente sacrílego ni está vedado legalmente considerar los anales sagrados, como lo que son realmente; esto es, como un capítulo de los anales humanos, ha nacido verdaderamente la exégesis. Una selecta falange de investigadores independientes, que opone a la predisposición de la fe la de la razón, se ha abierto paso a través de la nube de los "filósofos y sabios cristianos" cuyo título es por sí solo un reto a la filosofía y a la ciencia, porque todos ellos minan los mismos cimientos filosóficos y científicos y disfrazan la verdad hasta cuando son sinceros.

No se puede ser filósofo y cristiano, como no se puede ser libre y prisionero. Así, su escolástica ha perdido muchísimo terreno desde que no está sólidamente apoyada por el consentimiento universal y por la policía.

Pero la fusión milenaria de los dos héroes de la novela evangélica -Jesús y el Cristo- hace delicada esta tarea de rectificación.

Se trata de aislar varias ideologías que están entretejidas. ¿Cuál es la trama del fondo? El Jesús hombre está frecuentemente en oposición categórica con el Jesús-Dios; a veces, ya lo hemos visto, con sí mismo. Si un pasaje permite una tesis, otros suscitan la antítesis. El mismo pasaje se puede interpretar diversamente. ¿Cómo resolver, sin deslizarse en la arbitrariedad, este conflicto que, en definitiva, adopta las formas y las proporciones del con-

flicto entre la fe y la razón, entre la ortodoxia sobrenatural y la ortodoxia humana?

Aplicando a este caso especial el método de conquista espiritual que le ha procurado hasta aquí al hombre su parte de conocimientos reales y de firmes certidumbres: la investigación positiva.

Abandonando toda opinión preconcebida y toda preferencia personal: el método debe ser, si puedo decirlo así, químicamente puro.

Descartando lo que se presente de manera manifiesta en los Evangelios como la aportación especial de los militantes cristianos; descartando igualmente, alrededor de la figura de Jesús, los hechos milagrosos, al menos en cuanto tales milagros; tachando provisionalmente los pasajes que tiene por objeto visible ligar el Nuevo Testamento y el Antiguo.

Y, sobre todo, aplicando para "escuchar" los textos esa atención científica, esa rectitud de buen sentido, que nos hace notar con un máximun de verosimilitud las trazas de la yuxtaposición, el lugar de las añadiduras y, como lo haría un reactivo, la interpretación de las ideas, y que nos permitirá encontrar una unidad, si es que existe.

Ahora bien; existe aquí, en un grado sorprendente.

La doctrina de Jesús es, en todos los sentidos de la verdad, en todas las vías de la realidad, la marcha del interior al exterior, del hombre a las cosas, de la inteligencia y de la vida al mundo.

EL ESPIRITU ABRE LOS CAMINOS

Para Jesús, el agente de la verdad es el espíritu.

"El espíritu os conducirá a toda la verdad". Muchas veces y en múltiples formas, dijo, repitió, sugirió este precepto primordial. El cual resalta en todo el diseño de su enseñanza, irresistiblemente, y a través de todo lo que se ha podido echarle encima.

El espíritu humano, y no el espíritu divino. Humano por su origen, no es divino más que por su grandeza.

Ese primer principio que él llamó el espíritu, y también la vida, porque quiso eliminar desde luego la cosa en sí, la traición realizada y porque no se puede desligar el milagro de pensar de él de vivir ("Las palabras que os he dicho son espíritu y vida"), y nosotros lo llamamos el pensamiento. Podríamos llamarlo también la razón, en el sentido absoluto de esta palabra.

Hay que subrayar esta significación de tan amplios horizontes de la palabra razón.

Existe respecto de la razón una especie de leyenda denigratoria. Se la confunde corrientemente con el raciocinio. Se la presenta

como una facultad de orden secundario que monda, seca y despoetiza y no sale de un círculo restringido y rígido.

Como ocurre frecuentemente, esa leyenda intelectual impuesta en la opinión media por los sentimentales desgraciados, los poetas amorfos, los místicos a los que alucina un propósito preconcebido, o los escolásticos a los que ataría la sana lógica, abusa de las palabras y dice exactamente lo contrario de la verdad.

Por otra parte, muchas personas emiten la opinión de que la cultura griega y la cultura latina, derivada directamente de ella, son el dominio por excelencia de la razón. Eso no es exacto. La "razón" del helenismo es una razón completamente superficial o más bien es la parte discursiva e ingeniosa de la razón. Permite apaños, disposiciones de oportunidad, pero no llega al fondo de las cosas ni es creadora. El helenismo es optimismo, político y limitado. Aporta la medida, el sentido del movimiento presente, la organización de lo inmediato y del equilibrio provisional, pero no llega lejos ni profundiza en ningún sentido, ni siquiera en el de la armonía. No es de esa razón amable, cómoda y recortada de la que Jesús se apoderó para hacer un principio original, sino de esa alta y vasta lógica, penetrante, transformadora y fecunda que sondea el mundo espiritual y el mundo real.

Mirada así, la razón es infalible. Su potencia de adquisición es evidentemente relativa y limitada habiendo zonas a las que no llega. Pero su mecanismo es impecable. Si hay errores en los razonamientos, provienen de los razonadores, no de la razón. En el dominio propio de ésta ¿menoscaban las faltas de cálculo las matemáticas en sí mismas? La razón es la razón de ser del hombre y de su creencia. La definición de ese milagro positivo es: comprender: *comprehendere animo*, es decir exactamente: abrazar -con el pensamiento y la inteligencia- la verdad y la realidad²⁸.

Jesús se esfuerza ante todo en despegar el espíritu de toda la aportación exterior que lo embaraza. Procura hacer tabla rasa de las nociones parasitarias, artificiales, depositadas en nosotros por la apariencia o las tradiciones. El pensamiento, al perseguirse a sí mismo, hace ante todo acto de destrucción. Después, "Procurad engrandecer partiendo de un pequeño comienzo", según las vías y las formas de la razón -la lógica y el equilibrio- que Jesús resumía

²⁸ Las ofensivas místicas contra la ciencia aplicada son motivadas por el solo hecho de que una ciencia dada no pueda apurar integralmente el orden de cosas que estudia y deja a un lado la esencia a los primeros orígenes de sus elementos de experiencia, lo que es incontestable y sobre lo cual la ciencia está de acuerdo con sus detractores. Claro es que la ciencia, que tiene un fin práctico, deja una puerta abierta que es ridículo querer traspasar. En cuanto a las ciencias puras, aunque estén en armonía con la realidad, la abandonan y se desenvuelven en la abstracción rectilínea. No se puede deducir de todo esto ningún argumento contra la razón. Eso es cuestión de realismo, no de racionalismo. Desde que se emplea libremente el pensamiento, ningún principio racional ha sido echado abajo.

legítimamente en la idea de justicia: Búsquese primeramente la justicia y "todas las cosas serán dadas por añadidura".

Esa alta conceptualización de los valores espirituales que determina el discernimiento entre lo que es evidencia y lo que es apariencia de evidencia, lleva a una especie de total renovación del contenido mental, a una virginidad de la inteligencia. En tal sentido dijo Jesús que hay que ser como un niño para tomar posesión del conocimiento, que él llama la luz o el reino de los cielos.

Y en ese sentido dijo: "Bienaventurados los simples de espíritu; de ellos es el reino de los cielos". Si la expresión "los simples de espíritu", significara los atrasados, los tontos o los locos, esa frase no sería más que una aserción sin alcance, indigna de ser discutida (aunque el "reino de los cielos" significara el paraíso). Pero la palabra de Jesús es una gran palabra porque designa por simples de espíritu, los liberados de complicaciones advertencias, de confusas ideas preconcebidas, de la erudición abstracta y facticia. Estos son, en efecto, más capaces que los falsos sabios o que los eruditos farragosos, de ponerse en contacto con la verdad y dar testimonio de ella. El espíritu del que es eliminado el escombros exterior se hace el instrumento de la verdad teórica y práctica, de lo verdadero y de lo real. Da el medio de crear el mundo interior exacto, único -el que corresponde al mundo.

Porque no basta descuajar los errores y las apariencias: hay que reponer el espíritu en su puesto. Y para ello, volverlo a su verdadera fuente: la fuente humana interior. Ya se trate de las prácticas, de las ideas o de la divinidad, Jesús dice a todos y cada uno: Esto no está fuera de vosotros, sino en vosotros mismos. Y explica que así, muchas de las coacciones y oscuridades que sufrimos no existen por sí mismas, sino que son creadas por nosotros. Centraliza al hombre. Restituye el hombre al hombre. Da a cada cual la fe en sí mismo.

La iniciativa del profeta judío fue idéntica, en un más amplio teatro de verdad, que la que erigió Sócrates contra la sofística por la fórmula-talisman: "Conócete a ti mismo". Fue semejante a la que anima *El discurso del Método*, pórtico de la filosofía. Es comparable a la de los Bacon y otros precursores científicos que, para construir progresivamente la ciencia, la han desnudado de las supersticiones, de las leyendas, de los fantasmas, de los ídolos ideológicos y verbales. El verbo humano ha de ser puro para ser fecundo. Esa es también la forma del espíritu judío en las escapadas en las que se elevó por encima del aparato de las tradiciones consagradas, en las que coronó "la inteligencia", y en las que tuvo, no como los griegos y los romanos, el talento de la razón, sino el genio de la razón.

Jesús dijo: El espíritu va de nosotros a Dios.

Pablo dirá: El espíritu viene de Dios a nosotros.

Los dos sistemas, así determinados por su primer principio, son diametralmente opuestos. El uno emana del interior, el otro del exterior: el uno es subjetivo; el otro, objetivo.

Así, plantea, ante nosotros, desde el principio, la más grande de las cuestiones que se han disputado las conciencias: ¿Se debe abordar la arquitectura metafísica por el interior o por el exterior, por el pensamiento (el hombre), o por las cosas (el mundo o Dios)? Esta alternativa ha establecido una división entre todos los pensadores, desde que hay pensadores.

La investigación filosófica -la inmensa lucha con lo desconocido- ha sido o centrípeta o centrífuga. Cuando Platón dice: Sócrates no existe sino en cuanto participa de la Idea eterna e infinita del Hombre, y Aristóteles dice: Sócrates no existe sino cuando es especialmente Sócrates, fijan lo que se podría llamar los dos polos de toda la especulación humana.

Si se mira con bastante amplitud de visión para discernir todos los datos de este problema abstracto y concreto a la vez, se llega, ya a la glorificación del hombre, centro de las cosas, ya al aniquilamiento del hombre, punto íntimo del mundo. Se llega bien a la glorificación o bien a la eliminación de Dios. O, por otra parte, se cae en las aproximaciones, los términos medios, las transacciones y las concesiones -que no son más que engañosas.

Descartes, que inició el edificio metafísico por el pensamiento individual: "Pienso, luego soy", comenzó en ateo y puso efectivamente la primera piedra del ateísmo. Es la única piedra que puso. Inmediatamente después se enredó, para restablecer la necesidad de Dios, en una serie de sofismas demasiado discutibles.

Nada nos impide decir que Jesús no fue perfectamente consecuente consigo mismo, y predicó en ateo.

Ya volveré sobre el concepto de Dios. Por el momento, sólo diré que el Dios interior proclamado por Jesús es una divinización del hombre y que nada autoriza a suponer que sea algo más, Jesús se yergue como uno de los más netos y categóricos pensadores que han procurado construir una doctrina con los materiales de fuera.

La doctrina de Pablo es naturalmente la contraposición fulminante de esa divinización. El construye con los materiales de fuera. Se sirve, si se quiere, de los mismos elementos, pero "los coge por la otra punta". Con el nombre de espíritu, el príncipe divino baja del cielo a la tierra, se infunde en la criatura. La penetra como un rayo -y esto casi no es una imagen. La zarandea, la despoja, la reduce a la nada. Sólo de un modo espectral e ilusorio -y a fuerza de sofismas- le deja luego a esa criatura la menor iniciativa.

El espíritu, que es el pensamiento, del poder de crear el mundo interior y de comprenderlo; esa omnipotencia que hace de una "caña" el objeto más grande del Universo -el espíritu-, es

reducido por Pablo a una cosa, de orden místico y sagrado, pero una cosa. Se ha materializado. Pablo recogió e intensificó la antigua noción mística, depurada en el instante, atraído por la irradiación de su depuración. El espíritu vuelve a ser una luz en el sentido literal de la palabra, un efluvio emparentado con el *rouah* de Elohim, semejante al viento en las formas arcaicas del judaísmo. Su carácter divino, que no era para Jesús más que una metáfora amplificadora y un calificativo, lo absorbe y lo sitúa fuera de los hombres y contra los hombres. Es en adelante un principio casi concreto que Dios envía a la criatura según la fantasía de la gracia.

El Espíritu deviene una llama o una paloma que se cierne por encima de las frentes humanas. El Espíritu Santo es el eje formidable, la sustancia mística de la nueva fe en lucha contra la ley, un instrumento materialmente espiritista (el espiritualismo, no es más que un disfraz verbal del materialismo y un objetivismo que se recata). Con la novedad de Jesús, Pablo repara la vieja superstición, aunque el buen sentido de Jesús había especificado una vez que tales reparaciones no se sostienen.

Más tarde, el cristianismo, en su evolución, acentuará aún esa deformación de la noción del espíritu humano. Hará de él una de las personas competentes de la simetría litúrgica de la Trinidad, sobre el modelo de la antigua geometría sagrada (brahmanista, egipciánista u órfica).

La transformación, a la vez solemne y barroca, es consumada. Por algunas operaciones dialécticas, acompañadas de amenazas pavorosas y de demagogia espiritual, se hace del pensamiento algo antihumano, formidable e inaccesible para el hombre. La expresión de ese pensamiento, la palabra, le es igualmente arrancada, a él que, sin embargo, crea la palabra, a él, cuyo profundo poder está en expresar, y se hace de esa palabra, que no es sino la llama de la carne viva, la vida de la vida, una potencia extraña, infinita y terrible, la tempestad y el rayo del Universo.

Todo el procedimiento que vamos a ver en la obra se esboza, pues, aquí de un cabo al otro. Consiste en transportar metódicamente a un nuevo dominio -el de las fórmulas mágicas- con juegos de palabras, principios y concepciones vivientes y racionales. Por medio de la abstracción de una selección arbitraria, de una disección, se extrae del conjunto compacto restos mutilados y desequilibrados a los que se imprime luego un lustre fantástico y un movimiento melodramático sensacional para darles la extensión que no tienen.

Pablo se anexó arbitrariamente una parte de la doctrina de Jesús para humanizar los misterios de Eleusis y profundizar en el sentido del grito de la tierra la arquitectura judeo-pagana. Por lo demás, es por ese estremecimiento por lo que el cristianismo ha

cogido el corazón del mundo como lo ha hecho. Sin embargo, desde el punto de vista doctrinal, ese estremecimiento humano captado es la enfermedad del cristianismo. La yuxtaposición facticia es demasiado visible. La humanidad de Dios es un corpúsculo inasimilable introducido en el organismo religioso. "No hay nada humano más que el hombre". Es precisamente en ese compartimiento del dogma, contrario al sentido del conjunto, donde han surgido las antinomias internas que lo habrían demolido, sin duda, por completo, si los hombres, que reaccionan siempre, hubieran tenido en un momento dado la libertad de ser o no ser cristianos.

EL REINO DE LOS CIELOS

Para Pablo y para ese Cristo ortodoxo, del que se ha hecho portavoz Pablo, el reino de los cielos es un verdadero reino, un paraíso, lleno por la gloria realista de Dios.

Para el verdadero Jesús, es lo Verdadero, y nada más. Esto no es sólo, como dice Guignebert en su libro, *La evolución de los Dogmas*, en el curso de una refutación del tolstoísmo protestante de Harnack, esto no es solamente testificado por un texto "oscuro" de Lucas.

Ante todo, ese texto no es oscuro. Es uno de los más claros de los Evangelios: Dice: "El reino de los cielos no vendrá con estrépito, y no se dirá: Helo aquí, está aquí, o, Helo allá, esta allá. Porque, sabedlo: El reino de los cielos está en medio de vosotros."

Además, ese texto no es el único que proclama tan profunda consignación: "El espíritu os conducirá a toda la verdad". "La palabra es verdad". "Santifica por la verdad". También, por otra parte, Jesús compara el reino de los cielos a una semilla que se planta y que hará un árbol. En otra, a la levadura de la que se pone una medida en tres medidas de harina para hacer fermentar la mezcla. En otra, dice que todo doctor instruido con la verdad es como un padre de familia que "saca de su propio fondo" lo que debe conocer. En el fragmento apócrifo de Oxyrhynchos, está escrito "El reino de los cielos está dentro de nosotros, y quien se conoce a sí mismo lo encuentra". En otro lugar, Jesús dice: "Tened el cielo en vosotros mismos". En fin, emplea reiteradamente una expresión precisa que no puede aplicarse más que a la vida y a una disciplina interior. Dice: "*Buscad* el reino de los cielos".

La identidad de significación de esos diversos preceptos y metáforas es luminosa.

Para Jesús, el "mundo" se opone al reino de los cielos como las apariencias sensoriales a las verdades esenciales, o bien como la

vida concreta a la vida espiritual. Pablo tiende a oponer, por esos dos términos, la carrera terrestre al destino paradisiaco.

También aquí Pablo poda y recorta la realidad y petrifica las metáforas y los símbolos. Aquí también Jesús no es para Pablo más que un guión entre dos formalismos, el viejo y el nuevo. La gran cuestión para Pablo es hacer relumbrar por un misterioso destello ese guión y este formalismo para deslumbrar y hacer callar al creyente.

Ha renovado los dogmas por la acción de su vehemente genio de forjador, pero no ha invocado los grandes principios sino para encadenarlos con fórmulas escolásticas y recetas religiosas, copiadas de las que existían inmemorialmente. Después de haber entrado en las vías abiertas por Jesús, Pablo las atajó suntuosamente. Hizo con la aportación espiritual de Jesús lo que el derecho Romano con la libertad: lo desprendió y luego lo ligó de nuevo más sólidamente que nunca, reservándose, como el legista latino, el prestigio público de prevalerse del gran principio dominado.

Lo esencial de la lección pauliana es el rescate del hombre por el sacrificio del Cristo. Pablo tomó de las religiones helénicas ambientes esta idea capital de su reforma, lo mismo que la de la unión sustancial del hombre con la divinidad, condición primordial para la salvación. Pero ese doble concepto lo profundizó y lo hizo palpar por la explotación del lenguaje de Jesús, concerniente a la obra vivificadora del espíritu y del esfuerzo personal, el don individual, la salvación por la comprensión y la unión con la verdad. Había tenido la adivinación de una fusión posible entre el impulso hacia adelante de la vieja obsesión mesiánica, la creencia en los dioses intermediarios mediterráneos y mesopotámicos y la fuente viva mostrada por Jesús. Así tradujo en terminología mística una vasta ley actuante que parecía demasiado sencilla y demasiado escueta a su ambición emprendedora.

La transportó de la vida a la muerte. De una moral ardiente hizo un código de ultratumba. Todo su mecanismo religioso está instalado en el más allá.

Su fin es poner los planes de salvación por encima de la vida terrestre y de la agitación de las criaturas. La teoría del pecado original y la de la redención se corresponden y se equilibran de un cabo al otro del dogma. Se borra el absurdo sombrío del comienzo de las edades por el absurdo sombrío del fin de las edades.

Estos dos dogmas fundamentales que diseñan todo el sistema cristiano y que retiran, se podría decir, la vida de los vivientes, chocan de modo violento con la doctrina de Jesús, lo mismo que con el buen sentido y la moralidad. Es una completa sinrazón y una indignidad absoluta pretender que el acto de desobediencia de un hombre que tocó un fruto prohibido (aunque, deformando audaz-

mente las prescripciones de la Escritura, se aventura que tal acto trascendió al deseo de conocer lo desconocido), está ligado con la condenación al trabajo forzado, con los sufrimientos del parto y la condena a muerte de todos los vivos en el tiempo y en el espacio. Hay aquí una falsificación bochornosa de las semejanzas y de la solidaridad de intereses de los hombres entre ellos. No menos fantásticos y desmesuradamente pueriles son los lazos que legarían los pretendidos sufrimientos de uno solo con la rehabilitación de todos. Aquí aparecen los caprichos despóticos de un Dios que no sabe lo que hace y vuelve sobre su obra por procedimientos de taumaturgo, después de haber destruido para siempre el principio de la idea de justicia. La caída original: padecer por querer saber más y tener más; la redención: iluminarse por el sufrimiento, no tiene sentido más que en la historia íntima del hombre sin Dios ²⁹.

VIDA ETERNA Y MUERTE

Como todos los creadores, Jesús se repitió magníficamente; desarrolló el espíritu, y su toma de posesión de lo real y del acto, en cada uno de los vastos dominios que se abren ante nosotros.

La concepción jesuista de la vida eterna y de la muerte, que tiene tan plena amplitud metafísica en las profundidades abandonadas del Evangelio, aparece principalmente en el curso de aquel admirable coloquio con Nicodemo, según Juan, en el que las

²⁹ Más tarde se imaginó, para explicar esas supersticiones extrañas y hacer admitir a los creyentes, la solidaridad eterna de los hombres respecto al pecado de uno de ellos y a la vez el rescate de todos por el sacrificio de un hombre provisional, la gran leyenda retroactiva del pacto de Adán, de la que el *Libro Armenio de la Infancia* se hace eco. Una de las versiones del libro apócrifo en cuestión se expresa así: "Y porque Adán había querido primero llegar a ser Dios, Dios había resuelto hacerse hombre, en un exceso de su misericordia y su amor para el género humano. Hizo juramento a nuestro primer padre de que, según su súplica, escribiría y sellaría con su propio dedo un pergamino que contendría lo que sigue en letras de oro: En el año 6000, el sexto día de la semana, a la sexta hora, yo enviaré a mi Hijo Único, el Hijo del Hombre, y él te restablecerá de nuevo en tu dignidad original. Entonces tú, Adán, unido a Dios en tu carne inmortalizada, serás convertido en Dios, pudiendo, como uno de nosotros, discernir el bien y el mal". Dios dio esta carta a Adán, que la dio a Seth, el "hijo de la consolación", que el Señor le había suscitado a Adán envejecido. Seth la dio a sus hijos, que la transmitieron a sus hijos. Pasó, pues, por las manos de Noé, de Sem, de Abraham. Abraham la transmitió al gran sacerdote Melquisedec y por esta vía fue llevada a Oriente en tiempos de Ciro. Fue depositada en una sala del palacio central de Persia, de donde los tres hermanos magos, Melchor, rey de Persia; Baltasar, rey de Arabia, y Gaspar, rey de la India, la llevaron a entregarla al Niño Jesús. Tal es el telón de fondo tendido sobre las edades.

intrusiones del cronista (o del adaptador) no llegan a velar todos los emocionantes desenvolvimientos.

Jesús busca de frente, directamente, la forma más rica y más integral del estremecimiento humano sobre la tierra.

Identifica la vida y el espíritu. Jesús quiere decir: No son verdaderamente vivos más que los que están en comunicación por el espíritu con la verdad universal. ¿No compara, por otra parte, con "sepulcros blanqueados" a los que están cerrados a la luz espiritual?

Ciertas frases de los Evangelios no pueden ser comprendidas en otro sentido: "Quien no crea en mí no verá la vida", y, sobre todo, ésta que no está expresada en futuro: "El que cree... ha pasado de la muerte a la vida".

Asimismo: "Este es el pan que ha bajado del cielo a fin de que quien lo coma no muera". O bien, esta sentencia, tan impresionante y explícita: "Sondead las Escrituras; es por ellas por lo que creéis tener la vida eterna".

En el Apocalipsis, atribuido a Juan, el Hijo del Hombre que, a través de su fulgurante envoltura se expresa al principio con un sentido preciso de las realidades contingentes, envía a decir a un tibio gerente de una de las nuevas asambleas: "Tú tienes la reputación de estar vivo, pero estás muerto". El autor de la *Epístola a Timoteo* emplea la misma metáfora: "Aquella que vive en los placeres, está muerta, viviendo".

Bien claro está que no puede tratarse en estas frases de la muerte corporal.

Lógico es dar la misma significación puramente espiritual a esta sentencia pronunciada en la entrevista nocturna con Nicodemo: "Ha llegado el día en que los muertos oirán la palabra de Dios". Los muertos: los oscuros, los desterrados fuera de lo verdadero, inertes, por incomprensivos, hombres-piedras. Y es en ese plano de verdad donde Jesús, al que se atribuye puerilmente el poder de hacer revivir a los muertos, resucita a Lázaro³⁰.

Pero hay la interpretación literal que no pasa de la grosera corteza de las frases y que establece: Eso significa que los fieles de Dios resucitarán después de su muerte. El bloque de la vida pensante es partido en dos: la vida terrestre, que es miserable, y el espíritu, que no se eterniza sino por encima de la vida. De la grandiosa identificación del pensamiento y de la vida no subsisten nada más que dos pedazos, el uno informe, el otro abstracto.

³⁰ La lucha de la vida con la muerte, en el marco de la vida, es también la del porvenir con el pasado, según el mandamiento de Isaías. San Agustín refiere, según no se sabe qué Escrituras apócrifas: "A los apóstoles, que le preguntaban lo que debían pensar de los profetas judíos, el Señor les respondió: «Habéis olvidado al vivo que está ante vosotros, y charlamos de los muertos»".

El Evangelista, fiel a sus direcciones, no deja de caer en la explicación realista y aventurada que explota la necesidad de supervivencia en los desdichados, lo que suministra un medio demasiado simple de arreglar las anomalías terrestres; de insertar en la religión el lamentable dogma de la Redención, por el cual Dios repasa a tanteos su obra y el cual contradice lo que el mismo maestro proclamó con celesta claridad: "Dios no es el Dios de los muertos, sino el Dios de los vivos". (El Dios bíblico le había dictado a Ezequiel estas palabras: "Yo soy el Dios de los vivos y me complace en la vida"). Su comentario pesa rudamente sobre las altas especulaciones evocadas. Amputa la belleza del pesar que un día floreció en la boca del maestro: "Y vosotros habéis hecho morir al Príncipe de la Vida". Sin embargo, Jesús no dio jamás una precisión que pudiera justificar esa concepción de la vida eterna póstuma. Jamás dijo nada que se pareciera a esto: "después de la vida terrestre" (el "día último" es el día del cambio), y después de exponer la recolección de las almas por los Angeles, él mismo sugiere repetir, copiándola de él: "Que aquellos que tengan oídos, oigan". En el caso de que tal descripción emanara de él, y no de los que le hacen hablar, no fue en su boca más que una parábola. Decimos que, en verdad, todo lo que en la enseñanza del Cristo parece referirse al más allá de lo terrestre, es parábola. Mejor lo encontramos en este precepto que ha llegado hasta nosotros en el papiro de Oxyrhynchos: "En cuanto a mí y mis discípulos, *nos hemos bañado en las aguas de la vida eterna*", O cuando llama a sus discípulos actuales "los Hijos del Reino" ³¹ Lo encontramos mejor en el augusto y luminoso desprecio de los muertos con que impulsa a los vivos: "Sígueme y deja a los muertos enterrar a sus muertos", le dice al que se apegaba al cadáver de su padre.

Aquel que dijo esta frase definitiva: "Es el espíritu quien vivifica" dice también que no hay redención, sino por la verdad. Después de haber expuesto en la sinagoga de Cafarnaun el símbolo del pan vivo, más precioso que el maná, explica y desvela este símbolo: "Las palabras que yo os digo son espíritu y vida".

La interpretación física es, claro está, la que adoptó Pablo y desarrolló después el cristianismo hasta el infinito, haciendo de ella la maquinaria de su gran ópera infernal, de su Empresa tiránica y mística (y mística significa aquí materialista, aunque no les plazca a los piadosos abogados de la Fe oficial). La teología pauliana que transforma de nuevo en idolatría nociones que una pura crítica había arrancado a la superstición, que pega lo infinito sobre miserables jirones de pensamientos, y en la que la representación sim-

³¹ ¿Cómo explicar de otro modo que integrándolo en los límites de la vida terrestre, el versículo de Lucas: "Desde los días de Juan Bautista hasta ahora el reino de Dios es forzado y los violentos lo arrebatan?"

bólica desempeña un papel considerable, "debe ser tomada al pie de la letra", observa Andrés Boulanger, añadiendo, con razón, que "en el cristianismo de Pablo, como en las religiones de misterios, los ritos tienen más importancia que la doctrina". En toda religión. Una religión es un conjunto de ideas generales, convertidas al principio en metáforas mágicas; después, cristalizadas en un agregado ritual, y estos últimos materiales son los que cuentan únicamente para los trascendentales hombres de negocios que fabrican las creencias en serie. La reinvención del sentido original es la forma corriente de la herejía.

UNIVERSALIDAD

Por el dogma de la resurrección de los muertos en Jesucristo, Pablo universaliza su nueva empresa dogmática y él le permitió, en primer término, sentar pie en el mundo griego.

Jesús el Galileo era, natural y lógicamente, universal. Su universalidad se nos aparece, no tanto en ciertas menudas anécdotas evangélicas, como la de la mujer cananea, en la que parece que algún tímido discípulo deletreó el pensamiento del maestro, cuanto en el sentido humano y metafísico de la doctrina y en preceptos como éste: "Todo hombre de buena voluntad es hijo de Abraham". Esta influencia actuó sobre Pablo y lo iluminó. Pero vio en esto, sobre todo, la garantía de una abundante recolección de adictos. Es universal por habilidad de organizador: la complejidad de su ficticia combinación lo testifica. Le hacían falta los judíos, le hacían falta los gentiles. Le hacían falta también, se podría decir, los hombres.

Los judíos, aun fuera del programa demasiado violento y demasiado preciso de los zelotas, eran exclusivistas en su grito de espera. Estaban dispuestos siempre al nacionalismo y a las fijejas formalistas. Además, eran rebeldes en bloque al antropomorfismo y a la vida futura. Pablo pensaba contar con ellos por la instauración de su dios personal y de un Mesías "salido de David, según la carne", "según las Escrituras", y por sus proclamas retóricas de fidelidad a la ley de Moisés. Pero procuró, sobre todo, servirse del genio judío para romper los marcos de la tradición judía. Por lo demás, debía fracasar totalmente en su tentativa de atraerse a Israel.

Los gentiles -los greco-romanos- eran esencialmente idólatras, por el apego de su razón, reducida a lo sensible y a lo palpable. Los filósofos, principalmente los estoicos, formaban una casta aparte. Por lo demás, en su dialéctica y en la escenificación de sus sistemas filosóficos, los pensadores griegos muestran más de una vez un "espíritu de idolatría" por la facilidad con que realizan

objetivamente las fórmulas, las entidades y los símbolos. La filosofía griega es casi siempre una mitología abstracta.

Pablo brindó a los gentiles el mejor partido en su síntesis neojudaica, hasta el punto de que se puede afirmar que el cristianismo es mucho más griego que judío.

En cuanto a los hombres en general, pretendía actuar sobre ellos por el vértigo de la muerte.

Jesucristo, Mesías judío, hijo y verbo de Iahveh, que queda en la cúspide del sistema, muere como Asiris, como Attis y como Zagreus, para limpiar la mancha original de los hombres. Resucita en el cielo, al lado de su padre, y sus mitos resucitan, como él, en su alma, después de haberse separado ésta del cuerpo.

Así se reúne todo en la clientela de la grandiosa nueva razón social: gentilidad, judería, humanidad. La doctrina humana y ampliamente realista de Jesús ha servido para enlazar con la vida un conjunto de deducciones teológicas; después, su sangre, glorificada por la resurrección y trocada en luz, sella la nueva alianza.

Pero si esto se hizo por él, fue por encima de él. No se le hizo intervenir más que como un animal sagrado de holocausto.

LA PERSONA DE JESUS - EL GRITO DE LA TIERRA

Hay además en los Evangelios, abatiéndose sobre él, algo distinto de la muerte: el sufrimiento y, sobre todo, la vida humilde, fraternalmente semejante a la de la muchedumbre de los hombres, que el Hijo de Dios se tomó la pena de soportar, y hasta el oficio manual que ejerció. Por ello el dios cristiano, cuyo amor a los hombres solamente constaba en la fraseología y las ecuaciones solemnes hasta la aparición de los Evangelios, se hizo humano, en el sentido humano de la palabra. Fue ese carácter el que dio desde entonces a la nueva religión su originalidad definitiva y también su envergadura y su éxito prodigioso.

Esto, como ya hemos visto, no llegó a sospecharlo Pablo, muerto mucho tiempo antes de la publicación de los Evangelios. El fue, casi a su pesar, sensible a lo que contenía de dramático y de dinámico la lección de Jesús el Galileo, y acaso también al éxito popular que éste había obtenido en un pequeño círculo regional. Pero no pensó en la menor asimilación entre Jesús y el Cristo³². Ni una sola vez, al hablar del sufrimiento del Señor, habló en otra forma que en poeta dogmático y en teólogo. En un enlace dema-

³² Yo atribuí este pensamiento a Pablo en mi libro *Jesús*, porque quise sintetizar en Pablo los rasgos de varias generaciones de apóstoles y hacer el tipo del dirigente cristiano del siglo I.

siado directo con una forma humana habría visto, no un concurso, sino un obstáculo y un peligro para las fórmulas sagradas, en las que se había acantonado. "Si nosotros hemos conocido a Jesucristo carnalmente, no lo conocemos ya", escribió. Esto amengua singularmente el homenaje que debemos rendir a la potente iniciativa de Pablo y de sus colaboradores. En cuanto a aquellos que volvieron sobre su primera actitud, puramente teológica, publicando los Evangelios, no lo hicieron, según testifica el mismo desenvolvimiento de las circunstancias, sino cuando les fue forzoso.

Sin el Cristo humanizado en Jesús, el cristianismo no habría ido muy lejos. Es justo agregar que sin la maniobra cristiana, sin la monstruosa asociación comercial de un hombre y de un Principio que constituye la razón social cristiana, el nombre de Jesús el Galileo se habría sumido por siempre en el olvido. Ni la pureza ni la grandeza, ni, menos aún, la verdadera originalidad, son aquí abajo garantías de éxito. Se ha notado con razón: el hijo de José y de María, no hablaba al pueblo supersticioso y orgulloso de Judea, ni tampoco a los doctores, el lenguaje que convenía para que su palabra se extendiera más allá del reducido grupo selecto que cualquier profeta reúne siempre en torno suyo. No era bastante fuerte para vencer los tres obstáculos con que tropezó: el orden político establecido, el fariseísmo y el mesianismo nacionalista. Apenas si los equívocos efectismos teatrales de sus presuntos milagros dieron en su tiempo alguna elocuencia a aquel que tenía razón.

CARNE Y ESPIRITU - LA GUERRA INTERIOR

Una demarcación rigurosa, hasta debe decirse, una disociación entre el alma y el cuerpo era indispensable a la nueva religión.

La vía estaba ya trazada por la filosofía platónica y la filosofía estoica. Además, el gran mito egipciano del "Doble", esbozo del dualismo espiritual y corporal, se cernía sobre la aurora de toda la religión humana. Las religiones helenistas, de las que ya hemos hablado, habían transformado ya en un sentido más explícito el simbolismo grandioso e informe de la religión madre. Habían asimilado el doble al alma y se orientaban hacia la suerte del alma; es decir, hacia el más allá, poniendo en manos de hombre con la práctica religiosa un método preparatorio para la eternidad de la supervivencia.

Con el cristianismo, no es ya una división, sino un divorcio, lo que se abre entre el cuerpo y el alma. En las dos extremidades del dogma pauliano figuran el Hombre Exterior, de carne, (Adán), y el

Hombre Interior, de espíritu (el Cristo). Ambos llegan, en verdad, a ser dos enemigos.

Ese dualismo, ese duelo, era la razón de ser de la nueva organización religiosa. Esta estableció en el mismo hombre dos partes desiguales: el cuerpo perecedero, que vive aquí bajo un destino tan corto como desdichado, y el alma, a la que pertenece la inmortalidad, al otro lado de la muerte terrestre.

Por tanto, la religión se apoderó del antagonismo totalmente filosófico y totalmente relativo del alma y el cuerpo. Y selló esa oposición en el plano más vulgar. Puso el espíritu del lado del bien y la carne del lado del mal, con un foso en medio. Lanzó su maldición y su repugnancia sobre todo lo carnal. El misterioso pecado de Eva, en el cual se ha ligado arbitrariamente el acto de desobediencia a la obra de la carne, es el gran argumento teatral que se emplea para hacer degenerar una idea lógica en una teoría un poco repugnante, de execración contra las fuentes físicas de la vida. Se ha sometido la palabra pureza a una operación quirúrgica. Más tarde, la virginidad de María, que fue preciso invocar para establecer que el hombre que se necesitaba era también un Dios, el ascetismo de los anacoretas, las reglas monásticas, y, bajo Gregorio VII, la obligación de castidad extendida a los sacerdotes seculares, reforzaron el dualismo por razones de propaganda, de acción militante, de dominio total de la Iglesia sobre sus servidores y sobre sus adeptos.

San Bernardo dijo perfectamente que "la carne es una buena y fiel compañera de un buen espíritu"; pero esta indulgencia no suele hallarse en la cristiandad, sino a veces en los Franciscanos, esos plebeyos de la Iglesia que no despreciaron totalmente *ese hermano cerdo* que es el cuerpo, y hasta fueron, según la expresión de Miguel de Unamuno, "tan tiernos" para él.

Así, pues, se llega a hacer del espíritu y de la carne dos elementos contradictorios en absoluto y que no pueden menos de chocar entre sí. Son el ángel y la bestia, empeñados en una constante lucha a muerte.

La religión combate en bloque la naturaleza y la humilla. Estira hasta el absurdo una observación de sentido común para insertarla en el plano litúrgico.

Pero Jesús no hablaba así. No era tan ciegamente extremista ni en un sentido ni en el otro. No acentuó con exceso esa lucha entre la carne y el espíritu, vana y estéril guerra de orden individual. Consideraba que el hombre no está dividido en dos, sino que, al contrario, presenta una unidad compacta a causa de la vida. Todo lo que dijo Jesús sobre la vida, merece la más profunda atención. Esa es en su boca la palabra que responde a la realidad humana, al bloque de cada cual.

La vida es un todo, en el cual se puede, sin duda, deslindar los caracteres distintivos del espíritu y de la carne. Pero ese análisis no puede llevarse hasta hacer de un conjunto dos conjuntos. No se puede separar completamente el cuerpo del espíritu, porque cuando están en acción, no están jamás separados. Cuando se cree hacerlo, no se hace más que jugar con abstracciones y palabras, o si no, se mata. No se diseca la vida. Pero la estilización religiosa exige el horror de la carne y la laminación de los valores vivos para encajar en la realidad una economía artificial.

Tal doctrina no puede ser más que una doctrina de muerte. Ordena a los fieles el desdén y el odio a la vida.

Otra consecuencia fatal: enloquece la vida sexual. La Iglesia, con sus maldiciones, ha dado una importancia por ello a la hipertrofia de la psicología sexual. Actos e instintos normales han sido rodeados de tal aparato de misterio y prohibición que se han apoderado de ellos a tontas y a locas los poetas desequilibrados, transportándolos a lo milagroso y, a veces, a lo absoluto. De tal monomanía han nacido al fariseísmo y el jesuitismo del pudor y, por reacción lógica, la divinación desordenada del acto carnal y la elevación de ese acto, que es absolutamente natural, a las más extremadas alturas del ideal.

"...No se puede a la hora en que arden los sentidos abrazar la belleza sin creer abrazar a Dios", escribió Víctor Hugo. Y Alfredo de Musset:

"Dos labios que un beso ha unido ante Dios".

Exaltación de ebrios, chocante por la falta de medida; no hay caso que ilustre mejor la frase de Pascal: "Quien quiere hacer el ángel hace la bestia".

Esa deformación extravagante de simples operaciones orgánicas se ha extendido también al deseo y al sentimiento sexual, el que ha adquirido en la literatura, en la leyenda y en las costumbres un carácter sagrado insoportable. Asimismo se justifica todo placer egoísta de la carne, espiritualizando ese instinto que monopoliza, sin derecho, todos los sentidos de la palabra amor y se invoca también la procreación, de la que, sin embargo, la carne no se acuerda siquiera en sus retozos.

La Iglesia cristiana es, en gran parte, responsable de la idolatría de la carne.

Y aquí surge todo un capítulo: el del erotismo reprimido y bajo presión, o, para emplear el término justo, de la histeria que suscita la vocación de los santos y de las santas y produce con frecuencia fenómenos propiamente monstruosos.

Ese aborrecimiento de la vida promulgado por el cristianismo, ese odio que tuvo tan disparatadas consecuencias y que se diluyó un poco en el seno del catolicismo, cuando el Renacimiento y el Jesuitismo lo remojaron en sus fuentes griegas, ligeras, brillantes y

sofísticas, era tan contrario como el antropomorfismo pagano al genio judío. Era la vida misma, y no una transposición decorativa y desordenada de la vida lo que así se perseguía hasta en el foco perpetuo de la vida: el porvenir.

...Jesús parece haber adoptado una línea de conducta prudente y mesurada. No maldijo la carne fanáticamente como sus continuadores y explotadores debían hacerlo, sino que la puso en su lugar y le asignó su papel natural y restringido. Cuando ella interviene directamente en el dominio espiritual bajo forma de sensaciones o apetitos, impulsa a un orden, tiende hacia un "mundo" en el que no hay tranquilidad ni satisfacción durable. La combatió sólo, como procede, por la cultura y la grandeza individuales, es decir, del conjunto humano. Enseñando a cada uno el secreto de llegar a ser él mismo, se aplaca esa guerra extraña y medio interior que se hacen los hombres y las mujeres. Como en el plano intelectual se da dignidad a la creencia, se dignifica el amor carnal, haciéndolo la consecuencia, el término, de armonías profundas. En el sólido terreno social, la mujer es, frente a su natural compañero, el hombre, un ser, un igual, y no una sierva o instrumento de placer. El hombre y la mujer se unen por el pensamiento y por el corazón más que por los sentidos. Esto es lo que Jesús quería exponer ante los ojos, al mismo tiempo que otra visión más penetrante, en este precepto, al que dio forma hiperbólica, para que fuese más expresivo: "Mi reino vendrá cuando vosotros holléis con los pies el vestido de vergüenza, cuando los dos sean uno, exterior como interiormente, el macho con la hembra, ni macho ni hembra". (Pseudo Clemente Romano, *Segunda Epístola a los Corintios*). La pareja alcanza el amor más unificado cuando la mujer es para el hombre, a la vez, una amiga y un amigo.

INTERIOR Y EXTERIOR

He aquí que se fijan cada vez más netamente a nuestros ojos las relaciones de "lo interior" y "lo exterior", las ligaduras y las antinomias de esos dos órdenes de cosas.

Por *exterior* entendemos el mundo del espacio y de los hombres; por *interior*, la concepción que se tiene del mundo y de los hombres: concepción estática de la razón, concepción dinámica del sentimiento y de la moral.

Sin duda, lo subjetivo y lo objetivo difieren por esencia, en cuanto el uno es mental y el otro concreto.

Pero se trata de llegar *a que no difieran más que por esencia* y que sean, el uno la descripción generalizada, el otro la sustancia, de la misma realidad. Si el teórico no se engaña, ellos no tienen un diseño opuesto el uno al otro, están en interdependencia absoluta y deben coincidir exactamente porque no puede haber dos verdades contradictorias, la una en el plano abstracto y la otra en el plano concreto. La verdad teórica y la verdad práctica, lo verdadero y lo real, son dos formas de lo que es uno.

Cuando Jesús decía la vida, envolvía en una síntesis de realidad el espíritu y las cosas, lo abstracto y lo concreto.

Mas para esa unificación que es el gran problema de todos los pensadores, Jesús parte metódicamente del interior y jamás del exterior; siempre del sujeto pensante, nunca del objeto de su pensamiento. Hasta desde el punto de vista moral, no hay escándalo más que cuando el exterior vicia el interior. Si se hubiera de definir su doctrina con una sola frase, se propondría esta: *Todo va de nosotros a las cosas*. Este es el gesto espiritual fundamental de Jesús. Se es sobrecogido cuando se le escucha por la sublime obstinación con que dirige en el mismo sentido todos sus mandamientos.

Esto, advirtámoslo una vez más, no quiere decir que él exponga el propósito de crear una realidad filosófica que se oponga a la realidad exterior o de aplicar al orden concreto una constitución totalmente elaborada en la oficina mental. Eso quiere decir que el sujeto pensante, fuente de "la autenticidad de lo verdadero" debe comprobar sin cesar *él mismo*, si se puede decir así, el funcionamiento de su razón y los materiales que ésta emplea, y velar porque sean respetados los principios que rigen igualmente el interior y el exterior.

Pablo abarrota estas dos nociones de mitología: el interior es la parte divina; el exterior es la parte humana y grosera, de los seres, de las cosas y de los pensamientos.

A un estado de espíritu, el estado de clarividencia, que es la conformidad del interior con el exterior, por el desenvolvimiento del interior, substituye la iniciación en las fórmulas y a la gimnasia que deben hacer uno y otro en las mejores condiciones la presa de Dios.

LA FE

La fe es para Jesús la voluntad de espíritu que afirma definitivamente la veracidad de lo que éste ve, es la confianza integral en la evidencia, la confianza desbordante que proyecta el ser fuera de

sí mismo, la única recta impulsiva del interior al exterior: la fuerza motriz espiritual. La fe es la mano del espíritu.

Ese dinamismo de la certidumbre que liga la vida a la realidad ambiente, es creador y tiene lugar en el campo de acción. Cura al enfermo que cree que curará. "Todo lo que pidáis en vuestras preces, si creéis, lo recibiréis". Y lo mismo: "Si tenéis fe, le diréis a esa montaña: precipítate en el mar, y será hecho". Es el suplicante quien atiende la súplica. Toda acción que efectúa cada cual se proyecta en inmensidad, hasta la acción de hablar: "Las cosas que digáis en las tinieblas serán oídas en la luz". Pero el vínculo de fe no se liga al mundo real, si no se ata por otra parte al espíritu: el deseo y la esperanza no son válidos más que cuando son primeramente actos de inteligencia, es decir, cuando se aplican a lo realizable y no pierden asidero en el mundo. La evocación de la montaña no es más que una bella parábola que nos muestra un movimiento geométrico de ciudades -y es positivo que las multitudes frágiles y efímeras hayan creado las catedrales.

Pablo, pergeñador de un sistema objetivo, dice también que la fe es "la viva representación de lo que se espera", pero esta proporción no es análoga más que en la apariencia a las proposiciones de Jesús. En realidad, toda su explicación va dirigida en sentido diametralmente opuesto al que sigue la explicación de Jesús. Jesús: de nosotros a las cosas. Pablo, de las cosas a nosotros. Para él la fe es "estimar verdadero lo que no se ve", yo diría: ver lo que no se puede mirar. Es aceptar, superándonos a nosotros mismos, lo que nos supera. Es el consentimiento a una orden caída de lo inaccesible, sin explicación y sin otro motivo que cierta dosis de sobrenatural, es decir, un cuerpo extraño introducido en el pensamiento para ejercer la función de pensamiento. Es la garantía de lo que no tiene garantía; el crédito que se le otorga a Dios y que, sin embargo -se agrega- viene de Dios. Porque la doctrina inquietante de la gracia concedida al pecador por azar, por el solo capricho de Dios, está ya toda entera en Pablo, quien recuerda que Dios le dijo a Moisés: "Yo concedo misericordia a quien concedo misericordia, y tengo piedad de aquel de quien tengo piedad". Creer es decretar que Dios es divino; que nuestros esfuerzos no provienen de nosotros mismos; que nuestro conocimiento nos es dado por lo desconocido. Y he aquí consagrado el enorme círculo vicioso de la ciencia creadora, del que hablé al principio de este libro: la ciencia creadora de Dios, de la moral y del conocimiento. Ella no es creadora para Jesús sino en cuanto afirma el hombre y la razón y forja la inteligencia. Para Pablo, se impone como fecunda, siendo la negación del hombre y de la razón. No se insistirá nunca bastante sobre esas dos designaciones enemigas del poder creador -divergencia formidable que plantea todo el problema humano-.

Con Pablo, la conciencia filosófica centrífuga cae totalmente en el misticismo, se vuelve y se trueca en un sacrificio irrazonable que el hombre hace de sí mismo, una "gracia" humana, si se puede decir así, o más bien: el pedazo humano de la gracia divina, y, no ya un primer término, sino un segundo término, una coincidencia. Una personalidad extraña, procedente del exterior, se coloca en el puesto de la personalidad interior, según nos afirman esos ilusionistas. Esa sustitución de un ser nuevo al "hombre viejo", esa prestidigitación transcendental, deforma hasta la locura la precisa lección de Jesús sobre la renovación por el control interior. Tal es la operación de "misticismo" según lo definen los teólogos. Es el descenramiento absoluto del elemento activo del jesusismo: la fe, según Jesús, no sale más que del hombre. Según Pablo, no sale más que de Dios. Jesús dice: El hombre no puede ser salvado más que por sí mismo. Pablo dice: No puede ser salvado más que por el Extraño del cielo. Pablo dice exactamente lo contrario de lo que dice Jesús y en todas las vías lo empuja al absurdo. Los verdaderos traidores a Jesús fueron, más que el sedicente apóstol Judas, todos los que se han apoderado del título de apóstoles.

LA JUSTICIA

Las palabras justicia, justo, son las que se repiten tal vez con más frecuencia en el Antiguo Testamento y en los Evangelios, en la boca de los profetas y en la del verdadero Jesús.

La justicia es el diseño mismo del judaísmo. La justicia se alumbra ella misma y los grandes intérpretes del alma judía la mezclaron siempre a la inteligencia. Salomón pide: "no el poder y la victoria, sino la inteligencia, para ejercer la justicia".

La justicia es un sentido humano fundamental del equilibrio de la verdad y también del equilibrio de la realidad, un instinto orgánico de la coherencia de los conjuntos, y que tiene una acepción sentimental cuando se trata de las relaciones de los hombres entre sí, de las relaciones de la autoridad dirigente con la multitud dirigida, del juez con los reos, y una acepción científica: la percepción de la fatalidad compensadora impecable, inherente a las dimensiones, a las medidas y a los números. Justicia y justeza son solidarias en la verdad de las cosas. En los jeroglíficos egipcios se confundían la palabra verdad y la palabra justicia. Es, en fin, un concepto artístico y filosófico, la armonía; y, en consecuencia, el marco de la moralidad.

Es una inmensa palabra geométrica y arquitectural nacida del hombre y apoyada en el mundo. Es una mirada plena. La sinceridad no se presenta más que con una dimensión; la justicia tiene ya

las tres dimensiones de lo real. No hay -nunca se repetirá bastante- leyes para el espíritu y leyes para las cosas; el espíritu y las cosas son recogidos por las mismas normas mecánicas. Ese doble lado de una misma ley aparece de un modo brillante en la justicia. Su necesidad se nos impone por la experiencia y por las formas íntimas y naturales de nuestra estructura mental. Obedeciendo a sus prescripciones se entra llanamente en las cosas del espacio. "Obedeced a la justicia y todo lo demás vendrá por añadidura". El desdén que un filósofo realista mostrara para la palabra justicia estaría tan fuera de lugar como el de un sabio respecto a la palabra exactitud. La múltiple virtud de justicia aparece como el primer paso en la realización viviente del espíritu, su plena emanación, la sustancia de la "Palabra" y la forma perfecta de la acción. Si fuera permitido emplear una terminología moderna, se diría que la justicia, según Jesús, es la forma "categórica" por la cual el espíritu humano se revela a sí mismo y el elemento de un álgebra infalible, aferrada a lo real. Y al contacto con las irregularidades sociales, ciertas de sus observaciones: "¿Con qué derecho sublevarán al hombre?".

La justicia va a devenir también en el dominio religioso una piedad arbitraria y espantosa de Dios.

CARIDAD, BONDAD, AMOR

El cristianismo, cultivo industrial de lo sobrenatural, le retira la justicia al hombre, como le ha retirado el dominio de la fe, y le da en cambio el mandamiento de caridad, de bondad, de desprecio de los intereses personales.

Impregnado el fiel de esa idea retrógrada de abnegación, de sacrificio, se le encadena al mecanismo de las leyes temporales y de los códigos espirituales y se excita en él la necesidad de remitirse, aun a largo plazo, hasta después de la muerte terrenal, a la justicia distributiva de Dios. Resignación, inercia, fatalidad sobre las multitudes, persecución triste de los cielos.

El cristianismo, que se apuntala totalmente por el Dios de los muertos; cuya esencia práctica es ser la victoria del creyente sobre la muerte temporal, pone en juego la compensación de orden fantástico plantada en el vacío. "¡Más tarde, más tarde!". Y ese espejismo fabricado con elementos de la nada y de la locura, es coherente, como todo lo que la dialéctica religiosa, negación de la dialéctica, razonamiento desarraigado, aparenta probar.

La caridad -la bondad- si la consideramos provisionalmente en su sentido usual y no en su sentido teológico, es un principio de sentimentalidad vaga y fraccionaria, susceptible de funcionar por encima de todas las injusticias; la justicia, por el contrario, un principio de realismo que entabla una acción profunda, y una sola falta de cálculo de justicia mancha toda una sociedad. La caridad es miope, la justicia ve más lejos. La caridad es una virtud conservadora de las sociedades porque deja intactos los rodajes y porque, en suma, el sacrificio es frecuentemente una injusticia; es extrasocial y esporádica; la justicia es una palabra revolucionaria.

En cuanto a la caridad concreta y parcial de los ricos, la limosna, es un hecho aristocrático y aislado, sin prolongaciones, y, más que un acto que establezca la solidaridad de hombre a hombre, es una iniciativa anárquica por la cual se *da de lado* a esa idea de solidaridad y a las exigencias mucho más arduas que ella implica.

Para quien hace abstracción del sobrenaturalismo teatral y se coloca, como nuestro Jesús, en el punto de vista del solo interés de la pobre muchedumbre humana, esos principios de caridad desmedida que consisten en devolver bien por mal y en decir: "Si se te hiere en una mejilla, presenta la otra", "Si se quiere quitarte la capa, da también tu túnica", son inmorales. Implican la doble servidumbre de los hombres a los hombres y al cielo. Sin duda, si todo el mundo los adoptara sin una sola excepción, todo marcharía perfectamente. Pero la trampa y la engañifa están en emitir tal hipótesis. En la vida, si por ventura fueran adoptados por un grupo selecto en el seno de las colectividades, esos principios conducirían

al cultivo metódico del abuso de unos y la resignación despojada de los otros, entregarían los buenos a los malos y sus consecuencias serían solamente nutrir los martirologios, porque no hay ningún género de posibilidad de que sean adoptados por la mayoría y mucho menos por la unanimidad de los hombres y si esa sociología sentimental no cuenta con la unanimidad, sin defección alguna, se reduce a polvo. La experiencia ha probado en demasía que tal idealismo no se comunica por el ejemplo y que no es más que el lote de una minoría eternamente dispersa. Tal regla de conducta no es envidiable en la vida y deja vacía a ésta en los puntos a los que se adhiere; es utópica e impracticable, desconcierta el conjunto social y es, por ende, una mistificación demagógica. El profundo espíritu judío, cuyos destellos brillan en el montón de piedra bruta de los Libros Santos y en la admirable matemática de equidad con la que Jesús nos llena el espíritu hasta el corazón, no pensó nunca más que en la justicia y la inteligencia, lo que es más fuerte y más bello que una supercaridad espectral zarandeada por los vientos. El respeto a sí mismo de todos y cada uno, la organización metódica ponderada y prudente del interés general: he ahí el único paraíso terrenal del buen sentido y de la dignidad.

Las formulas relativas a esa doctrina del autoaniquilamiento, de los intereses del individuo, a ese sentimiento extranatural, a esa perfumería filosófica conducente al desprecio de la vida, a la imitación de la muerte, sobre el crédito de promesas contrarias al sentido común y de pagos en moneda que no circula aquí abajo, son, probablemente, en los versículos evangélicos, una importación de los pueblos contemplativos del Extremo Oriente.

Los cuatro deberes de Buda (ver el mal, buscar las causas, suprimir el mal y suprimir las causas), se ajustan, por el contrario, exactamente a los principios fundamentales de la teoría central y actuante del espíritu. Si Jesús no los conocía directamente, era capaz de encontrarlos él también en su camino poblado.

AMOR Y CARIDAD CRISTIANA - EGOISMO DE DIOS

Los constructores del cristianismo no vieron en la caridad más que una puerta que permitía hacer salir al hombre de sí mismo y eso les suministró la óptica nueva necesaria a su doctrina de espejismo; se trataba de presentar un principio que contrarrestaba y barría la razón pagana, residuo a su vez de la razón (pero todavía peligrosa), que resistía al poder de propulsión y de subversión de la justicia en el orden establecido.

La bondad, si fuera algo más que una palabra vaga, *sería* un atributo de Dios y no podría ser más que eso, por estar en oposición constantemente con las leyes de la vida y con el egoísmo orgánico del hombre. La potencia terrestre de la bondad es inseparable de la de Dios. No se puede concebir la una sin la otra. No puede tratarse de imponer tal orden a la totalidad humana sin contar con la fórmula mágica que permita ese milagro. Ptolomeo y Heracleon, discípulos de uno de los creadores del gnosticismo, Valentín, ambos, como éste, maníacos de clasificación dogmática minuciosa y de quintaesencia teológica, atribuyen la justicia a Demiurgo, el dios práctico. Sólo es bueno el Dios supremo, el principio infinito e informe del que el Demiurgo es el obrero y el Diablo el adversario. Dios, que todo lo puede, no puede en el principio hacer de la Ley antihumana de la bondad la ley suprema de la vida. Pero hasta aquí no ha logrado sino muy mal erigir semejante ley. Ahora bien, cuando la obra de Dios aborta es porque ese Dios no es un Dios. Y decir que la bondad no podría existir sino en cuanto atributo de Dios, es una manera de reconocer que no existe.

Por lo demás, en el código cristiano, el amor y la caridad no son el amor y la caridad. Son dos sentimientos de naturaleza particular que se refieren exclusivamente a Dios.

No llegan a los hombres sino a través de Dios. El Cristo-amor -el falso Cristo evangélico, el usurpador teológico- dice claramente que el primer mandamiento que él trae es: "Amad al Señor Dios, como a vosotros mismos", y el segundo: "Amaos los unos a los otros", y añade: "Estos dos mandamientos son uno solo y el mismo". Palabra capital: el amor cristiano, la caridad cristiana, no tienen el sentido del amor y de la caridad puros y simples, y significan sobre todo la fe: Amad a los hombres en Dios; es decir: servid a Dios por mediación de los hombres. Y (apartando la miserable pantalla humana insignificante en presencia de Dios): Amad a Dios, servid a Dios. San Agustín, perito acreditado en Santas Escrituras, nos avisa que "las virtudes que el hombre cree tener, si no se refieren a Dios, no son virtudes, sino vicios". La verdadera definición del amor y de la caridad para un cristiano es: "Creer en Dios". El amor no es más que el reverso de la gracia. En la terminología de los devotos "perder la caridad" no quiere decir perder el amor al prójimo, sino perder la fe -y esta significación de la palabra caridad se encuentra ya en las Epístolas apostólicas y en el Apocalipsis. Cuando los católicos hacen decir a Jesús o más bien a su Cristo particular, a propósito de Maria Magdalena: "Mucho le será perdonado porque ha amado mucho", hay que guardarse de suponer como lo hace, con sus teorías caprichosas el contingente falsificador de los admiradores laicos del Jesús-Dios, que el Cristo magnifica otra cosa que la fe de la Magdalena y que

alude a los amores terrenales de la pobre cortesana. Si sus palabras hubieran significado tan audaz ligadura con las miserias humanas, no se les habría dejado subsistir.

Pero aquí hay una confusión que es poco admisible. Por esa incansable hipocresía religiosa que aprovecha la forma de las palabras, se deja de lado en esta ocasión a ese sentido especial y se exhibe el señuelo de la pura belleza desinteresada del altruismo. Sin embargo, ¿qué caso haría esa Iglesia de un hombre que, practicando la caridad y el amor humanos, estuviera cerrado a la fe en Dios? Lo sabemos con certeza: no tenemos más que mirar los tiempos pasados. Lo consideraría como un extraviado y, en los tiempos en que tenía poder temporal, lo hubiera mandado a la hoguera como a tantos millares de su especie. Memorable es su matanza metódica, terriblemente completa, de los vadeses, que eran hombres de caridad en el sentido puro y neto de esta palabra. Pero no eran, por otra parte, católicos ortodoxos. Como el helenismo no es razón más que por el nombre, el cristianismo no es amor más que por el nombre. Si queréis desnudar la razón, deshelenizadla; si queréis efectivamente purificar la caridad y el amor, descristianizadlos. Esa caridad verdadera, ese amor integral resultan, por tanto, un resplandor excepcional, una exaltación vertiginosa, que no tienen razón de ser ni punto de apoyo, fuegos artificiales cuya acción colectiva es nula y que no sirven realmente más que de medios de engaño en mano de los especuladores.

El verdadero Jesús implantó aquí también un orden de sabiduría y serenidad. La generalidad de los hombres extrae sobre todo de la enseñanza crítica este precepto: "Amaos los unos a los otros". Está bien, pero a condición de que la palabra amar no tenga aquí su significación normal y que no se trate de los vínculos sentimentales, personales y apretados que unen a los parientes y a los amigos. No hay amor ni amistad posibles, ni concebibles siquiera, entre los que no hacen más que codearse y menos entre los desconocidos. No hay afección anónima ni siquiera errante. ¿Qué son los hombres para el hombre sino eternos ausentes? El mandamiento de Jesús quiere decir: Ayudaos los unos a los otros, preocupaos de todos, presentes y ausentes. Preconiza la *solidaridad*, la cooperación, la mutualidad, que es la única generalización sensata de la palabra amor para el conjunto de los hombres. Este no es ya un sentimiento. Es solo un bello y noble cálculo. La *fraternidad* en masa no tiene plena significación más que en la comunidad, en el reparto de los esfuerzos, o de los elementos sociales, por ejemplo, en el caso ejemplar de la "fraternización" de soldados enemigos, que es cuestión de buen sentido y no de amor. El amor de todos los hombres se ha de mirar bajo la forma de un designio racional y, por decirlo así, técnico. De esa solidaridad que implica la compensación y la estima de otro -esto solo es lo que es

inmenso-; Jesús dio, por lo demás la definición más exacta y más perfecta (ya la extrajera de su propio fondo, ya la encontrara en las doctrinas de la India antigua donde está, en efecto, expresamente formulada) : "No hagáis a los demás lo que no quisierais que os fuera hecho". "Haced a los demás lo que quisierais que se os hiciera".

Este es el único punto de vista desde el que tales ligazones pueden ser ordenadas públicamente sin violentar el sentido común. Si el amor es el amor, es insensato y ridículo promulgarlo, como una ley, hacer obligatorio tal impulso. Es un absurdo fundamental decir: Yo os ordeno que os améis. Tal pretensión de suscitar en nosotros por preceptos algo que no se suscita sino por sí mismo, da a los libros santos una unción deprimente y una pesadez fastidiosa, insoportable ³³. Implica, por otra parte, a los practicantes en una serie de contradicciones bastante ridículas. Es demasiado fácil mostrar cómo y cuánto se presta a lo cómico la actitud de esos vehementes polemistas de la fe católica que ametrallan con sarcasmos y ultrajes a sus adversarios incrédulos, precisamente por erigirse ellos en abogados del amor y de la caridad.

LAS PRACTICAS

Jesús sostuvo una guerra inexorable contra las prácticas religiosas corrientes, que no son sino una forma concreta de la desviación formalista. Es la fórmula puesta de pie.

Dios no habita en los templos contruidos por las manos de los hombres. Está en nosotros, "en espíritu y en verdad". Se ha de hacer el bien y hablar con Dios "en la sombra y en el secreto". "El Padre es secreto". Lo divino es individual. Jesús instauró la plegaria confidencial. Puso también la plegaria en el camino recto: de nosotros a lo infinito.

Atacó de frente, no sólo las manifestaciones ostentosas de la piedad, sino también ciertas prácticas consuetudinarias del culto,

³³ No hay polemistas más saturados de acrimonia que los Padres de la Iglesia lo fueron con relación a los investigadores razonables, "esos risibles ignorantes", esos "animales de vanagloria", que osaron izar las grandes certidumbres científicas contra las ineptias que prodigan los libros santos en el terreno de la ciencia.

Al principio de un libro hinchado y ampuloso sobre *La historia de Cristo*, Papini apostrofa así a los sabios que estudian la historia cristiana desde un punto de vista positivo y sensato: "Se presentaron los necróforos, búfalos presuntuosos que habían tomado las bibliotecas por establos; cerebros aerostáticos que gracias al globo volandero de la filosofía creían llegar a las alturas del cielo, etc." Aunque me esfuero por hacer aquí una obra seria, he querido citar, al menos, esta muestra de estilo de "búfalo presuntuoso".

como la observancia del sábado. Escandalizó a los escribas diciéndoles que el sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado, y chocó con las tradiciones de "buen tono", haciendo sentarse a su mesa a gentes de baja condición y aun de mal vivir. Chocó también llevando su palabra fuera del pueblo elegido. El verdadero Jesús, ya lo hemos dicho, fue internacionalista en medio de una población que no lo era más que en principio, y se podría añadir en su orgullo y en su éxtasis, pero que era nacionalista de hecho.

Si en ciertos puntos Pablo, que, por otra parte, como el falso hermano del que habla Pedro, "torcía las cosas y las escrituras" con otros fines, parece de acuerdo con Jesús, es porque uno de los objetos de su propaganda era denunciar como caducas las prácticas mosaístas y el régimen del Templo.

Además, la precaria situación de las comunidades cristianas obligaba a sus directores a mostrarse muy acomodaticios en el capítulo de las observancias, de las prohibiciones y del origen de los neófitos. Cuando, después del suplicio de Esteban y de la disolución de la comunidad helenista de Jerusalén, la nueva secta se vio reducida a reclutar sus ovejas en el extranjero, los "obispos" primitivos, bajo la influencia de Bernabé, fundador del centro de Antioquía, y de Pablo, decidieron, tras un largo debate, no exigir más que un mínimo extremadamente restringido de condiciones de admisión. Y se puede ver en la Epístola a los Romanos la moderación untuosa y un poco hipócrita con que Pablo trata la cuestión del sábado y de las carnes. Se advierte que hay allí una concesión arrancada por la necesidad y que la Iglesia en cuanto le sea posible volverá sobre aquellas tolerancias. Luego, en el transcurso del tiempo, tomó su desquite.

Pablo no desestimó el formalismo del Templo sino con el fin de poner otro en su lugar.

Finalmente, el sábado, del que Jesús hacía tan poco caso, fue homologado por la Iglesia bajo la nueva denominación de descanso dominical. En cuanto a la circuncisión y las carnes degolladas, la Iglesia nueva prefirió abandonar las obligaciones rituales, aun a riesgo de perder por tal medida la masa de judíos. No obedecía esto a las claras y duras razones que Jesús opuso al ritual judío, sino a que tales prácticas, demasiado embarazosas, hubieran cerrado el camino de la fe para los gentiles.

Ya hemos visto que los sacramentos cristianos, el bautismo y la eucaristía, fueron instituidos desde el comienzo y que esos ritos fueron copiados totalmente del sincretismo greco-oriental. Hemos visto también que, por una interpolación sensacional, se imputa su iniciativa a Jesús. En todo pasaje se prepara una verdadera traición a su palabra y a su pensamiento. Jesús dijo -y el verdadero Jesús pudo expresarse así-: Todas las veces que los hombres se reúnan

en mi nombre, yo estaré en medio de ellos. Quería decir que no hay comunidad profunda, que suscite la presencia real de las almas, sino por la comunión de las ideas profundas: la unidad en lo verdadero es el solo vínculo verdadero y es bastante consistente para que se apoye en él la alegría misma. La Iglesia ha acoplado a esta declaración una serie de interpretaciones destinadas a dosificar el grado de sustancialidad de la aparición divina y hacer tenerse en pie esa matemática mística, materializándola por una práctica concreta.

San Pablo fue un fariseo que actuó sobre la novedad. Encontró en los restos espirituales de Jesús elevaciones y profundidades sublimes -verdaderos y cálidos milagros humanos-. Y recortó, dispuso y combinó aquella sublimidad en un "puzzle" religioso, fijo y estrecho. Del primer golpe la secó como hacen los siglos con las efusiones vivas, y dio amplitud a aquellos signos extraños de un pensamiento perdido por el artificio del terrorismo y de lo sobrenatural.

Adviertan los vehementes defensores del vértigo de los símbolos cristianos, que exaltan y explican frecuentemente de un modo sacrílego, aquella serie de figuras y de gestos que no admiten variante alguna ni aún en sus derivaciones, al aportarles su propia sangre, su drama particular, su interpretación personal y heterodoxa de poetas y enamorados. El que se hace su religión es un apóstata.

Quien así procede se deja coger en el juego del simbolismo. El símbolo no es más que un desencajamiento abstracto de la realidad en el plano descriptivo y ornamental. El símbolo no tiene más que un valor fiduciario. Pero en materia religiosa el símbolo se llena de un valor absoluto que anula sus afinidades originales y su parentesco anterior. Estos no pueden ser invocados sino de manera sofística y merced a la elasticidad de las palabras. El símbolo religioso ya no es símbolo. Por ejemplo, los poetas, que ponen en orden las palabras y en desorden el pensamiento, pueden imaginar que la curiosidad y la codicia, ligadas a la naturaleza misma del hombre, constituyen una especie de decadencia original, de predestinación a la desgracia. Pueden igualmente ensalzar el papel purificador del sufrimiento. Pero la asimilación de esos dogmas sentimentales a la religión de la caída y del rescate no es más que una blasfemia. Asimismo, la idea del "verbo", de la palabra exteriorizada es una gran idea metafísica que determina el alumbramiento y la radioactividad de la expresión figurada. Pero en el catolicismo, el Verbo de Dios no es ya una conquista del razonamiento, es una personalidad que tiene sus atributos y sus limitaciones teológicas. No hay derecho alguno a mezclar la persona y la teoría. Y al arriesgarse a ello, no se hace, por lo demás,

sino levantar irrespetuosamente el velo que encubre el procedimiento de fabricación.

Los otros cinco sacramentos cristianos aparecieron en los períodos sucesivos, así como la organización de la jerarquía eclesiástica que se aplicó rápidamente a disciplinar las agrupaciones de hermanos que eran las primeras comunidades cristianas. Así se instituyó entre el fiel y Dios toda una escala de "mediadores", el más alto de los cuales era el mismo Cristo. Así se consumó el supremo ultraje lanzado por sus sedicentes servidores contra la doctrina de aquel que había predicado, por encima de todo, que él no tiene mediador y que cada cual es su propio Cristo.

EXPLOTADORES Y EXPLOTADOS

Jesús hace una campaña contra los ricos, porque la riqueza es algo exterior, basado en la injusticia. El privilegio de los ricos, cae de lo alto, al azar, sobre los hombres: o sigue la dirección de la verdad que asciende de cada uno. Disloca la simetría de la justicia. Renán hace constar, con razón, que Jesús no aborrece solamente a los "malos ricos", como se ha dicho, sino a los ricos en general. A veces, en lugar de decir: riquezas materiales, Jesús dice sencillamente: riquezas injustas. Habla de "los que siegan donde no han sembrado ellos mismos y cargan las espaldas de los otros con cargas que ellos no querrían tocar siquiera con el dedo".

He aquí lo importante y he aquí lo nuevo.

Aparte algunas exclamaciones desordenadas de los Profetas de la literatura mesiánica, no se había hablado hasta entonces tal lenguaje en el mundo.

La civilización greco-romana se adornaba con el título de democrática; pero, en realidad, era aristocrática y esclavista. Había sido creada por un núcleo selecto como la nuestra. La esclavitud antigua estaba admitida por una tradición tan profunda y tan general, que hasta grandes genios como Aristóteles la admitieron y justificaron. Por otra parte, el avasallamiento de los pueblos débiles y la explotación integral del proletario nacional constituían otra forma aceptada de la esclavitud: la masa, productora de obreros y de soldados, creadora de hijos (*proles*), era ya el gran cimiento sobre el que estaba edificado el monumento antiguo. En cuanto al judaísmo, si el sentido de la miseria y de la explotación del trabajo y de los trabajadores no aparece más que por intermitencias en algunos gritos desgarradores de la Biblia y de los Profetas, aparece, sin embargo. No olvidemos todo lo que hay de despojo concreto: de hambre, de sed, de frío, de agotamiento, en los tormentos del réprobo humano condenado a la producción del

trabajo y a la persecución del pan que nos describen los grandiosos acentos del Libro de Job. Pero esta preocupación quedó eclipsada en los judíos por las desdichas y las lacerias de la raza.

Sin embargo, no nos figuremos que en aquella época, en el mundo oriental, y principalmente en Judea, la cuestión del pauperismo no tenía realidad en las cosas, aunque tienden a hacérselo creer así las halagadoras descripciones del Renán de *La Vida de Jesús*.

El profeta Ageo alza el velo sobre la perennidad del drama económico cuando escribe, en el siglo VI antes de Jesucristo: "Vosotros habéis sembrado mucho para recolectar poco, comiendo sin saciaros, bebiendo sin riesgo de embriagaros, vistiéndoos sin abrigaros, y aquel que se alquila, se alquila para echar su salario en un saco agujereado". Los *Oráculos Sibilinos* hacen aparecer a veces un intenso mesianismo social: "La tierra será el bien de todos -anunciaban los *Oráculos Sibilinos*-. No será dividida por linderos, no se cerrará con murallas. No habrá ya ni mendigo ni rico, ni amo ni criado, ni pequeños ni grandes, ni reyes ni jefes: todo pertenecerá a todos. ¡Ah!, si la tierra no estuviera asentada y fija tan lejos del cielo, los ricos se las habrían arreglado para que la luz no fuera repartida entre todos..."

El Libro de Enoch, que data, como los *Oráculos Sibilinos*, del período de violenta sacudida del alma judía en el siglo II antes de Jesucristo, da una nota semejante.

Con Jesús, ese estado de cosas entra en el campo de la reclamación humana. La miseria colectiva sale a la luz y salta, por la vía práctica, el dominio mesiánico. Hace entrar en él las aspiraciones y las necesidades del conjunto de los hombres, porque los pobres son con mucho los más numerosos entre los vivos. Bastan algunas palabras de Jesús, llegadas hasta nosotros, para mostrarnos cuán consciente era él de las dimensiones y las apreciaciones del problema.

"A aquel que tiene se le da más todavía, y al que no tiene se le quita hasta lo que cree tener". (Jesús llegó a decir, con una audacia de expresión que uno de sus traductores no osó reproducir: A aquel que no tiene, se le quita hasta lo que no tiene). Muestra que el hombre de la muchedumbre es más desgraciado y perseguido que los animales y su destino es menos seguro que el de estos: Los zorros y los pájaros del cielo tienen sus guaridas, pero el hijo del hombre no tiene ni una piedra donde reposar su cabeza. Sufre por la falta de unidad y de dirección de este vasto rebaño humano que anda errante, sin pastores ³⁴. Era, pues, una iniciativa original dar

³⁴ He aquí esta frase neta y nítida como un gran espacio del mundo: "Al ver la multitud del pueblo, fue conmovido de compasión hacia ellos, porque estaban dispersos y errantes como ovejas sin pastores. Entonces dijo a sus discípulos: "La cosecha es grande, pero hay pocos obreros".

así al conjunto de los seres vivientes acceso a la acción y mezclar la enfermedad de la miseria material y de los bajos fondos animados -del proletariado- a todas las preocupaciones morales y religiosas.

Jesús no admite las diferencias exteriores que dividen a los hombres en la sociedad y la gloria de los reyes le parece diabólica. Quiere la igualdad por el acoplamiento de todas las buenas voluntades a una causa común. Tan bello y profundo pensamiento es expresado por él en un espléndido lenguaje: "Quien quiera ser el más grande entre vosotros, que sea vuestro servidor". Jesús hace preceder a esta alta afirmación consideraciones que aclaran el alcance social que le atribuye: "Vosotros sabéis que los príncipes de las naciones los dominan y que los grandes les mandan con autoridad: Pero no debe ser así entre vosotros".

Es por la noción de la igualdad por lo que Jesús liga la noción reguladora de justicia a la reivindicación de los explotados de todas clases. La igualdad es un principio que dimana directamente de la justicia, esa mezcla de ciencia y de sangre. Es, se podría decir, la distribución constante, cotidiana, familiar de la justicia. El trinomio democrático: Libertad, Igualdad, Fraternidad, no tiene más que un término que posea un valor positivo y absoluto: la igualdad. La igualdad política integral se puede realizar en la tierra. En el mismo plano, la libertad y la fraternidad son, por consecuencia de las leyes del conjunto, de una relatividad desesperante, y todo lo que se puede promulgar es: deben llegar al máximo. Pero la igualdad restablece violentamente el nivel: "El que se eleve será rebajado. Los últimos serán los primeros". Lo mismo que se reconstituye el esqueleto de un animal desaparecido con un solo hueso, se puede hacer con la sola noción de igualdad todo el estatuto lógico que no existe. En ese sentido escribí yo en otro lugar que cuando se dice igualdad, se ha dicho todo en el dominio social. Esta geometría constructiva de la igualdad es transportada también por Pablo a la intriga fantasmagórica del más allá. Los hombres son iguales ante Dios, y en su Ciudad mortuoria, lo que autoriza su desigualdad en la tierra.

Jesús acepta audazmente todas las consecuencias del despojo total, material y moral, que se debe consentir en vista de lo que él llama el Reino de los Cielos: El reino de los cielos que se percibe, como se percibe a Dios, en espíritu y en verdad, y que han de engendrar colectivamente los hombres y las mujeres de buena voluntad, constituyendo entre ellos una sociedad modelo. Tanto peor si la armonía social debe ser precedida de trastornos íntimos y desgarramientos familiares. Jesús es en esta parte un hombre de acción.

Jesús dijo: "Mi reino no es de este mundo". Y dijo a sus discípulos: "Vuestro reino no es de este mundo".

Habr  pocas personas que no vean en estas palabras una reprobación del renunciamiento a toda actividad temporal. Se pretende que Jesús quiso decir: "Conf aos a una devoción totalmente ideal, restring os a una disciplina puramente interior, no os ocup is de las cosas sociales y políticas". En otros términos: "Respetad pasivamente el orden establecido".

En las primeras edades del cristianismo, la Iglesia dio gran publicidad a este precepto, atribuyéndole ese solo sentido, por dos razones: para dar la autoridad del señor a un mandato que transportaba la religión de los vivos a la región de los muertos, y para no atraer sobre la organización, todavía frágil, de los fieles, los recelos de las autoridades.

La ilustración t pica de esa interpretación que aconsejaba imperiosamente a los directores cristianos la pusilanimidad o la prudencia, nos la ofrece un relato de Eusebio, relato que históricamente no merece, sin duda, más crédito que todo lo demás salido de la pluma de Eusebio; pero que es, con todo y con eso, de un valor precioso a título de indicación. Es la relación del interrogatorio que el emperador Domiciano hizo sufrir a dos nietos de Judá, "de la raza de Cristo". El emperador, que los había hecho detener, los interrogó principalmente sobre el reino de Cristo y sobre "la naturaleza de su realeza".

Ellos respondieron que el reino de Cristo no era del mundo ni de la tierra, sino celestial y angélico, y que se realizará al fin de los tiempos. El emperador los desde o entonces como a gentes simples, los dejó en libertad e hizo cesar la persecución contra la Iglesia. Esa interpretación salvadora es la que prevaleció desde Justino: "Nosotros hablamos no de un reinado humano, sino de una realeza según Dios".

La serie de los acontecimientos posteriores ha demostrado que esa renunciación a lo temporal no entraba de ningún modo en las intenciones de los cristianos, los que no tuvieron jams , ni aún en la modestia de los comienzos, nada de común con los grupos que vivían, real y reglamentariamente, apartados del mundo, como los esenios. Los directores del cristianismo se aprovechaban en aquella circunstancia, con más ingeniosidad que valor, del doble sentido de las palabras, como lo han hecho en más de una ocasión. Hacían protestas de que no tenían la intención de librarse de la colonización romana, lo que era soslayar la cuestión. Creaban una confusión que les permitiera crecer en paz.

Después, ya poderosos, establecieron en la práctica su derecho temporal opresivo, y así traicionaron al profeta Jesús, mostrando en teoría un desinterés de las cosas del mundo que, en otro sentido, era igualmente una traición al pensamiento del verdadero Jesús.

Porque la verdadera significación de la sentencia: "Vuestro reino no es de este mundo", es más amplia y más sencilla de lo que se dice comúnmente. Plantea el contraste entre lo que es y lo que debiera ser. Quiere decir: El mundo no es conforme a vuestro ideal. Lejos de ser una consigna de renunciación, es más bien una consigna de ataque y de lucha. Vosotros no podéis lograr vuestro reino dejando el mundo como está. Sois desposeídos. Es el proceso del mundo de la apariencia y de la hipocresía lo que Jesús emprende. Le asigna al creyente el deber de resolver la antítesis entre la realidad temporal y la verdad, entre el mundo y el reino de los cielos. Se debe leer: Vuestro reino no es de este tiempo. (¿No dijo el mismo Pablo: "La verdadera sabiduría no es de esta edad"?)

Una prueba de que la frase citada no preconiza la naturalidad y la indiferencia respecto a las realidades contingentes, sino que, al contrario, reclama la intervención del creyente, se desprende, sin que haya necesidad de insistir sobre otras afirmaciones de Jesús, de los mismos comentarios que antepone y pospone a esa frase: El mundo os odia, os perseguirá, os hará morir... Todo esto no tendría ningún sentido, si hubiera predicado el desprendimiento absoluto de las cosas sociales. ¿Qué razón tendría el mundo para odiar, para perseguir y para matar a quien vive estrictamente aparte? ¿Persecuieron jamás los judíos ni los romanos a los esenios que observaban expresamente esa actitud? ¿Y cuál puede ser la autoridad que tenga poder para perseguir y para matar sino la autoridad constituida?

Por otra parte, Jesús predicó frecuentemente una acción pública de propaganda, que está, naturalmente, en oposición franca con la discreción prudente y huidiza de la interpretación oficial: No se debe ocultar nada, se debe hacer brillar la verdad a plena luz, siempre que se pueda. Jesús dice a sus compañeros, según Mateo: "Vosotros sois la luz del mundo".

¿No dijo también: No se enciende una antorcha para meterla debajo de un celmín: que vuestra luz luzca ante los hombres? Y asimismo: "que una ciudad sólidamente constituida no puede ni caer ni estar oculta" ³⁵.

"Nuestro Señor nos ha ordenado que lo que prediquemos con palabras ante el pueblo lo cumplamos con actos ante cada uno", refieren los Actos extracanjicos llamados Doctrina de Addai.

EL DINERO DEL CESAR

³⁵ Variante del papiro de Oxyrhynchos.

¿Jesús profirió realmente el mandamiento relativo al dinero del César, del que se ha hecho tanta ostentación? Hay derecho a advertir, ante todo, que en tal circunstancia Jesús no habló así más que para eludir una pregunta insidiosa que le hacían los fariseos, deseosos de cogerlo en falta, según su costumbre ³⁶.

Admitamos, sin embargo, que el verdadero Jesús hablara así. De ello sólo debemos deducir que en esa cuestión del pago del tributo, del que se preocupaba ardientemente la turbulencia de Israel, Jesús desaprobaba la acción individual y hasta las rebeliones parciales y prematuras, las resistencias insurreccionales como la de Judas el Galonita y sus adeptos, que estaban todavía en todas las memorias, por no tener aquellos movimientos suficiente amplitud, ni en su fin ni en sus medios, para triunfar contra la omnipotencia romana.

Las aspiraciones de Jesús tenían mucha más importancia y trascendencia que las reivindicaciones contra el César de un pretrendiente judío y aun del pueblo judío todo entero. Pero él no era un anarquista. Debía de estimar, sin duda, que negarse a pagar el tributo a Roma no era empezar por el principio. El verdadero mandamiento es distribuir de antemano en todos los cerebros la nueva disciplina por una progresiva selección ³⁷.

He aquí lo que podría decirse acerca del dinero del César, ateniéndose a los elementos corrientes de la cuestión. Pero el descubrimiento contemporáneo de un documento nuevo nos permite considerar esa cuestión de otra manera. Se ha encontrado en el siglo XIX un manuscrito en lengua copta de la Pistis-Sofía, obra gnóstica que data del siglo II y es atribuida a Valentín. La obra ha sido probablemente desnaturalizada en el curso de las traducciones sucesivas. Sin embargo, se encuentra en ella, en medio de un desenvolvimiento bastante oscuro de teología superior, una curiosa y sorprendente interpretación de la leyenda del dinero del César, interpretación que tenemos sobradas razones para considerarla como la versión auténtica de tal episodio. María, madre de Jesús, le dice a su hijo: "A propósito de esa palabra que nos has dicho otras veces, al traerte el dinero, tú viste que era de plata y de

³⁶ Muchas veces empleó Jesús ese artificio retórico que consiste en esquivar una respuesta directa que podía ser peligrosa para él. Un ejemplo muy característico nos es ofrecido en otro pasaje: los fariseos discutidores, siempre al acecho en torno de él, lo interrogaron insidiosamente sobre su misión, con la esperanza de inducirlo a comprometerse. El les respondió con otra pregunta embarazosa para ellos, que les dirigió sobre Juan Bautista, diciendo que él respondería a la pregunta de ellos cuando ellos respondieran a la suya, y con esta respuesta, que no era tal, les cerró la boca.

³⁷ Procurad crecer partiendo de un pequeño principio y (si os creéis grandes) de grandes hacedores pequeños. (Variante de Mateo, dada por el Código Cantabrigense.) Precepto que vale para el exterior y para el interior y que contiene en germen todo el principio de "la organización".

bronce. Cuando viste que tenía mezcla de plata y de bronce, dijiste: Dad al rey lo que pertenece al rey y a Iahveh lo que es de Iahveh". Eso quiere decir: la plata es destinada a Dios y el bronce, del que se hacen las armas, al opresor romano o herodiano.

Yo no creo, lo repito, que se pueda atribuir al Jesús humano central el carácter de un zelota; es decir, de un nacionalista judío militante, campeón armado de la causa davidiana, antirromana y antiherodiana. Pero aún creo menos que no fuera más que el heraldo seráfico y abstracto de un orden mejor, tan suave como inofensivo e inútil. La reivindicación de justicia y de igualdad política era mucho más amenazadora para las instituciones que el programa de un sucesor de David con probabilidades muy aleatorias de triunfo. La rectificación de la gran ley secular que regula las relaciones entre pobres y ricos era un ataque de mucho mayor alcance para el esplendor del imperio romano, y ahí estaba el crimen de Jesús. Parece probable que los que tenían la fuerza disolvente de su propaganda proletaria, lo implicasen, para simplificar las cosas, en una causa de orden corriente de mesianismo antiromano.

Roma era tolerante; pero sólo para los apóstoles, cuyo sueño se domiciliaba en las nubes, sólo para los sacerdotes que se contentaban con ser los sabios empleados de un templo. No lo era para los "bandidos" mesiánicos que la hostilizaban en Judea (y que a veces eran quizá mesiánicos por ser bandidos). No lo era tampoco para los agitadores populares, susceptibles de crearle dificultades.

El principio de la libertad de conciencia, y, *a fortiori*, de la libertad de opinión, no es, si bien se mira, más que un principio bastante confuso, del que es imposible dar una definición rigurosa, y que no puede tener más que una extensión muy relativa. ¿Se puede aplicar sin reservas? Evidentemente, no se puede aplicar así en ningún caso. Es cierto que, desde que una creencia y una opinión no son estrictamente conformes a la ideología y las reglas oficiales, son en cierta medida subversivas y en pugna contra la legalidad y, por consiguiente, peligrosas para el orden social establecido. Y es utópica la presunción de que un sistema religioso pueda mantenerse completamente apartado de un sistema social. Los gobiernos "tolerantes" y deseosos de ostentar a poca costa una etiqueta de liberalismo, cierran los ojos, en tanto que la creencia o la opinión permanecen, sobre poco más o menos, en el dominio de la fraseología, y que, al parecer, no cuentan con probabilidades de llegar a las realizaciones. Desde que cesan, en cambio, de ser verbales e insignificantes, ya es otra cosa: no sólo no se las tolera, sino que se despliega en las alturas del poder toda una maquinación para desacreditarlas y para asimilar sus defensores a los delincuentes y criminales de derecho común, que es el medio más

sencillo para proceder eficazmente contra ellos sin detrimento de la leyenda de tolerancia.

Jesús había constituido con sus discípulos una especie de pequeña sociedad comunista. Los que han obedecido a los diez mandamientos, deben, por añadidura, "si quieren ser perfectos", vender lo que poseen y dar parte a la nueva sociedad. Tal colectividad, fundada en principios morales, y el proselitismo, es un modesto embrión de internacionalidad, el único concebible entonces. Según las costumbres y las modalidades de acción que la sociedad se ha formado, y las vías fijas que se ha trazado, la difusión de organismos de ese género no se puede perseguir más que por la religión o por la política. Las ideas que creemos poder seleccionar como auténticas en el haz evangélico nos autorizan a suponer que aquel ensayo de agrupación era de orden cívico y no de orden religioso; pero no habría subsistido ni un día si hubiera chocado directamente con el punto más sensible del mecanismo temporal, el fisco ³⁸.

En cuanto a la cuestión de la piedad, ¿habremos de elegir entre el Jesús violento, que dice ³⁹: "Yo he venido a traer, no la paz, sino la cuchilla, y a meter la división entre el padre y el hijo..." o: "Yo he venido para lanzar el fuego sobre la tierra", o también: "Quien está cerca de mí está cerca del fuego", y un Jesús que se inclina ante el orden constituido en las casas y en la ciudad? ¿Son incompatibles esas dos actitudes para el apóstol que limita la segunda a soportar lo que no es materialmente evitable en su tiempo?

Un episodio capital en la carrera de Jesús, el acto que determinó probablemente su condena, fue el escándalo que provocó arrojando del Templo a los cambistas y a los marchantes de animales para los sacrificios. Aquella iniciativa tenía un carácter puramente social. No fue el rito del sacrificio lo que flageló su gesto revolucionario y vengador: fue a los negociantes, a los vendedores que se aprovechaban de él, a los que habían convertido la casa de las oraciones en una "cueva de bandidos". El que no tiene

³⁸ Ciertamente había habido numerosas comunidades de "separados" antes de Jesús. Las había aun en su tiempo. En Egipto florecían los Terapeutas o Curanderos. Muy cerca de él, a orillas del Mar Muerto, los Esenios. Pero había un abismo entre tales asociaciones y la suya: aquellas eran cerradas, sin ligazón con el mundo, mágicas, llenas de misterios y de "juramentos terribles", bien porque, según lo que refieren Filón y Josefo, estuviesen constituidas sobre el modelo de las comunidades órficas y dionisiacas, bien porque se agruparan en ellas sencillamente, como se ha puesto, "fariseos de estricta observancia", según la tradición nacional de los Nazir purificados y de los Nebiin monacales del tiempo de Saul. La comunidad de Jesús era puramente lógica y humana, como todo lo que emanaba de él, y la iniciación estaba en la profundidad, sin complicación.

³⁹ *Apócrifos*, según Orígenes.

carácter religioso: los redactores de los Evangelios no tenían razón alguna para inventarlo, si no se les hubiera impuesto como uno de los hechos que sobrenadaban de la vida de Jesús. Y es testimonio de un singular espíritu de violencia y de acción.

Pero nunca estará de más repetirlo: Si nos es imposible saber con exactitud lo que Jesús hizo y cuáles fueron las iniciativas precisas y las acciones positivas que realizó en el curso de su destino, la sola precisión innegable que poseemos sobre su vida, su condena, nos lo demuestra, en oposición irreductible con el orden establecido. Roma, lo repito una vez más, no había hecho morir a un profeta judío con un suplicio infamante, únicamente porque estuviera en discusión de ideas con sus correligionarios. Hasta en los Evangelios se transparenta claramente el verdadero motivo: "Ha seducido al pueblo". Hasta parece seguro que el Barrabás, a quien Poncio-Pilatos hizo o dejó poner en libertad, en lugar de Jesús, era un zelota, y que el crimen de Jesús fue considerado más grave que el de aquel faccioso.

En todo caso, ésta es la parte de la enseñanza de Jesús, que la Iglesia naciente se preocupó menos de poner en claro, primero, por principio, y después, porque en la época en que aparecieron los Evangelios ella procuraba granjearse, ya lo hemos visto, si no los favores, al menos la neutralidad de la autoridad imperial.

Por otra parte, Pablo implantó perentoriamente principios de esclavitud social absoluta. Sorprende el servilismo integral, la humillación moral que preconizó respecto a los grandes de este mundo: "Sed sumisos a los poderes superiores, porque los poderes superiores han sido instituidos por Dios. Por eso, quien se opone al poder se opone al orden que Dios ha establecido. Los príncipes no son de temer cuando se hacen buenas acciones, porque el príncipe es el ministro de Dios y se aplica sin cesar al empleo del dinero que se le da. Por ello es necesario ser sumisos, no sólo por el temor al castigo, sino también por la conciencia". En otro lugar dice: "Servidores, obedeced a vuestros señores con temor y temblor". Que los esclavos sigan siendo esclavos: "Aquellos que estén bajo el yugo de la servidumbre deben mirar a sus señores como dignos de todo honor". Y en su primera Epístola Católica, Pedro (¿sediciente discípulo y compañero de Jesús!) no se expresa de distinto modo que Pablo respecto a los "príncipes y gobernadores, enviados de parte de Dios para castigar a los que hacen el mal y honrar a los que hacen el bien".

Se creería oír a Bossuet hablando en la irradiación solar de Luis XV, o a cualquier pontífice escarlata ante Felipe II... Y todos esos sonoros predicadores tenían a continuación buen cuidado de lanzarse inofensivos apóstrofes, que parecían audaces a las buenas gentes, contra la vanidad de los bienes de la tierra o el orgullo de los grandes.

Aquí está toda la casuística del Derecho divino del esclavo-súbdito que fue cimentada desde el comienzo, de conformidad, por lo demás, con numerosas recomendaciones y órdenes del Antiguo Testamento, de Moisés a Baruc. La incorporación de los creyentes a la política conservadora con el falaz pretexto de la neutralidad política. El principio espiritual concedido como encima de sus cabezas: la coalición temporal de los directores de la Iglesia y del Estado. El Apóstol de los Gentiles indicaba la vía que había de seguir el supuesto Poder moral y preparaba la alianza del altar y el trono que no será disuelto sino sobre ruinas.

No es, pues, traicionar a Jesús, el eterno traicionado, hacerle decir a Pablo que no tiene nada común con él.

Ni afirmar que el "viejo mundo" que debía acabar, no era a sus ojos más que el mundo inaceptable de los espejismos y de las comedias individuales y públicas.

Ni que la "salvación" a sus ojos no consistía en el reconocimiento del Mesías definitivo lo que no era un acto de fe suplementario exigido por Dios, como el que exigió Moisés cuando alzó la serpiente en el desierto, ni una "prueba", es decir, un nuevo lazo tendido por la divinidad omnipotente a los doloridos, sino el acuerdo de la rectitud interior con la rectitud universal. La substitución del orden de justicia, al "orden" establecido en provecho de las autocracias y las aristocracias.

UNIDAD

La admirable unidad fundamental de toda esta doctrina de Jesús aparece aquí: Individualmente la grandeza y la soberanía espirituales emanan del hombre. Colectivamente, la grandeza y la soberanía sociales deben emanar del conjunto de los hombres. Jesús le dijo al paralítico: Anda, y dijo esto también al pueblo paralítico.

Vino Jesús, magnífico trabajador del buen sentido y de la vida para ayudarnos a descubrir el mundo interior exacto y a destruir el de la apariencia por la unidad de lo verdadero, por el peso de la realidad sobre los ojos: Vino para mostrarnos que las necesidades de la materia animada y pensante forman una gran ley que va contra la opresión social; que la moralidad del sueño es tomar cuerpo; que cuando se ve la verdad, se obra según ella: "Aquel que obra según la verdad, viene a la luz". Se hace lo que se quiere. Clemente de Alejandría refiere esta palabra no consagrada de Jesús: "Soltaos de las cadenas los que lo queréis".

DIOS, EL IDOLO DE LOS IDOLOS

Para ver claramente las leyes de la vida y de las cosas, y los deberes de los hombres entre ellos, y conformarse por la fuerza de la evidencia, hay que echar abajo la ideología ilusoria fabricada por los hombres, por sus sofismas y sus apetitos, que se interpone como una pantalla ante nosotros. Ahí está la salvación y el bautismo del agua cual aquel que empleaba sin duda Juan Zacarías, el otro precursor, no era más que el símbolo de esa limpieza espiritual y moral.

He ahí por qué yo creo elevar un monumento de exactitud y de respeto haciendo de Jesús el maestro casi perfecto de la dura obra de iconoclastas que el espíritu judío esparció por el universo, cuando él mismo fue esparcido por oleadas sucesivas.

La verdadera misión del Hijo del Hombre, Jesús, fue ser un demolidor de ídolos (él, que debía ser convertido en ídolo), y no hay tarea más pura ni empleo más santo a que pudiera dedicar su espíritu y sus manos. "Aquel que ha rescatado las almas arrancándolas de los ídolos, será grande en mi reino". (Actos extracanonicos de Tomás). El hombre honrado debe crear de nuevo sin cesar por la virtud de un acto personal, sus ideas, sus amores y sus creencias; esa revisión grandiosa determina el esfuerzo guerrero, corrector de todas las anomalías.

Hay etapas en la obra de idolatría, herejía espiritual, en las que se condensan y se resuelven todas las grandes crisis, ya sean de orden práctico, ya de orden ideológico. Esa desviación, tan común, que parece una enfermedad normal de la inteligencia, va desde el grosero fetichismo hasta las arquitecturas espirituales más complejas y más sutiles. Consiste en atribuir una realidad aparte a lo que no es más que una creación del pensamiento, como si el pensamiento engendrara hijos o hiciera estatuas -cuando no hace más que actos a los que está mezclado y ligado indisolublemente. Hasta la estatua de origen desconocido que subsiste por encima del polvo de los siglos, representa la traza y la representación de un hombre; no es más que un testimonio que no cambia sino la forma de la materia inmutable. Es una idea implantada por una idea, nada más que una verdad subjetiva. Dios es el ídolo supremo porque está constituido, aparte el engrandecimiento y el perfeccionamiento, como un fetiche.

El Dios de los filósofos es la afirmación desde todo punto ilícita que nuestra noción de infinito o más bien de indefinido hace responder a algo real y distinto. Es una falsificación flagrante del razonamiento: no se puede hacer con una idea un objeto. La figura en mármol del Dios no añade a la gran naturaleza ni un dios ni una piedra; no prueba más que un adorador. Lo mismo puede decirse de la idea del Dios único. Es la expresión de la persona que ex-

presa, pero no añade al mundo una persona. El Dios de los simples proviene de la falsificación de un cálculo de interés. "-Sé probo, sé justo". "-Pero no tengo siempre interés en serlo". "-Sí, porque está ahí Dios, cuyo trabajo consiste precisamente en agregar la medida que falte, y te garantiza la operación. -Acepta el sufrimiento y serás dichoso en el cielo en compensación de lo que sufres. -¿No dejo lo seguro por lo aleatorio al proceder así? -No, porque hay en el cielo un gran transformador que dispondrá realmente las cosas como se te dice". Se instaura a Dios *a priori*. Se prueba el efecto por la causa y la causa por el efecto.

Dios te habla así porque existe, Dios existe puesto que te habla así.

La idea de Dios no es más negable que la materialidad del fetiche. Se prueba cuanto se quiere la imagen de Dios, pero imponer la realidad de Dios es una obra verdadera al ser pensante. Este no puede salir de sí mismo, es decir, del mundo mental y del alcance de sus propios experimentos. Está condenado por su forma a no probar más que lo que está en él mismo, la realidad y la forma creadora de su pensamiento, y no sus creaciones en cuanto cosas. No tiene eficiencia en el mundo fuera de la vía estrecha y rígida de la comprobación. Pero las pruebas que se pretende dar de la existencia de Dios no proceden de la comprobación sino de la pura ideología.

A causa de ese callejón sin salida universal en que se halla cada uno de nosotros, los teólogos echan el descrédito sobre el mecanismo normal del pensamiento, sobre la sanidad de la lógica y la razón, y recurren a la revelación que es, como digo al principio de este estudio, el delirio individual erigido en prueba, el imperialismo morbosos de una afirmación.

Hay que adoptar una decisión. Tenemos dos vías para proceder a la reconstitución por el espíritu de la misteriosa realidad. Hay que determinar por qué lado hemos de ordenar esta realidad única. Hay que elegir entre lo objetivo y lo subjetivo, lo trascendental y lo immanente, el punto de partida Dios, o el punto de partida individuo. De cualquier modo que se las mire, las dos concepciones se diseñan inversamente y se excluyen. No se mezcla una a otra sino por complacencias y sutilezas torpes que no son más que literatura. Es ser ateo divinizar el yo según el procedimiento trivial de los poetas. Esa divinidad no es más que una doradura, un estuco verbal. Cuando dicen: Dios está en mí, dicen: Dios no existe. El mismo panteísmo es, o totalmente humano, o totalmente divino. O bien no es más que un ideal; es decir, en fin de cuentas, una realidad, un epíteto del hombre. Esto es todo; y no hay término medio.

Yo creo que la cuestión ha sido ya juzgada y no hay discusión más que a causa de la supervivencia de los vagidos de la humanidad niña o en razón de cálculos demasiado manifiestos.

En verdad, Dios, que no se ha manifestado jamás, del que no ha existido ni existe prueba alguna y en quien el hombre aparenta creer, no es una realización, es una escapatoria; Dios es una intervención mágica que metamorfosea conclusiones falsas en conclusiones exactas; una beatífica solución totalmente hecha. Un peso abstracto que corresponde a lo que aquí abajo hace falta en la balanza de la justicia: una necesidad del espíritu y del corazón por la que se dice: existe alguien; un nombre propio extraño que se da a la idea de la perfección. Con esa palabra se pretende trocar todas las preguntas humanas en respuestas. Las objeciones insuperables de principio y de hecho con que tropieza la idea de una Providencia terrestre, las resuelve agregando autoritariamente la existencia a las otras propiedades atribuidas a ese "doble" del pensamiento ⁴⁰.

Yo creo que Jesús, que recogió de fuera para ponerlas en el hombre todas las nociones divinas, no había de disponer en el cielo el error que borraba en otra parte, ni de cambiar por el poder imaginario de la imaginación lo abstracto en concreto. Si dejó decir y dijo: Dios; si evocó en cierto modo y en ciertos casos un paraíso, y un infierno exteriores y geográficos (y esto no es seguro) no fue sino para hacerse entender mejor, como cuando hablaba por parábolas, o cuando se dejaba llamar el rey de los judíos (lo mismo que Sócrates se complacía, no sin motivo práctico, en invocar su "demonio") o llamaba a la ignorancia y al mal "satán". En verdad, retiraba de la religión el Dios-mundo, espiritual o panteístico, padre o hermano de las cosas, y no se servía de él sino como de un instrumento soberano para imponer su esbozo ya puesto a punto.

¿Caía también él en la idea corriente de la necesidad de un freno material sobrehumano ficticio, para evitar los extravíos de

⁴⁰ Esta desviación ideológica pertenece al orden de la alucinación y procede, por analogía, de una serie de operaciones ilícitas provocadas en el dominio de las sensaciones por ciertas anomalías fisiológicas. La imagen mental normal que se despierta va del objeto al órgano sensorial y de éste al cerebro. La alucinación proviene, al contrario, de una corriente centrífuga (Baillanger, Hagen, Griesinger, Bergson) que va del cerebro al órgano de los sentidos y proyecta la impresión ilusoria de un objeto. Es, dicen los sabios, "una imagen cerebral exteriorizada". "una sensación de retorno", "una reacción del cerebro sobre el nervio", etc. Esta impresión al revés que saca sus decoraciones del almacén de la memoria" (Binet-Sanglé), es la base fisiológica de la aberración religiosa. La idea de un Dios aparte constituye en la cúspide de ese edificio fisiológico-psicológico, lo que podríamos llamar una alucinación de orden superior, expresión definitiva del delirio de persecución a la vez que deformación suprema, en pleno cielo de la monomanía de grandeza. La Escritura lo declara: "Si tú crees, verás la gloria de Dios". No se puede hablar así más que a locos.

los miembros de la colectividad? Vivía hace mil novecientos años y la conciencia social no existía aún fuera de él...

El esclarecimiento del proceso de la idolatría es de tal importancia que se puede proclamar que esa obra profundizadora de crítica contiene la regeneración y la salvación de la especie humana. Ella permite descubrir la vanidad de las fórmulas consagradas, de las tradiciones admitidas, de los ídolos abstractos, por los que nuestra ilusión se siente ligada, desvelar la espantosa extensión real del campo del formalismo y los estragos hechos por ese creciente cementerio en la construcción teórica y práctica que el género humano ha sobrepuesto a la naturaleza. Abre una vía nueva, a la par, al pensamiento y al destino de los seres vivientes.

Esa vía está totalmente trazada por ese mandamiento definitivo, eclipsador de todos los demás, que asigna a la verdad una fuente humana interior. Más aún que por los demás textos eloquentes que he citado, se muestra por algunas palabras de ese fragmento evangélico apócrifo de cuarenta y dos líneas manuscritas, que los sabios han descubierto en un papiro en el umbral del antiguo desierto de Libia: "El reino de los cielos está dentro de nosotros y aquél que se conozca a sí mismo lo hallará."

LOS PROGRESOS IMPERTURBABLES DEL ORDEN CRISTIANO

La revolución cristiana tuvo un desarrollo rápido y potente. Conquistó Roma y el mundo antiguo. Después penetró y conquistó a los bárbaros.

Pero no nos hagamos ilusiones sobre los caracteres y las condiciones de aquella sedicente revolución.

Observamos los progresos metódicos constantes de la organización de las Iglesias primitivas. Las tentativas de autonomía y de anarquía que se manifestaron en ciertos grupos (como la que tendía a asegurar la preponderancia en cada iglesia de la *inspiración* de los iluminados frente a una regla general (movimiento del que Montano fue el principal instigador y que se ha llamado la anarquía pneumática) no resistieron a la extensión de la disciplina.

La organización de la jerarquía, que se justificó para con los fieles refiriéndose a los primeros apóstoles y sirviéndose de sus personalidades problemáticas para fines políticos, como antes se había utilizado la de Jesús, fue meticulosa y continua. Cada comunidad fue regida por un personal fijo: sacerdotes para lo espiritual, diáconos para lo temporal y la administración. Las querellas de prelación entre sacerdotes y diáconos eran dirimidas por el definitivo predominio del inspector general: el obispo. Desde principios

del siglo II, Ignacio de Antioquía proclamaba que el obispo es el representante de Dios en la Iglesia. "Tened los ojos fijos en el obispo para que Dios os mire", decía. El obispo-monarca era al principio elegido por el pueblo. Pero pronto fue substraído al pueblo ese poder electoral: es la eterna historia de la organización del "orden".

En cuanto al famoso precepto: Mi reino no es de este mundo, y a la interpretación de absoluta neutralidad social que había cuidado de darle, durante el período de constitución primitiva en el que no era invulnerable, la Iglesia, pronto fue desechado por ésta. Como hace constar magistralmente Guignebert, las iglesias crecientes no están aisladas de su medio como pretenden. Viven en él y de él, lo absorben. Los monasterios, sólidas aglomeraciones de propagandistas se implantan y se multiplican.

Desde principios del siglo II, la organización se reforzó singularmente, y "orientó la iglesia hacia la duración". Además, la Iglesia universal -la catolicidad- comenzó a realizarse por la confederación de las Iglesias particulares.

LAS BARRERAS DERRIBADAS. OBSTACULOS INTERIORES

Pero tal desarrollo prosiguió en medio de obstáculos considerables. Dificultades interiores, dificultades exteriores.

En el interior, discusiones interminables y apasionadas surgieron desde el principio por efecto de la incoherencia fundamental de la doctrina cristiana y del carácter repelente de ciertos artículos de fe.

Las interpretaciones personales se esforzaron en resolver las contradicciones intrínsecas. De ahí las herejías (etimológicamente, hereje significa el que escoge). Un haz de sistemas heréticos marcó, pues, los comienzos cristianos. Algunos de aquellos arreglos eran más sencillos y más sensatos que la fórmula definitivamente adoptada. El marcionismo, el maniqueísmo, y más tarde, el arrianismo, el nestorianismo, el eutequeísmo, tenían al menos el mérito de eliminar uno o varios de los absurdos fundamentales del dogma consagrado.

Los dos mayores absurdos de la doctrina cristiana ⁴¹. absurdos irreductibles y constitucionales, si se puede decir así, son la impo-

⁴¹ Las religiones dualistas, como el maniqueísmo, imitación del mazdeísmo persa, son las únicas cuya trama fundamental presenta una apariencia de buen sentido. Podemos prever, sin ser grandes profetas, que algún día se nos aportará una resurrección puesta nuevamente de moda. Esas religiones se equilibran filosófica y moralmente merced a su doble base contrastada. Poseen, se podría decir, los dos

sibilidad de conciliar la Unidad divina y la Trinidad, y después, la incompatibilidad del mal con un Dios bueno anterior a todas las cosas y creador de todas las cosas. El problema del mal es la piedra con que tropiezan todas las religiones y todas las filosofías que parten de un Principio supremo perfecto y es particularmente grave para el cristianismo del que forma la misma sustancia. Todas las grandes herejías, desde los gnosticismos hasta el origenismo y el maniqueísmo, son tentativas "locas" para resolver el problema del mal, ya admitiendo el dualismo de dos principios coeternos: Dios y la Materia Prima (según el platonismo y el peripatetismo) o el Bien y el Mal (maniqueísmo y sus sucedáneos); ya multiplicando entre el Altísimo y la criatura los intermediarios responsables de las imperfecciones (gnósticos).

La primera edad de la Iglesia fue igualmente perturbada por querellas de preponderancia personal. Pablo, desde su prisión de Efeso, se quejaba ya de los disentimientos que separaban a los dos directores.

Igualmente se ve proseguir, desde el siglo II, el establecimiento gradual y la unificación del orden cristiano. A la institución de los principales sacramentos se agrega la del catecúmeno -curso regular de instrucción cristiana para los candidatos al bautismo. La educación metódica reemplazó así a la inspiración individual o a la instrucción más o menos aventurada que los primeros fieles adquirían aprendiendo de memoria cortos preceptos (el Símbolo de los apóstoles es uno de los preceptos arcaicos que han llegado hasta nosotros).

Así, pues, la Iglesia prosiguió imperturbablemente y sin cesar su unidad interior.

OBSTACULOS EXTERIORES

No hubo de vencer la Iglesia los peligros suscitados por la oscuridad y las contradicciones del dogma. Tuvo que hacer frente a dificultades y amenazas más graves todavía.

Tales obstáculos provenían de la posición tomada por la Iglesia con relación al Estado, es decir, a Roma.

A pesar de las concesiones de Pablo y de los primeros apóstoles helenizantes (los apóstoles palestinos deben ser considerados

pies necesarios para tenerse de pie. El cristianismo ha tomado del Principio del Mal mazdeo su Espíritu del mal, Satán. Pero Satán es un resto atrofiado, inconsistente y desarraigado de Angromainyus, el dios persa del mal; Satán está sometido al cetro de Dios, lo que hace de él una entidad absolutamente absurda que complica el problema del mal sin resolver nada.

como legendarios) y sus esfuerzos desesperados para suavizar asperezas, mostrarse sumisos al poder y hasta argüir sus afinidades con el judaísmo puro, las primeras manifestaciones del cristianismo encontraron una oposición oficial considerable.

Es posible que se haya exagerado esta oposición respecto del período primitivo. Es probable también que no se ejerciera más que contra una minoría de exaltados y de extremistas, y tal vez seguidos con ciertos agitadores ⁴² y con un conjunto más "prudente" de fieles.

Está comprobado, sin embargo, que los cristianos fueron vistos con malos ojos en los medios bien pensantes. ¿A qué motivos se imputa tal desconsideración? Los cristianos formaban, se dice, asociaciones clandestinas, su religión era misteriosa, cerrada, exclusiva. Tenían reuniones secretas. En la vida pública rehusaban tomar las armas y participar en las funciones cívicas.

Es muy probable que representaran más de una vez en aquella época el papel de burros de carga. Se les cargó de calumnias que habían sido emitidas ya antes y que debían ser repetidas abundantemente más tarde contra los judíos: degüellos rituales de niños, complots contra el Estado... Se les acusó del incendio de Roma, a mitad del siglo I. Hasta se pretende que fueron considerados como ilegales en el primer período de su formación (bajo Nerón -54-68-, cuando no eran más que un menguado grupo que apenas contaba con probabilidades de desarrollarse); y que en la práctica ocurría "como si el simple hecho de declararse cristiano supusiera crímenes y delitos merecedores de la muerte". Si los acusados abjuraban, se retiraba la acusación.

En tales condiciones, parece a primera vista extraño que el cristianismo pudiera desarrollar, como lo hizo, con tan potente regularidad, su organización y su empresa.

Por otra parte, no deja de sorprender el hecho de que los primeros cristianos no lograran hacer valer en el mundo culto antiguo las bellas fases de su ideal, la moralidad real de su actitud y de sus intenciones.

Descartando los extravíos posibles de algunos fanáticos escandalosos, los cristianos contrastaban evidentemente por la sencillez y la elevación de sus costumbres con la generalidad de sus contemporáneos. Aquella reprobación desencadenada contra gentes honestas es sorprendente y aún desconcertante.

⁴² No se puede menos que sentirse un poco turbados por ciertas confesiones bastante mal disfrazadas que aparecen en los *Actos de los Apóstoles*. Principalmente por el episodio de Ananías y de Saffira, que sucesivamente fueron muertos ante Pedro, y cuyos cadáveres hubo que arrastrar afuera, porque aquellos ricos no se mostraban bastante generosos para con la Iglesia. ¿Qué pueden pensar de tal historia los que no la lean con los ojos de la Fe?

No nos atengamos a la suposición de que a los greco-romanos les chocaran las oscuridades de las nuevas creencias y la milagrosa absurdidad cristiana. Roma era la ciudad del Panteón, donde todos los dioses de todas las razas tenían albergue común. Más aún que sus predecesores, los romanos de los siglos I y II estaban habituados a oír las más variadas divagaciones filosóficas, y completamente accesibles a la noción de lo maravilloso, no se asombraban de ningún prodigio. Hasta hubo bajo los Antoninos una extraordinaria ola de credulidad y superstición que ofrecía una semejanza de familia tan caracterizada con el cristianismo. Estos hechos no suscitaron nunca por parte de la misma sociedad el descrédito enorme que echó sobre los cristianos. Hombres de muy moderado carácter y de elevado espíritu, como Tácito y Dion Casio, los asimilaron netamente a los malhechores.

Los historiadores modernos no han investigado suficiente las causas de aquella enorme injusticia de la opinión pública romana. Evidentemente hubo *algo distinto* de lo que se dice corrientemente respecto de aquella doctrina, que en los términos en que la expuso Pablo, su primer heraldo titular, no tenía de subversiva más que la creencia en la resurrección de los muertos; algo bastante fuerte para hacer comprensibles la torva prevención de los centuriones y de los jueces y la violenta repulsión de las clases selectas.

Plantea, pues, un verdadero enigma los progresos continuos y rápidos, en tales circunstancias, de la organización y la difusión de la Iglesia: dividida, infamada y odiada.

Los cristianos explican tal triunfo, sobre y contra todos, por el *deus ex machina*, y lo consideran como un milagro.

Los historiadores positivos se ven más embarazados ante un fenómeno que, en efecto, tiene las trazas de un milagro. Tienden a explicarlo por la dispersión definitiva de los judíos en el siglo II; por la decadencia de Roma, cuyos primeros síntomas se hicieron sentir durante el crecimiento de la Iglesia (el Imperio Romano de Occidente debía derrumbarse en el siglo V). Hacen notar también que en el siglo I las religiones consagradas eran demasiado mediores (comprendida la religión del Estado que intentó restaurar Augusto) como para no caer en quiebra; que la tentativa de Juliano el Apóstata en favor de una refundición organizada del paganismo, de una ortodoxia helenista, llegó demasiado tarde y fue demasiado pronto interrumpida por su muerte; que los panegiristas de la tradición -Porfirio, Procolo- eran difusos y de una valía secundaria; en fin, que el cristianismo, a pesar de sus defectos, tenía la ventaja de presentar una hábil síntesis de lo que había de esencial y de vivo -al menos, de lo que podía pasar por tal- en las religiones que habían reinado hasta entonces y vegetaban aún en torno de él.

Todas estas explicaciones son insuficientes. Hay que aducir una razón más efectiva y más compacta del increíble triunfo cristiano.

Esa razón, que la crítica no ha puesto todavía en su lugar, es que el cristianismo tenía la fuerza de un gran impulso popular y que arraigó en las masas.

Se enraizó en ellas después de los Evangelios y entonces tomó realmente amplitud y dejó de ser una secta parecida a tantas otras y que sólo llamaba la atención por los actos detonantes de algunos celadores.

La oposición de los judíos había obligado ya a los primeros directores cristianos a evolucionar en el sentido antijudío y xenófilo.

Las probabilidades de extensión que encontraron en tal vía reforzaron aquel carácter de neo-judaísmo de los gentiles. Lo mismo ocurrió en lo concerniente a las diversas capas sociales. Los apóstoles de Grecia, de Asia y de Roma comprendieron quizá desde el principio qué recursos podían encontrar en las masas, pero fueron inducidos a descubrir tales perspectivas y a dirigirse en tal sentido por la irreductibilidad del poder y la indiferencia desdeñosa con que fueron mirados desde luego por las personas de cultura refinada. Tal desdén se refleja en los *Actos*, que nos muestran a "los jefes de la raza sacerdotal y a los senadores de Israel", llenos de asombro ante la audacia de Pedro y de Juan, que sabían que eran hombres sin letras y del común. Los apóstoles comprendieron pronto que no tenían probabilidades de propagar su palabra más que en la multitud.

En resumen, hubo razones que orientaron a los directores cristianos hacia el pueblo; sus orígenes, sus afinidades personales, la influencia confusa y latente que ejerció en su recuerdo el Jesús real. Pero desde el principio del movimiento, no pudo marcarse tal tendencia; no fue en modo alguno buscada por los organizadores - al contrario-, y de hecho muchas personas "de calidad" se adhirieron, al parecer, a la nueva secta. Fueron las leyes sociales y económicas las que suscitaron, acentuaron e impusieron tal carácter histórico. El esfuerzo de los hombres debía ser compelido -como ha ocurrido siempre aquí abajo en las grandes empresas- por la impulsión de las circunstancias y las pronunciadas declividades de la realidad concreta.

SON LOS POBRES LOS QUE HAN EDIFICADO LA IGLESIA

Fue ese elemento de extensión y de profundidad el que dio a la Iglesia la potencia precisa para resistir a un mundo de hostilidades y crecer, a pesar de sus taras, sus disputas, sus incompatibilidades con la sociedad culta ambiente y sus choques con la autoridad constituida.

El pueblo se preocupa poco de la complejidad de los dogmas. Pero se deja coger por una fórmula sencilla, por una consigna clara y rotunda.

Ha habido en la historia de los hombres innumerables religiones que no fueron más que lotes escogidos de una cadena no interrumpida de iniciados, seguidos por cortejos más sensibles al continente que al contenido del culto.

Ha habido dos o tres, que fueron muy grandes por haber tocado el corazón de las multitudes con un rayo de sencillez.

La religión cristiana se parecía a todas las demás religiones, y era muy natural que así fuese: estaba compuesta con retazos metódicamente recortados de la generalidad de ellas. Pero sobre tal revoltijo se destacaba, por obra de los Evangelios, algo vivo y sangrante: un Dios que no era más que un pobre hombre.

Aquel pobre hombre divino había sido, según se contaba, víctima de su amor a los pobres y de su odio a los ricos, a los poderosos y a los sacerdotes. No hubo más que eso, durante el siglo I, en el cristianismo, porque los que lo abrazaron, en gran número, no vieron más que eso.

Fue la sola figura del Jesús humano de los Evangelios la que produjo la inmensa transformación. Fue a causa de la humanidad personal de Jesús, por encima de todas las demás razones, por lo que el cristianismo llegó a ser bien pronto inconmensurable con el judaísmo del Templo, y se desarrolló luego por la fuerza adquirida, hasta el punto de abarcar con su influencia profunda la tercera parte de los espacios habitados y el tercio de las épocas históricas. Tal aportación fue la piedra de que habla la Escritura "la piedra que fue despreciada por los constructores y que ha devenido la piedra angular" y "una cosa maravillosa a los ojos de los hombres".

La nueva fe fue amada por los desposeídos. El espanto continuo que caía de las cumbres del Antiguo Testamento no habría suscitado hasta tal punto la emoción del pueblo, ni tampoco la teología pauliana de substitución de los gritos inaccesibles por la compleja escolástica inflamada, aunque ésta tendía metódicamente a alimentar a las multitudes con la esperanza del más allá. La imagen humana e inclinada de Jesús realizó el milagro de los tiempos. El Jesús histórico hizo palpar en cada cual el sistema celestial y mágico de la Redención. Las otras religiones decían: estáis cerca del dios; esta decía: el dios está cerca de vosotros. Un dios acosado, golpeado, asesinado -el horror, y las entrañas de su suplicio, su miserable cuerpo desgarrado y golpeado-; un dios

semejante a nosotros. La mayor originalidad del cristianismo es, sin duda, haber permitido esa confusión sublime. La candidez popular no comprendió que tal concepción no resiste el análisis reflexivo, que toda esa belleza no es más que apariencia, puesto que está erigida sobre una ilusión, y, aun admitiendo que sea verdadera, que no se puede hablar seriamente de sacrificios y sufrimientos de un Dios que va y viene de su trono a la tierra, ni atribuir las supremas majestades de la muerte al suicidio providencial de un Cristo. El hombre divinamente hombre dio cuerpo a la teoría fugitiva del "Rescate", que, en verdad, no tiene el menor sentido. La persona de aquel semejante, surgiendo tan cerca, impidió que se advirtiera hasta qué punto el amor del hombre a Dios es un sentimiento contra natura. Y una probabilidad de justicia brilló inmediatamente sobre la tierra para el hombre manejado y aprisionado por el hombre.

Aun a través del comentario, convertido en verdad consagrada, se alzaba a la vista de todos aquella mezcla tan patética, tan semejante del vencido y de Dios, aquella unión en sencillez por la vida y por el sufrimiento, entre el más humilde y el más grande, hermanos por la forma; la única buena nueva que el instinto humano destacó, la obra del "Hijo del Hombre".

Se puede decir que ha sido aquel germen sangrante el que ha mantenido luego en el cristianismo transformado ese elemento de fervor, de misticismo (empleando esta palabra en el sentido de impulsión palpitante y deslumbrada), que ha sido su coloración pasional.

Este antropomorfismo no tiene nada que ver con el del paganismo. En el hombre-dios, los griegos no discernían más que el dios; el pueblo no distinguía más que el hombre. La ola de fondo del cristianismo proletario encerraba algo del universalismo judío; no lo bastante, sin embargo, para abatir en la misma Judea la ortodoxia mosaísta.

Los desheredados, personalmente designados y preferidos por el pasajero extraordinario que detestaba a sus verdugos, imaginando en una tierna locura que aquel Dios se proyectaba de abajo hacia arriba, se figuraron que aquella religión era su religión, y ella les iluminó el corazón y el cerebro; y he aquí por qué la persecución no hizo más que fortalecerla y multiplicarla. Fue un movimiento de masas, una obra, no de nacionalidad, sino de clases. Es el proletariado internacional el que ha dado la vida triunfante a la obra cristiana, después de haberla comprendido y abrazado a su manera, profundamente. Hizo de la llaga social un grito, recogió todas las reivindicaciones de los explotados para ponerlas frente al sistema romano, república de aristócratas y de una selección de beneficiarios, con su democratismo hueco, verbal,

aparente e hipócrita, que, a pesar de la logomaquia de los tribunos y de las inscripciones, no había hecho jamás nada por la multitud.

Una vez más se confirmó la observación resaltante en todas las crisis romanas: lo grande procede siempre de abajo. El primer motor es una individualidad, porque hace falta un comienzo, una idea centralizadora y una palabra propulsora, pero es la multitud la que, después de haber obedecido a la impulsión (y a veces de haberla inspirado), edifica todos los monumentos, como hace el pan y hasta el trigo. El pueblo es tan puro y simplista como fuerte. Cuando cree ver, con razón o sin ella, revelarse un principio a su medida, le da su vida, que es tan inagotable como la de la tierra nutridora y la del mar o la electricidad dispersa.

Tal virtud humana fue más milagrosa que los milagros que han sostenido y propagado un código con sus alas materiales. Es tan rudimentaria en su grandeza como la fórmula del deísmo escueto que debía crear la increíble gloria de la religión nacida quinientos años más tarde en el mundo oriental: el Islam ⁴³.

Y esto explica el desprecio, la hostilidad y la violencia que chocaron en vano con la fuerza cristiana.

El haber aparecido en aquel momento de las edades como el desquite de los despojados y los oprimidos, concitó contra la fe naciente la reprobación de los medios cultos que, obedeciendo, ante todo y siempre a un espíritu de clase, tienen horror, y también temor, al vasto pueblo.

Esto se ve netamente a través del odio de un Celso, uno de cuyos cargos contra los cristianos es que éstos "son reclutados entre las almas viles: los esclavos, las mujeres, los niños". Hasta en nuestro tiempo, los historiadores sabios y objetivos no pueden menos de hablar con cierto desdén de "aquella religión de zapateros de viejo y de jornaleros", "de esclavos y de desgraciados".

Para los medios bien pensantes, el pueblo, en cuanto deja de ser el rebaño, se trueca en el populacho y la canalla. En 1918, cuando temían el retorno vengador de los antiguos combatientes, los buenos burgueses decían: "la muralla de las trincheras".

Se advierte en esto el enloquecimiento del pánico contrarrevolucionario, el deseo frenético, con frecuencia casi inconsciente, de desembarazarse por todos los medios de los voceros de la confusa y pavorosa multitud.

Ese odio de clases estaba justificado en la segunda manifestación del cristianismo, en la que éste se volvió jesuista, y en la que Jesús recobró vida, bajo la envoltura del aparato litúrgico. El

⁴³ Se puede aventurar que la idea constitutiva del judaísmo fue la justicia; del brahmanismo, la piedad; del mazdeísmo, el contraste; del helenismo, la armonía; del cristianismo, la vida futura; del islamismo, Dios.

empuje de los adherentes proletarios hizo resaltar forzosamente la noción de la justicia furiosa, del derecho de las masas a la vida, del terrible nivel de igualdad que trastornaba los principios de la pseudo sabiduría de los griegos y los romanos y su falaz liberalismo.

Sólo por esa razón de conservación social, el poder romano, que tenía por norma no inmiscuirse en las cuestiones puramente religiosas, se ensañó contra los cristianos, y por la misma razón los emperadores, considerados como los más morales y más "patriotas", fueron los más encarnizados perseguidores de aquellos "anarquistas".

Fortalecido con el vigor popular, el cristianismo tuvo reservas profundas de aliento vital, que permitieron a sus directores continuar el avance, paso a paso, a través de todas las vicisitudes y a pesar de las inconsecuencias y las torpezas, que hubieran disuelto una institución menos ampliamente asentada.

A principios del siglo IV, después del fracaso de la persecución de Diocleciano, el Estado hubo de comprender que los cristianos "eran ya demasiado numerosos para dar fin de ellos por la violencia"; lo que significa claramente que el cristianismo se había posesionado de la masa profunda.

Muchos siglos más tarde fue el mismo impulso de abajo el que transformó en una amplia revolución las reformas anodinas, respetuosas y superficiales que estaban inscritas en los programas de los Estados Generales de 1789. La cólera y la agitación de los arrabales y de los campos dieron a aquel movimiento una magnífica amplitud histórica.

LA TRAICION DE LA IGLESIA

Pero la Revolución Francesa fue en definitiva un engaño para el pueblo. Sustituyó una aristocracia nueva a la vieja aristocracia, en el marco de un régimen democrático, que es, sobre poco más o menos, un *revival* del antiguo régimen. La burguesía, en cuanto clase dirigente, de la Revolución Francesa, no ha pagado la participación popular en el cambio político, sino en el plano de la retórica, y no la ha conservado, por una irrisión que en nuestros días se hace ostensible hasta en las paredes, más que como un argumento decorativo para su obra reaccionaria.

Fue la reproducción de lo que había pasado con el cristianismo.

A medida que éste se reforzaba, se hacía más prudente en las alturas. En otros términos, renunciaba a sí mismo. Después de

haber salido por un instante del formulario fúnebre y místico de Pablo, con la imagen y el impulso del dios pobre y mártir, volvió a encerrarse en él. Todos sus caracteres revolucionarios, que habían sido la causa eficiente de su crecimiento, entre el estupor y las repulsas del viejo Imperium, desaparecieron poco a poco.

Desaparecieron hasta el punto de que la Iglesia llegó a ser pronto un principio de orden establecido, una garantía contra los extravíos y las veleidades del espíritu de emancipación, una obra permanente de contra-revolución y de conservación social.

En el 311, la Iglesia recabó un Edicto de tolerancia del emperador Galerio. En el 313, por el Edicto de Milán, Constantino la instituyó religión única del Estado.

Los directores de la Iglesia habían llegado a su meta. Y no tenían necesidad del pueblo, y lo rechazaron totalmente.

Por otra parte, no se entendían con él desde mucho tiempo atrás. "Desde hacía mucho tiempo, el cristianismo no era más que una religión de zapateros remendones y de jornaleros, de esclavos y de desgraciados". La Iglesia había transferido su esperanza escatológica -su objeto social- del plano económico y social al plano celeste y divino, conforme con el paulianismo antes de la intrusión del Jesús evangélico popular; o al menos tal era la tesis por la que su propaganda disimulaba un plan personal de dominio. La táctica cristiana era implantar bien la religión en el reino de los muertos para que no se pudiera desarraigar del reino de la vida. Los cristianos son suicidas.

Ya no se trataba de substraerse al servicio militar, ni del internacionalismo. La Iglesia rechazó definitivamente a Jesús.

El papel de la Iglesia cristiana, papel conforme con el de todas las religiones humanas constituidas, fue desde entonces hacer callar a los pobres. Se revolvió contra ellos y se les impuso por medio de las fuerzas del Estado, que había adquirido por ellos.

El cristianismo había obtenido el poder antes de traicionar a las masas. Y luego lo conservó por otras vías.

He aquí por qué no hay que hablar de revolución cristiana. La revolución cristiana fue demasiado momentánea y demasiado ilusoria para ser digna de tal nombre. No fue más que un medio para asentar en las alturas del mundo una organización tan tradicionalista como las otras.

No hay que hablar tampoco de victoria. El cristianismo no venció al imperio romano. Lo reemplazó, imitándolo servilmente. Lejos de transformar el mundo greco-romano, fue transformado por él. Lo que quedó fue una continuación del imperio romano, no el cristianismo original popular.

De igual suerte que Alejandro no triunfó en realidad de los persas, sino que fue absorbido y forjado por el vasto despotismo oriental; lo mismo que Roma no asimiló los griegos, sino que fue

asimilada a ellos; así como más tarde, los bárbaros y luego los mongoles no invadieron el occidente y el oriente, sino para hacerse sus súbditos, el Orden y el Derecho Romanos, vencidos históricamente, fueron de hecho, los vencedores. No hicieron más que ceder su puesto a un poder totalmente modelado a su imagen.

"La Iglesia -ha dicho uno de los mejores historiadores del cristianismo- era una apariencia del imperio Romano, antes de ser su heredera".

Estas observaciones nos permiten oponer en su punto la tesis de las divergencias supuestamente irreductibles que separan el espíritu antiguo, dicho de otro modo el helenismo y el cristianismo.

"No es posible -dice L. Rougier- concebir dos sensibilidades, dos ópticas del mundo y de la vida, dos jerarquías de valores más antitéticas, como las del helenismo, y, por otra parte, las del judaísmo y el cristianismo".

"Judíos y cristianos -dijo Enrique Heine- son para mí términos completamente similares por oposición a los helenos"; y Enrique Heine dividía a los hombres en nazarenos y helenos.

Tales afirmaciones corresponden a la teoría abstracta, no a la realidad. Es posible que, investigando en sus principios rigurosos las fórmulas constitutivas de cada una de las doctrinas morales e ideológicas en cuestión, se llegue a descubrir incompatibilidades; pero es muy distinto si se confronta el mundo helénico con el mundo cristiano. Para apreciar un sistema, hay que examinarlo en su vida, y no en su letra ni aun en su espíritu. En general, las tesis que acabo de enunciar están basadas en definiciones ideales, según las cuales el pensamiento griego y latino representaba la razón humana y el pensamiento cristiano el corazón humano. En realidad, éstas son paradojas.

Realmente, no hay contraste más que entre el judaísmo, por una parte, y el helenismo y el cristianismo, por otra.

El cristianismo tiene, ya lo hemos visto, la marca de fábrica griega. Cuando nació, era una reacción del orden pagano contra el judaísmo. Pero se invistió casi exclusivamente de espíritu judaico durante un cierto tiempo: el período en que reinó la imagen del Jesús proletario, aquel período, aunque fue el del desenvolvimiento vivo, fue corto, y todo el movimiento se desorientó, una vez obtenido el resultado. La aportación del Jesús-hombre ha desaparecido del cristianismo. Jesús sólo sobrevino accidentalmente, pues no figuraba todavía en el plan primitivo de San Pablo. Después, fue un extraño en el cristianismo.

Mas no se puede sostener seriamente que cuando la Iglesia, jerarquizada, disciplinada, despótica e implacable, desempeñó su papel político, substituyendo a la autoridad imperial, ello fuera un triunfo del corazón sobre la razón. Fue única y exclusivamente el

triunfo de una organización nueva sobre una organización envejecida y disgregada, teniendo las dos los mismos principios y representando ambas con el mismo título el orden aristocrático establecido, al mismo tiempo que el odio y el miedo a la multitud. Las dos parecidas.

Devenida cada vez más poderosa, la Iglesia consolidó de siglo en siglo, en el sentido reaccionario y tiránico, en contacto estrecho con la "sabiduría" helénica y el derecho romano, el edificio doctrinal del que Pablo fue el primer pontífice.

Camilo Julián, académico católico, da una nota justa cuando escribe: "Si somos cristianos, si hemos de atenernos a este nombre como a una fórmula de salvación, es porque representa, con todo lo que los sueños galileos inculcaron en la conciencia humana, todas las lecciones que los filósofos antiguos han dejado en él" ⁴⁴.

LA IGLESIA TRIUNFANTE

Después, la Iglesia no ha sido un poder espiritual, sino a medida que ha sido un instrumento de sumisión de los hombres a los poderosos. Ha suministrado pretextos aparatosos y justificaciones; es decir, armas, a las tiranías coronadas. Ha sido ella misma una de esas tiranías. A pesar de sus pomposas declamaciones, ejerció el poder temporal. El obispo de Roma fue un príncipe italiano en guerra con los otros príncipes, un monarca en el mismo grado que el emperador de Alemania, su enemigo titular. Ha santificado los nacionalismos, que se copian uno a otro.

Un escritor del siglo XV -¿fue Ulrico de Hutten, fue el gran Erasmo?- evocó en el *Julius Exclusus* al más resplandeciente de los pontífices, el que entró en Bolonia en triunfador como César: el papa Julio II, excluido del umbral del paraíso, a pesar de su tiara con tres coronas y a causa de su tiara: "Tú has sido el soberano de la Iglesia y no su servidor", le dijo el portero del paraíso.

⁴⁴ Los 5 cardenales, los 20 arzobispos y los 91 obispos que componen el episcopado francés, escriben en su comentario altamente aprobatorio de la condenación por el Papa de *L'Action Française*, que "esa escuela"... "profesó un nacionalismo integral que no es en el fondo más que una concepción pagana de la Ciudad y del Estado, donde la Iglesia no tiene puesto, sino como sostén del orden, y no como organismo divino, encargado de dirigir las almas hacia su fin sobrenatural".

¿Qué inferir de este lenguaje, al menos extraño por parte de un poder que desde hace dos mil años no ha dado otra misión a la Iglesia que ser un sostén del orden, qué inferir, sino que el crimen de *L'Action Française* es, sobre todo, proclamar francamente una verdad?

Desde sus comienzos, el poder cristiano consagró la esclavitud. Los primeros emperadores cristianos (que no suprimieron los juegos del circo) agravaron la situación del esclavo, que había sido suavizada por los emperadores paganos. Constantino, Honorio y Arcadio derogaron las leyes humanitarias de Trajano y de Antonio sobre la condición de los esclavos. Y la historia nos enseña que la Iglesia fue la última en emancipar a sus esclavos y sus siervos.

El cristianismo, una vez llegado a su poderío, representa como un mecanismo doctrinal extremadamente complicado, que, independientemente de los sublevantes artículos de fe que impone, es más fanático y más formalista que el propio mosaísmo. Presenta el formidable y odioso aire de familia que hay entre todas las grandes potencias religiosas, pero se distingue entre todos los cultos por sus complacencias y sus corrupciones.

Es una religión amenazadora, de encadenamientos escénicos, de rencores eternos, de castigos desproporcionados y locos, con la perennidad monstruosa de sus suplicios (la eternidad de las venganzas celestiales hace odioso el infinito de Dios), su predestinación, su gracia despótica; hasta el mismo libre albedrío es una cadena. Una religión con decoraciones de espantajos, rebosante de música, de incienso, de ceremonias y de figuraciones, administradora despótica de la augusta extensión de la muerte, que se despliega con su burocracia flamante, su jerarquía de las mil y una noches, su corte y su emperador romano, y su Dios único, que ni siquiera es internacional. Se parece, más que Jerusalén y que Roma, a la gran Prostituta, que el hombre de Patmos divisó sobre las Aguas.

Ha hecho mucho más mal que bien, aunque, dueña de la opinión durante quince siglos, apoderándose de los espíritus, como se apodera de las almas y de los cuerpos, haya aumentado desmesuradamente el bien y ocultado o disfrazado el mal ⁴⁵.

Ha torturado y dado muerte por multitudes a sus adversarios - con el refinamiento de hipocresía que en verdad abofetea a los puros creyentes, de no ejecutarlos ella misma, por la razón de que "la Santa Iglesia no vierte sangre".

⁴⁵ No hay tiranía, por cruel y nefasta que sea, que no ofrezca en el conjunto algunos rasgos por los cuales se la pueda loar. Todo mal estado de cosas, hasta toda catástrofe, tiene alguna fase buena. De la peor eventualidad se puede sacar algo provechoso. Son sólo excepciones miserables e ínfimas, respecto del mal realizado, las que la Iglesia cristiana ha explotado para hacer el panegírico de su obra. Para no poner más que un ejemplo: aquellas matanzas, aquellas carnicerías que fueron las Cruzadas, que asolaron la superficie del mundo durante dos siglos, dilapidando tantas existencias, tantas energías, tantos tesoros espirituales y materiales, fueron beneficiosas, nos dice la historia oficial, hermana de la historia sagrada, porque hicieron conocer el Oriente al Occidente. En verdad, los pusieron en contacto; pero, ¿no era preferible a aquél cualquier otro medio de interpenetración? ¿No habría hecho más bien y menos mal otra organización que la que ha regido la cristiandad con tan lúgubre duración?

Ha llevado su imperialismo a las cinco partes del mundo, las que ha transformado por una colonización espiritual parecida a la otra. No hay memoria humana que pueda retener los sangrientos anales de la evangelización. Ha creado el Peligro Amarillo, en la misma medida en que creó el peligro Blanco, y los sólidos odios orientales.

Ha hecho por su cuenta o ha aconsejado, ayudado y justificado innumerables guerras. Ha lanzado los países unos contra otros, y aún también a los habitantes de un mismo país. Ha fabricado teorías divinas de la guerra, arrastrada por sus oficios terrestres y su complicidad con los poderes políticos.

¿Hay necesidad de proclamar la quiebra total y rotunda del catolicismo en la guerra de 1914?

En esa memorable ocasión los cleros nacionales abrazaron imperturbablemente la causa del militarismo. En las catedrales resonaron las más violentas y sanguinarias excitaciones bélicas. Los ilustres portadores de hábitos negros o blancos: curas, obispos, arzobispos, cardenales o frailes tuvieron a mucha honra predicar el odio y la muerte del vecino. Un mes antes de la guerra, el abate Desers, por orden de monseñor Amette, falsificó el catecismo en París, poniendo imprudentemente la mano sobre el mismo Decálogo para sacar un argumento nacionalista.

La Iglesia se lo ha quitado todo a los pobres que le dieron la vida. El gran Parásito les grita desde lo alto de sus altares constelados: "¡No os mováis! ¡Y, por vuestro bien, sufrid lo más posible en esta vida!".

Su glorificación de la pobreza no es más que el golpe de gracia a la belleza. No hace brillar ante los ojos del conjunto de los hombres más que las solas virtudes que los rebajan y encadenan: Humildad, Continencia, Pobreza-despojo.

"Hace falta una religión para el pueblo". Fue Cicerón, brillante retórico y falso gran hombre entre los más falsos, el primero en emitir ese aforismo que tantos humanistas y aun escépticos, como Renán ⁴⁶ han osado repetir después. Gesto de preservación social demasiado grosero y, respecto de la multitud que lleva la civilización sobre sus espaldas, blasfemia que no puede emanar sino de cínicos calculadores o de intelectuales nebulosos que no hayan sondeado jamás la profundidad del proletariado. Ese mandamiento lo cumple, por el observantismo y el cultivo de la igno-

⁴⁶ Había que dar al traste con esa especie de semi-fe, de culto laico, profesada por muchas personas que se dicen desprendidas de las preocupaciones religiosas y se muestran como "admiradores" del Jesús ortodoxo. Ellas han fabricado para su uso, con la aventura tradicional del Cristo, una especie de cuento de hadas sentimental que apoyan a tontas y a locas con algunas citas y del que deducen aproximadamente completo de espíritu crítico y hasta de unidad no son sino mediocres reflejos de la fe integral de la que toman casi todos los prejuicios.

rancia, la Iglesia que fijó su origen como causa de perdición del deseo de saber.

Demolió y destruyó los monumentos anteriores, monumentos de piedra y monumentos de escritura. Los monasterios han sido talleres de falsificación y de disimulación de las obras del espíritu. Persiguió las iniciativas del entendimiento humano rebelde, en todas las vías en las que esas iniciativas se mostraron, por temor orgánico a la novedad y a la luz.

Constantino, inmediatamente después del Concilio de Nicea, en 325, y Teodosio II y Valentino III, un siglo más tarde, prescribieron "la destrucción de todo escrito susceptible de excitar la cólera divina y herir las almas. En 359, destrucción por los cristianos del Serapeum y la inmensa biblioteca de Alejandría. En 415, muerte de la bella y noble Hipatía. En 519, clausura de la Escuela de Atenas. Tales fueron los comienzos de una era de ruinas. Después, la Iglesia quemó y ahogó a los innovadores de todo linaje, forzó a los Galileos a retractarse de la verdad, a los Copérnicos a no publicar sus descubrimientos durante su vida, y a tantos otros a no revelarse.

La Iglesia implantó la intolerancia en la ley. No sólo la intolerancia aplicada a las prácticas, a las obligaciones del culto, a los deberes individuales o sociales, sino la intolerancia aplicada a las ideas. Fue la Iglesia cristiana la que tuvo la iniciativa de imponer a los ciudadanos convicciones filosóficas, científicas e históricas determinadas, una óptica intelectual inmutable. Y esas concepciones son, por otra parte, las más absurdas, las más infantiles, las más quiméricas que han sido puestas frente a los hombres -sin contar su inmoralidad y su nocividad-. En Roma se podía formar parte del Colegio de los Pontífices o de los Augures y discutir tranquilamente, como Cicerón, sobre la existencia de Dios o el valor de las adivinaciones. "Vosotros, paganos, no castigáis más que los crímenes cometidos, entre nosotros hasta el pensamiento es un pecado". Al citar esta frase del interlocutor cristiano del *Octavius*, de Mauricio Félix, L. Rougier escribe: "¡He aquí lanzada la gran palabra! El paganismo había ignorado el delito de opinión... el cristianismo llenó esa laguna" ⁴⁷.

⁴⁷ Se dirá que aquella época de ignorancia a martillazos terminó. ¿Se ha olvidado la oposición que las teorías científicas demostrativas de que la creación del mundo era anterior al año 4138, antes de J. C., han encontrado en el siglo XIX con la connivencia de la generalidad de los grandes sabios oficiales? En el más poderoso país del mundo actual, los Estados Unidos -en 1925-, uno de los principales hombres políticos, M. Bryan, jefe del partido llamado *demócrata*, se puso al frente de una cruzada contra la enseñanza de la teoría darwiniana y en general contra la de toda teoría científica no conforme con las verdades reveladas en la Biblia, es decir, contra la enseñanza de la ciencia; y los jurados de Dayton aplicaron la ley que castiga toda propaganda no respetuosa de las Escrituras Santas, condenando a un profesor y a un abogado. Seis Estados norteamericanos, según nos informan los periódicos, han adoptado

El cristianismo ha hecho revivir la dura sociedad antigua, agregando la intolerancia.

Pero lo que justifica la cólera y el odio de los justos contra el cristianismo es que es una religión de dos caras. Poder espiritual, en palabras, temporal en realidad. Religión de amor en palabras, de oposición y de tortura en realidad. Desde hace quince siglos crucifica a Jesús y hasta crucifica al Cristo, pero se adornó con la belleza evangélica para su propaganda. Ha puesto en práctica el más gigantesco y el más implacable sistema de represión que existió jamás, contándoles entre tanto a las multitudes el adorable poema de los santos. Ha instituido un culto de la Virgen que no es bello ni enternecedor más que para los herejes que no tienen en cuenta el mecanismo católico que hay debajo. Si se le puede reprochar, frecuentemente con razón, al judío ser de lejos un internacionalista y de cerca un nacionalista, una acusación aun peor ha de hacerse al cristiano histórico que quiere ser a la par el ángel y el verdugo.

En fin de cuentas, la hiriente perfidia de la Iglesia reinante que, mientras obra por las manos del inquisidor habla por la boca de San Francisco de Asís, esa algarabía indecible de casuísticas melosas y de sutilezas por la cual procura deformar el gran hecho sin réplica a la faz del cielo; el contraste prodigioso entre sus obras y sus mandamientos no lo puede borrar la sinceridad conmovedora de tantos mártires ni la necesidad respetable de tantos creyentes.

EL FERMENTO DE ISRAEL

El Cristianismo ha castigado a los judíos.

Pero esa venganza histórica que se ejerce desde que la supuesta doctrina de Cristo se instaló armada en todo el Occidente, exaltó los puntos fuertes del genio judío y forjó un formidable adversario para la cristiandad que ya encarnaba en "el Orden".

La grandeza moral de los judíos, en potencia en la irradiación geométrica de su tora de justicia, no comenzó en realidad sino con sus desgracias públicas. Su suerte empeoró. Fueron desterrados de la humanidad. Su destino se hizo el más grande de los martirologios conocidos.

Pero desde el día en que -dice la leyenda- Jocanan ben Zaccai, aquel tamia visionario se escapó, oculto en un ataúd, de Jerusalén,

el mismo punto de vista. Nuestra opinión pública, que se cree tan perspicaz como liberal, pero a la que cogen siempre desprevenida los grandes hechos lógicos, se ha escandalizado. Sin embargo, hay que reconocer que los asnos de Dayton han juzgado de perfecta conformidad con las tradiciones cristianas.

sitiada por Tito, y "llevándose la semilla del porvenir, salvó en la ruina del Estado judío, el judaísmo", desde aquel día, la cristiandad dominadora material, chocó con la irreductibilidad de Israel y también con su inteligencia.

Israel sembró la oposición a los mecanismos tradicionales, el hábito de la resistencia pasiva, el ideal de desobediencia, el espíritu de rebelión. Este espíritu de rebelión tomó la antigua forma de espíritu de justicia y, así, la protesta judía ha sido llevada hasta las mismas bases de las instituciones establecidas. Se ve transparentarse en ese ideal las cimas de la Ley de los Profetas.

Sin duda, muchos judíos privilegiados se han pasado al partido del adversario mundial y han empleado en provecho de éste sus más inmemorables procedimientos; sin duda, la alta concepción del judaísmo no se muestra explícitamente formulada más que entre una minoría selecta, los sucesores modernos de los judíos de la Diáspora, de los Prosélitos de la puerta; los grandes espíritus son raros y más aún las grandes voces. Sin duda, como ya hemos dicho, la irreductibilidad de los judíos no fue frecuentemente más que el choque inmediato de sus tradiciones con las tradiciones y nacionalismos locales. Sin duda también, el genio judío ha adaptado, con frecuencia, hábilmente a su ambición particular la idea del reinado universal de la justicia de la misma manera, sobre poco más o menos, como las grandes potencias alumbran sus designios anexionistas con la antorcha de la civilización.

Pero, cualquiera que sea la calidad intrínseca de los diversos móviles que han animado a esa multitud dispersa, el destierro de los judíos ha contribuido, poderosamente de hecho, a hacer existir en el mundo un partido de enderezamiento. Han encendido la causa de la revolución internacional, ellos que hicieron la disociación de la religión y del territorio predicado por Jesús. Esto los hace los enemigos específicos de aquellos que han nacionalizado por fracciones el cristianismo y elevado esos ídolos contemporáneos de las grandes naciones.

Yo creo que es equitativo proclamar esto; Aquellos que otro tiempo desconocieron a Jesús son los que -ilustrados por la lección de desolación, la única hasta ahora bastante grande para enseñar a los pueblos- lo han defendido mejor contra los que han desconocido su doctrina, so capa de aplicarla⁴⁸. ¿No es sorprendente que los campeones del orden consagrado, después de haber reprochado durante tanto tiempo a los judíos su persecución contra Jesús, les reprochen hoy haberlo producido, y que un escritor italiano consigne que los dos grandes elementos de perturbación del mundo romano y latino provienen de dos judíos: Jesús y Carlos Marx?

⁴⁸ En medio de los alaridos de los nacionalismos, parece que los verdaderos cristianos son los judíos, ha escrito J. L. Garvin en los momentos de la Gran Guerra.

El retorno de las vicisitudes históricas que han puesto a los judíos con relación a los cristianos reinantes en la lamentable situación en que se encontraban en otros tiempos los cristianos respecto de los judíos, debe chocarnos menos que las analogías del puro sueño judío y del primitivo sueño cristiano: el de Jesús.

TERCERA PARTE
DIOS O LA REVOLUCION

AYER Y HOY

Al final de mi libro *Jesús*, yo escribía:

"Si he leído y releído día y noche los Libros Santos y tantos trabajos como se han escrito sobre el Dogma, no ha sido por el placer artístico de realizar una reconstitución ni de pretender hallar -como un arqueólogo- un Evangelio sin contradicción y sin tacha - el evangelio de restitución.

"Ha sido para poder dirigirme a los inquietos y a los atormentados de los tiempos en que vivimos -hoy, que fatalidades económicas, sociales, políticas, intelectuales y morales incitan al hombre a ser, según el sagrado ejemplo que no le fue dado más que vislumbrar, un demolidor de ídolos".

A pesar de las diferencias de orden pintoresco o estadístico que la erudición puede complacerse en acumular entre las épocas, nuestra civilización se parece a la que se descomponía sobre nuestro hemisferio cuando apareció aquel que repuso por un instante y para algunos la verdad en su punto.

Se hablaba entonces del fin del mundo y se tenía razón. Se tiene más razón todavía para hablar hoy, que parece que los enormes continentes van a la deriva.

Hemos llegado al término de un período de civilización. A las señales de decaimiento de toda una sociedad o mejor de todo un sistema social. Y se ve con la misma claridad la preparación de las ruinas. Los mismos anuncios de un gran trastorno que surgían en el siglo primero surgen el siglo veinte, los mismos zumbidos subterráneos y las mismas presiones populares profundas. Ninguna de las lamentaciones formidables de los viejos profetas, portavoces de todas las categorías de esclavos, contra un inmenso organismo descompuesto, está hoy fuera de la realidad.

Y esas amenazas luminosas son hoy más fuertes y definitivas que lo fueron nunca.

DEMOCRACIA ARISTOCRATICA

Vamos a determinar por encima, sin dejarnos atrapar por la tentación de las asimilaciones superficiales, sin descarrilar, en un paralelismo abstracto, algunas de las grandes analogías del presente y del pasado.

El actual sistema social, el Orden establecido, que se llama corrientemente el Orden, como, si por un juego de palabras se pudiera hacer pasar "lo que es", por "lo normal y respetable", es el de la selección artificial, de la desigualdad, de la soberanía de una oligarquía a costa del conjunto humano.

Esta forma de sociedad construida por los altos y que violenta a la humanidad entera, tiene sus teorizantes y sus panegiristas, su expresión integral en el régimen monárquico.

Pero, de hecho, el régimen llamado "democrático", tal cual, regenteaba a Roma antes y después del establecimiento del Imperio (aquel cambio de etiquetas) y cual regentea hoy las monarquías constitucionales y las repúblicas de Europa y de América, presenta los mismos caracteres esenciales. Es un régimen aristocrático que ostenta las pretensiones y a veces las apariencias de un régimen de libertad y de igualdad. Sobre un despotismo de hecho no pone más que un liberalismo de palabras. "Estamos en una época -escribía el historiador Mommsen-, en que las palabras no corresponden ya a las cosas". Se ha de decir más bien que estamos en una época en la que esa anomalía, que fue de todas las épocas, se ha hecho más marcada y más visible.

Nuestro régimen "democrático" no es lo que pretende ser. No corresponde en modo alguno a la imagen que de él trazan los declamadores oficiales, siguiendo el ejemplo de su antepasado Cicerón, prototipo del "gran burgués" liberal, para el que la constitución romana era la "última palabra de la sabiduría y de la perfección". Hay en esto un "sincretismo" de ideas, de principios, que se invoca, pero que no se realiza: se utiliza, que no es lo mismo. La institución sigue siendo fundamentalmente oligárquica. El culto cívico de la "democracia", que se pone encima, no sólo no tiene influencia alguna realmente política interior y exterior, sino que sirve para disimular el verdadero estado de cosas, que es la lucha de clases y la explotación de las masas por una minoría privilegiada.

Las masas, reducidas a clases explotadas, forman, en efecto, la gran mayoría de los hombres. Se puede, pues, decir que la humanidad no es regida según sus aspiraciones y sus necesidades orgánicas, sino según las conveniencias, fatalmente opuestas a las suyas, de esa privilegiada minoría parasitaria. La Ley antigua, como la Ley contemporánea, es la prosperidad de unos cuantos a costa de la servidumbre y de la miseria de la multitud de los demás -es la guerra del hombre contra el hombre-.

La oligarquía dirigente es la del dinero. Casi siempre ha sido así: raros han sido los períodos históricos en que los poderosos no fueran los ricos: poseedores de la tierra o de cualquier otra forma de la riqueza. El feudalismo de los ricos -el capitalismo- se desplegaba ampliamente en la Roma antigua y los historiadores nos muestran que desde el crepúsculo de la república, el mundo romano era un compuesto extraño de "millonarios y de mendigos", y describen el papel cada día más importante que desempeñaban en la sociedad y también en el Estado, los advenedizos, "nuevos ricos": antiguos esclavos emancipados, mimos o cortesanos, fun-

cionarios o aventureros; por lo general, satélites del Estado a los que el vicio, las intrigas, la especulación sobre las provisiones, habían dado fortunas fabulosas.

En la época contemporánea, el inmenso progreso de la industria, de la maquinaria, de los medios de comunicación y de transporte, la ampliación y la centralización fantástica de las empresas, el acuartelamiento industrial, han dado proporciones considerables a esa explotación del hombre por el hombre, por medio del capital, y todas las teorías, proclamas, mitos y ritos del orden establecido no son más que la fachada engañosa de esa inmensa maquinaria económica: el drenaje del oro, arrancado a la explotación del suelo y del subsuelo, a la producción agrícola e industrial, al tráfico, a las conquistas militares y diplomáticas, a los infinitos juegos de la especulación para el beneficio concreto final de algunos financieros hipertrofiados, los verdaderos reyes del mundo. Entre las manos de éstos, los trabajadores -obreros o soldados- son herramientas o armas; el comercio y la industria, medios estratégicos, y los gobiernos, funcionarios. Esos hombres, de los que es posible contar pocas centenas de nombres, constituyen el Consejo de Administración del universo.

El capitalismo acapara al Estado, se apodera de la política y condiciona el imperialismo que es su forma de Estado. Todos los gobiernos son conservadores por oficio.

El capitalismo es individual, puesto que la riqueza es personal. Logra, por una ley económica que es la transposición a la esfera económica de la ley física de la gravitación, un acrecentamiento continuo de las situaciones individuales -las pequeñas empresas son absorbidas por las medianas y éstas por las grandes: *carteles, truts, supertrusts, kousern*. La riqueza se enriquece. Esa concentración tan automática sobre el mapamundi convexo como la corriente de las aguas, pone actualmente el poder terrestre en las manos de la alta finanza americana.

La América del Norte, llegada a un grado de prosperidad casi incalculable, coloniza todo lo colonizable en el resto del mundo. No hay necesidad alguna de anexión militar propiamente dicha. Cuestión de tarifas, de tratados de comercio, de control de los bancos sobre las empresas, y de monopolios.

Una de las grandes diferencias aparentes entre el mundo contemporáneo, la pluralidad actual de las grandes potencias, se borra por el examen. En realidad sólo hay una gran potencia temporal como en la época imperial. En primer término, por el hecho de la supremacía de la potencia anglosajona. Pero, sobre todo, porque el sistema de explotación de las multitudes por los hombres de dinero, traspasa por todas partes las fronteras geográficas, adquiere de buen o mal grado formas internacionales, por razón de las leyes lógicas de la solidaridad económica, y divide efectivamente el

mundo en dos patrias superpuestas. El capitalismo, cuyos proveedores y logradorees son individuales, es fatalmente supranacional. Esto es una evidencia.

Decir: "un país rico" no es emplear una expresión precisa y leal. La definición real de "país rico" es aquél donde hay más ricos que en otras partes o donde todos son más ricos. Pero todo país está principalmente poblado por los pobres. Las miradas y el espíritu no pueden eludir esa gran antítesis dinámica que se diseña por todos lados. Dentro del marco de cada frontera están los explotados y los explotadores. Tales son las dos naciones universales; el resto no es más que fraseología y pacotilla de escaparate. La solidaridad "nacional", la unión sagrada de los sacrificadores y de los sacrificados, entre los muros de las fronteras, es una maniobra artificiosa que se ha perpetuado materialmente hasta aquí por sofismas y, sobre todo, por el terror. De igual manera, no hay en realidad países vencedores y países vencidos. En toda nación "vencida" los explotadores son vencedores, en toda nación victoriosa, los explotados son vencidos.

LOS BARBAROS DEL CAPITALISMO

La clase dirigente americana -que ponemos, naturalmente, aparte del pueblo americano- representa hoy la horda nueva que invade y sumerge el universo, pertrechada pesadamente con sus dólares.

Tiene las cualidades de los conquistadores: el vigor, la actividad, el espíritu emprendedor y un método racional de organización de negocios; pero es su riqueza torrencial la que le hace veces de genio. Los potentados de aquella burguesía, tienen bajo su capa de falso liberalismo, una mentalidad de reyes negros. Confunden su progreso natural con el progreso moral. Su superioridad es únicamente mecánica y aritmética; y sus dos pequeños ideales superficiales, el evangelio y el democrático, son tan huecos, tan nulos el uno como el otro.

Y no se nos venga con la leyenda de las "naciones europeas idealistas", en contraposición con la gran nación voraz de allende el Atlántico a la que nuestros cantineros y especuladores se complacen en llamar una "nación de mercachifles" para vengarse de que reclame sus deudas. No hay *bluff* más temerario.

Los amos reales de todos nosotros, los europeos, lo mismo franceses que alemanes, ingleses o italianos, no son de otro jaez que los reyes del dólar. Entre los de acá y los de allá no hay diferencia de calidad, sino solamente de más o menos. Imagínense unas ampliaciones fotográficas.

El capitalismo imperialista necesita el desorden de la humanidad, su división en naciones, la competencia y el antagonismo de los países, como condiciones de expansión de los grandes negocios, pero no por ello es menos internacional, repitámoslo, puesto que es individualista. Es una Internacional de nacionalismos. Divide para reinar: *divide ut imperes*; pero no hay más que un solo Capitalismo, *Imperium* de nuestra época.

En la cima de la vida pública, la voracidad imperturbable, cínica y perfecta del imperio romano, se renueva en más amplias proporciones por la colonización moderna, sedicente, civilizadora; en realidad, bandidismo, con el lucro por único objeto.

No hay país que, en la medida de sus medios, no reproduzca por su cuenta la perfidia romana que sólo el peso de sus armas trocaba en derecho. El extranjero se crea derechos instalándose por la fuerza en otro país y los confirma con matanzas, como hizo César en Galia, donde mató un millón de galos.

Egipto, el Sudán, Persia, el Transwaal, las Indias, China, el Africa del Norte, del Centro y del Sur, la Indochina y Siria ofrecen ejemplos, igualmente típicos todos ellos, de ese derecho robado. En los tiempos modernos el reparto imperial del mundo se agrava por antagonismos religiosos, en los que maniobran los misioneros.

La Francia de la Revolución y la libre Inglaterra han realizado una obra de represalias, de reacción social, de división y de odio. Han ahogado en todas partes los movimientos de liberación popular. Han hecho de la paz un instrumento de guerra, alzando a los viejos países y a los países nuevos unos contra otros, y la Sociedad de las Naciones no tiene más fin que consagrar, consolidar económicamente la rapiña militar y paralizar para siempre el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos: ese principio del que se ha hecho tan elocuente empleo; siguiendo exactamente de hecho el proceder contrario. ¿Qué quedará de todo este carnaval sonoro de civilización y de paz cuando los historiadores del porvenir llamen las cosas por sus nombres?

EL CAOS

Las condiciones de la vida -hablamos para las muchedumbres y no para los logreros esparcidos- son cada día más precarias. Son inadmisibles ya, serán imposibles pronto. La legislación económica, que es individualista y proteccionista, va dirigida contra el consumidor. Las cargas aumentan, se amontonan alrededor de las de la Guerra y las de la Marina, que sostienen el desequilibrio del régimen. Así pues, impuestos y empréstitos crecientes.

De tales métodos de dominación resulta el caos, material, intelectual y moral. El goce sin freno, a todo trance, conduce el baile de las naciones condenadas. Relajación y corrupción de las costumbres; los vicios más crapulosos devienen de los ornamentos de la moda. ¡Gloria a las cortesanas y a los pederastas, como a los histriones y los pugilistas!

Los juegos del circo resucitan con el deslumbramiento y el embrutecimiento que vierten. Ningún espectáculo sano atraería la legión dorada que hace salir de la tierra un match de boxeo. Ninguna obra maestra tendría el éxito de una ineptia de café-concierto, salida del gaznate de una cupletista. Recientemente, las exequias de un mimo del cinematógrafo, cuyo talento consistía en ser guapo, adquirieron en los Estados Unidos las proporciones de una calamidad pública. Alcoholismo y estupefacientes; la cocaína mina hasta la formidable salud del pueblo joven de los Estados Unidos. Decadencia de la literatura y del arte, porque el pensamiento carece de dirección, de aliento y de dignidad, porque se busca sobre todo el éxito o el efecto, aun a costa del escándalo, y porque, socialmente, el mercantilismo se ha apoderado del libro, del teatro, de los grandes medios nuevos de expresión: el cinematógrafo y la radiotelefonía. Los hombres de dinero lo comercializan todo, hasta en los moldes de producción de las obras, fabrican y lanzan renombres ilícitos, aureolan mediocridades entre la multitud de los artistas, que se empujan ante la opinión pública, y, por otra parte, la censura del Orden hace del teatro, del cinematógrafo y de la prensa instrumentos de propaganda y de desviación del espíritu público.

Un solo sector del espíritu humano ofrece el espectáculo de una acumulación; el saber, esa parte industrial del pensamiento que es el conocimiento. La ciencia progresa, porque la ciencia pura es autónoma; pero está reducida a la mendicidad y a merced de la caridad privada, salvo en los casos en que sus descubrimientos interesan a los militares y a los ganadores de dinero. Hasta en las presuntas empresas de público interés, los designios de los empresarios no coinciden sino muy raramente con el interés público. En muchos casos le son netamente contrarias.

En el círculo del arte, el talento no ha dejado de ser el talento. No se podría suponer sin paradoja, que esté ausente de nuestra época, como tampoco el buen gusto, principalmente en las artes menores; decoración, mueblaje, modas. Pero en eso no hay más que valores individuales dispersos, realizaciones esporádicas que se mantienen en los límites de un lindo parasitismo de lujo. Por otras partes, el arte se busca y no se encuentra. El cubismo ha tallado sus materiales como un gran constructor y después se ha detenido, atacado de impotencia en sus comienzos. Otras fórmulas más complicadas procuran a tanteos reanudar la tradición pintoresca. Como ya expuse en otra parte, hubo en los planos literario y

pictórico una manera revolucionaria brutal y caracterizada, propendiendo a un medio de expresión más directo, más puramente formal: una simple gimnasia nueva de los ojos, una adaptación más ajustada y decisiva de la imagen, que nadie ha sabido explotar ampliamente.

Volviendo a la vida social: Los gobiernos -hoy como ayer- se muestran cada vez más impotentes para afrontar la situación, retrasar las catástrofes, escapar a las consecuencias de esa ley de guerra que ellos mismos han grabado sobre la piedra y el bronce y que divide las generaciones en hombres-instrumentos y hombres-ganancias.

Más escandalosa todavía que la audacia de los ladrones públicos reconocidos, estafadores de derecho común, es su impunidad, que se ostenta a plena luz. Ninguna sanción ha sido adoptada contra los que, entre ellos, presentaban alguna "fachada"; se ha olvidado en demasía -se olvida pronto- la complacencia criminal del régimen para con los potentados del capital. Pero todo aparece inestable en torno nuestro. Se multiplican las amenazas de guerras y de ruina general. El salvajismo vuelve a posesionarse de la humanidad en formas formidables y perfeccionadas. Somos arrastrados, positivamente, hacia un abismo.

Por esta parte también el mundo moderno es comparable al universal antiguo, cuando empezó a tambalearse.

EL MAR HUMANO

En el mundo que se derrumbó, y en el que se derrumbará por los mismos motivos, había -y hay- un proletariado del que se sacaba, y del que se saca, el trabajo y el ejército: la masa productora de carne útil.

Para ese proletariado nada se hizo jamás en el mundo antiguo (en el mundo moderno ha tomado él mismo por la fuerza lo poco que tiene y que sostiene mal). El poder lo nutría de grandes palabras halagadoras -como hoy-, porque temía las agitaciones posibles de ese mar humano. Se inscribía a la cabeza de las tablas de la ley: *Voluntas populi suprema lex est*, como hoy se graba: Libertad, Igualdad, Fraternidad, como se resucita públicamente la Declaración de los Derechos del Hombre en las ceremonias.

En nuestros días, se agrega la comedia de las elecciones y del sufragio universal, pura ficción, porque no hay ningún vínculo, control, del elector al elegido. El elegido, una vez nombrado, gravita en un sentido o en otro alrededor del gobierno; el cuerpo elegido es desgajado de la masa electora y el contraste entre las

promesas inscriptas en los programas electorales y las realizaciones es, con razón, un inagotable tema de ironías para los vodelistas.

En la antigüedad romana, y aún en la admirable república romana primitiva, que no fue, ¡ay!, más que un admirable mito, la serie de proyectos de leyes agrarias, en que se concentraban las reivindicaciones del proletariado, fueron un gran fracaso para éste y una gran vorágine de tribunos. Los verdaderos defensores del pueblo fueron, uno tras otro, abatidos y aniquilados. En nuestro mundo democrático contemporáneo, la misma escena histórica: la ley de las ocho horas ha sido inscrita en los códigos, los decretos, los tratados, las actas. Los trabajadores podían considerar esta conquista como lograda, después de los solemnes compromisos contraídos, en nombre de las potencias, en 1919. Pero está oficialmente abolida en Italia y en Alemania, quebrantada en Inglaterra por efecto de la abrogación de la ley de siete horas de los mineros ingleses que trabajan dentro del agua y con los músculos retorcidos; puesta de nuevo en discusión y prácticamente suprimida en todas partes. La suerte de esta ley de las ocho horas, que les permite a los obreros salir de la vida animal y que constituye el símbolo y el tipo de la reivindicación de los oprimidos en el régimen capitalista, regula de una vez para la leyenda de los sedicentes progresos automáticos y constantes de la democracia oficial. ¡De eso se trata! Los legisladores, que trabajan por el *statu quo* de una oligarquía buscan obtener nuevos recursos estrujando más la masa servicial. Igualmente, bajo la forma de impuestos de consumo, hacen, en fin, pagar la guerra a los que la hicieron, por cuenta de aquellos que se enriquecieron sin hacerla.

No es éste lugar adecuado para exponer la compilación de las soluciones capitalistas: deudas sobre deudas, inflación (forma moderna e ilimitada de falsificación monetaria), remiendos momentáneos, soluciones ilusorias de un problema insoluble en las formas o en el estado de cosas -que se mantiene por lo demás y que es el interés exclusivo de la oligarquía del dinero- en que se plantea. Digamos sencillamente que encontramos en la historia romana los mismos procedimientos de financieros apurados y turbios, que "salvan las apariencias" retardando las fechas de los vencimientos con todas las ilustraciones prácticas de la famosa fórmula: Después de nosotros, el diluvio.

Las semejanzas que se manifiestan espontáneamente son, por lo demás, completamente lógicas, puesto que el régimen contemporáneo es un calco del antiguo. Nuestra vida pública está pautada literalmente por el Derecho y el Código romanos, puestos en vigor nuevamente por Napoleón, finalizador histórico de la Revolución Francesa. No es la caricatura del democratismo helenista lo que vemos dominar hoy, es su supervivencia. Por lo demás, ¿no es el retorno estricto y directo al paganismo, lo que se preconiza?

Ahora, como en la antigüedad, paralelamente, reina y abruma la Idea del Orden, que es el orden aparente sobre el desorden; que desequilibra toda la actividad viviente y le impide evolucionar normalmente sobre esta vía; que es artificial y falta de honradez tras su apariencia de respetabilidad. La expoliación está, bajo todas sus formas, en el corazón de la sociedad, mal encubierta por las terminologías oficiales y oficiosas. Vivimos según un sistema de destrucción.

LOS REBELDES

He aquí surgiendo de abajo, frente a los parásitos "democráticos", una minoría resuelta, de fuertes tendencias internacionales, un fermento que solivianta las masas: antiguamente los cristianos; hoy, los rebeldes.

Contra la civilización de fachada que ahogaba hace siglos la vida universal, germinó una oposición violenta, como germina hoy en nombre de esa vida misma y del derecho a la vida de las multitudes. En lugar de un fantasma legal de pueblo y de una geometría abstracta de grandes principios, se plantea la acción concreta de la masa y su subida natural; la lógica de justicia se incorpora a esa masa y se hace un elemento orgánico.

El choque entre una sociedad oligárquica hecha por los de arriba y el sueño desencadenado de una sociedad universal, salida de abajo, de lo innumerable, sólo en los tiempos en que estamos es tan neto como lo fue en el momento en que se alzó el cristianismo.

Lo que se desató contra el monumento romano y la ideología heleno-latina fue la idea judía fundamental, de la que Jesús fue en un momento la voz absoluta. Aquel soplo de justicia integral no había sido tenido en cuenta por Pablo en la fabricación de sus nuevas fórmulas teológicas. Pablo era un secuaz del orden. Pero, como ya hemos visto, aquel grito emergió de tal modo que no se oyó más que él durante el período decisivo en que las masas tomaron por su cuenta el cristianismo bajo el signo de Jesús-hombre.

"No hay en el pasado de la humanidad -escribe L. Rougier en su obra sobre el conflicto entre la civilización antigua y el cristianismo primitivo- hora más solemne que aquella en que el helenismo y el judaísmo bajo la égida de la paz romana, se enfrentaron y se midieron". El escritor, ferviente helenizante, establece así el paralelo: "Grecia proclamó la armonía del Cosmos y la excelencia de la vida humana, glorificada por la sabiduría y el heroísmo. Fundó la civilización racional... Dio al problema social una solución esencialmente liberal y eminentemente aristocrática, favoreciendo en un pequeño número el más completo desenvolvimiento de la person-

alidad humana, aunque fuera a costa de la mayor desigualdad en cuanto a los otros". Continúa su cuadro, lleno de colores -y lleno de "confesiones"-, magnificando la "paz augusta", realizada por Roma en el mundo subyugado, su sentido patriótico y su nacionalismo, su organización administrativa y jurídica; en una palabra: "el Imperium, la formidable potencia guardiana de la legalidad y del orden público, encarnada en la persona de César".

Después, L. Rougier se vuelve rencorosamente contra Israel: "Israel denunció «la iniquidad escandalosa de aquel mundo» y dio una voz a las reivindicaciones del pueblo, a la reclamación obstinada de los que tienen sed de justicia". No quiso reconocer, le reprocha el escritor, que "el mundo se apoya sobre injusticias necesarias, una de las cuales es la resignación del pobre".

Por una subversión de todos los valores griegos, concibió el "día de Iahveh", como el advenimiento de los miserables, de las gentes de la nada, al gobierno de aquí abajo: la ideología revolucionaria, el socialismo, la dictadura del proletariado, derivan del pauperismo de los Profetas de Iahveh". L. Rougier incrimina a los judíos por no haber respetado a la Roma imperial y haber denunciado sus ignominias. Y agrega: "El Evangelio, también, parece escrito para los pobres..."⁴⁹.

En otros términos, el crimen de ese espíritu de rebelión es no admitir que el mundo está hecho para que los privilegiados de la fortuna puedan, en sociedad restringida y escogida, llevar una vida armoniosa, fácil; para que puedan pisotear tranquilamente a los millones de seres vivientes que son denominados "gentes de la nada".

Las gentes de la nada son las gentes del arado y de la heramienta, o del fusil; las que roturan, las que edifican y las que conquistaron. Se puede decir: son los hombres. Todas las aristocracias, comprendida la aristocracia burguesa de hoy, han em-

⁴⁹ Los defensores del orden de los parásitos no les han perdonado a los judíos haber lanzado aquel grito. El antisemitismo moderno ha nacido, en los medios ignorantes, del delirio nacionalista de aventureros izados a las alturas, y de una baja y fácil demagogia; en los medios cultos, de las grandes afinidades helénico-cristianas de la cultura moderna. Ernesto Renán decía hace cincuenta años en plena Sorbona: "En todos los órdenes, el progreso para los pueblos indo-europeos consistirá en apartarse cada vez más del espíritu semítico". Uno de los teorizantes del antisemitismo -y del anti-orientalismo-, el alemán H. S. Chamberlain, reproduce a propósito del *Homo arabicus* (los árabes son de raza semítica), la división entre el corazón y la razón, y para este doctrinario, el cristianismo representa la razón contra el sentimiento (lo que muestra cuán fácil es disponer de los términos como se quiere en esas batallas de definiciones). Una escuela nos prueba que la ciencia árabe no es árabe, sino griega; otra, que Jesús no era judío, sino ario (lo que ensamblaría mejor, en efecto, con la personalidad del Jesucristo católico).

pleado ese abominable sofisma: "la inferioridad" de los hombres sometidos al trabajo, en las que se cultiva el relajamiento ⁵⁰.

Hay que agregar esto: El helenismo no es sólo la exaltación y la consagración del contingente social selecto, es filosófica, social y artísticamente, la superficial doctrina del momento actual. "No te preocupes -dijo Marco Aurelio, que fue estoico y fue emperador-, no te preocupes más que de la vida que vives; es decir, del presente, y así podrás vivir tranquilamente, noblemente, razonablemente". El helenismo optimista, gozador, luminoso, egoísta y oportunista, quedó por ser así, apartado de la vida colectiva y no la ha comprendido jamás. El cristianismo del período proletario nos hace penetrar en los abismos humanos: sufrimiento, cólera, tensión hacia el equilibrio y la justicia.

No es posible caracterizar mejor que por la evocación de la crisis que se desencadenó hace un milenio y medio, el conflicto que surge actualmente bajo la "égida de la paz anglosajona". Se oye renacer de sí mismas las imprecaciones de los apocalipsis judíos y cristianos contra Roma, la ciudad de iniquidad, henchida del reinado de la Bestia y "que fornicaba con los reyes y los traficantes de la tierra".

Es Jesús contra el Cristo.

LA OLA DE SANGRE DEL SIGLO XX

Tolerancia del poder constituido en tanto que se trata de manifestaciones insignificantes o exclusivamente verbales. A medida que la idea adquiere consistencia y vida, medidas de coercimiento. Asimilación individual de los hombres a los criminales ordinarios como autores de complots.

Así fue como Poncio-Pilatos inculpó e hizo morir al Jesús vivo. Así fue como el mismo Pablo, dicen los *Actos*, fue acusado

⁵⁰ No es ni siquiera exacto decir que esa concepción inica sea favorable a la eclosión del arte. El arte no es una diversión de gentes ociosas. Saldrá de las masas laboriosas un arte más profundo y más grandioso que el que suministran los juegos de sociedad de los inútiles. El porvenir lo probará. Entre tanto, el presente nos muestra que una de las taras de los ricos es, en bloque, el mal gusto y, salvo muy raras excepciones, la riqueza deja por donde pasa huellas de fealdad. Vemos otros síntomas de descomposición aristocrática en todos los escritores más notables de la joven escuela literaria, imitadores eruditos, impotentes e incoloros de Stendhal y de Dostoiewsky, que se pierden en una manía de análisis sutil, abstracto, anémico, incoherente, que está cada vez más al margen de la vida. Son *desmenzadores*.

"de crímenes que no se podía probar". Así, los judeo-cristianos fueron declarados, según se nos dice, fuera de la ley en el siglo I, cuando el cristianismo, que no era todavía un movimiento de masas, no se señalaba más que por los excesos de lenguaje de algunos alborotadores lanzados contra la idolatría.

Yo les reprocho a las gentes honradas que no sean gentes honradas cívicamente, porque no quieren o no pueden darse cuenta de la hipocresía de los grandes principios democráticos reinantes, que se desvanecen ante la aplicación. Si se quisiera reflexionar, se vería claramente que la cólera y el odio contra los revolucionarios provienen de que éstos son los únicos que quieren "hacer algo" contra un estado de cosas que todo el mundo está de acuerdo en deplorar y recriminar: "En las palabras estoy contigo; pero si obras, te aplasto".

En nuestros días se ha perfeccionado la represión contra los portavoces de las aspiraciones populares; pero son siempre de la misma especie los procedimientos represivos empleados contra ellos. El ejército nacional es un instrumento de guerra civil. La policía política, vasta organización internacional, que les cuesta a los contribuyentes más que los Laboratorios y las Bellas Artes, fomenta y organiza conspiraciones y sostiene agentes provocadores, falsificaciones y asesinos patentados. Los gobiernos dan así más de una vez a su ofensiva pérfidas apariencias de defensiva. A los que se alzan contra los verdugos de las masas se los acusa: en el interior, de "anarquía" y de traición; en el exterior, de xenofobia y de atentar contra la civilización.

Las leyes de excepción se multiplican; hay ya en un gran número de países de Europa una armadura de leyes "para la seguridad del Estado", que le permiten a la reacción disponer de los pueblos.

He aquí, pues, el hecho capital que se ha producido en nuestra época: las masas profundas han adquirido conciencia de sí mismas, se han despertado, y no con un medio despertar, lleno todavía de pesadillas, como el de la muchedumbre judío-cristiana del siglo primero. Los condenados de la tierra han abierto sus ojos, han comenzado a mirar la muerte que se les ha asignado y a sorprenderse de que los que lo son todo no sean nada, a asombrarse del formidable absurdo del régimen secular que condena por millones, por millares de millones, a las multitudes productoras, que hacen todas las cosas, a los trabajos forzados en tiempo de paz, a la muerte en tiempo de guerra. Habiendo comenzado a asomarse, las multitudes han comenzado también a erguirse y a sellar una alianza distinta de la que las aprisiona entre las fronteras, una alianza universal de las clases, las razas y los pueblos oprimidos por la horda de parásitos sociales.

Este despertar ha suscitado un sobresalto desesperado de la reacción que ha empleado todos los medios para no soltar su presa -los pueblos- y una ola de sangre se ha extendido por todas partes.

Tal es la tragedia cuyas grandes líneas se traslucen a través de un mundo de acontecimientos.

DIOS O LA REVOLUCION

La política dirigente puede engañar todavía gracias a medios gigantescos de coacción o a una fantástica publicidad que adapta a la política devoradora las ideas y las creencias. Pero todo esto se desliza hacia la nada y arrastra la vida terrestre, porque la ley de guerra y el progreso material significan conjuntamente el fin de la aventura humana. La guerra matará a los hombres después de que la "paz" los haya arruinado y aplastado a los pies de algunos becerreros de oro.

Contra las plagas de las épocas de perdición se contaba en otros tiempos con Dios. El sistema de compensación religiosa equilibraba el mal con los sueños. La superstición integral de la religión, o sencillamente del deísmo, desembarazaba la vida pública de las reivindicaciones de los hombres.

Si Dios existe, nosotros no tenemos voz en el capítulo. No somos más que sombras débiles que tiemblan en el umbral de los limbos. Nuestras teorías, nuestros placeres y nuestras obras y todo lo que emana de nosotros, no tienen ningún alcance, ni siquiera ningún sentido. Debemos remitirnos a los intérpretes de los designios y de la voluntad de Dios, y, por otra parte, soportar alegremente todos los males presentes. Si Dios existe, el deber está lógicamente en contradicción con la lógica y la dignidad humana.

Pretender que las convicciones y las creencias son cuestiones íntimas y personales que no tienen nada que ver con la vida pública, es uno de los lugares comunes cuya difusión demuestra la mediocridad de la mentalidad general.

Se comprende bien el ensañamiento con que los enemigos de los hombres combaten la idea de una sociedad sin Dios y siguen a José de Maistre, para quien la Revolución francesa era satánica porque pretendía apartar a Dios de las cuestiones humanas. Les hace falta el Ser sobrehumano y antihumano, la fuerza extraña mágica que permite separar la razón de la ley, el estatismo del cielo. Si ese rayo teatral se les escapa, todo se les escapa: se verían obligados a conciliar la vida colectiva y el buen sentido, se verían obligados a principiar por el principio, y esto significaría la subversión radical del orden establecido.

Pero el espíritu humano se ha curado de esa locura y no siente ya el freno de las nubes. Se ha sorprendido de haber escuchado durante tanto tiempo las palabras de un gran viento que soplabla, de haber creído durante tanto tiempo que se puede construir el edificio social empezando por el techo, organizar con apariciones y dar una realidad a las palabras por ceremonias públicas, así como por las contradicciones y los absurdos sangrientos, y que la cuadraturas de perfección se pueden resolver por medio de afirmaciones de cierto género.

No nos dejemos engañar por el hecho de que la religión esté aún íntimamente mezclada a las costumbres y a los cálculos -no ya al espíritu- de la sociedad contemporánea, ni por el hecho de que en nuestros viejos países, como en todos los terrenos de decadencia, se debatan por aquí y por allá algunos conatos de renovación religiosa o de que el espiritismo haga un baratillo demasiado copioso con el grave desconocido científico. Ya el papel positivo de la religión es nulo, aunque su acción negativa se enraíce todavía en la inercia general y aunque la institución como un armazón desmantelado permanezca aun de pie a través de la fe desvaneciente. Los que son fascinados por el gigantesco desfile del diorama religioso y deciden con una audacia sobrehumana que ese gran espectáculo representa una realidad más real que la realidad, reprueban con razón el embotamiento y la esterilidad de los actuales practicantes. Los acusan de repetir maquinalmente actos y fórmulas, pero teniendo los ojos cerrados a los abismos de los Cuatro Símbolos, o a las significaciones ardientes y agudas de la misa, a los compromisos desmesurados de la plegaria. "La calma horrible" del rebaño cristiano; así se expresa un sutil y precioso panfleto católico reciente: *Contra los Católicos de Francia*: "Vosotros pedís milagros; vuestra indiferencia es uno, si se reflexiona en lo que desdeñáis". Pero esa indiferencia que deploran los que claman en el desierto de las conciencias católicas, no es más que la lucidez que atraviesa un idealismo, o, mejor, un contra-idealismo fantasma. La humanidad sale irremisiblemente del período de patología teológica.

Sale, como un sacrilegio, de toda su grandeza. El destino de los hombres toma sus espaciosas formas lógicas cuando no hay espectros para reprimirlo; cuando el inmortal deseo de sus corazones sabe que no choca ya más que con las diversas formas de la muerte, sin tropezar en el camino con sus propias pesadillas y con una bóveda azul; cuando sus atentados desesperados contra la naturaleza hostil y las reglamentaciones arbitrarias se ejercen sin límites sobrenaturales; cuando su inextinguible necesidad de creer no recobra de Dios lo que le había prestado.

Pero a los hombres que vuelven a entrar en posesión de esa gloria emocionante les incumbe el deber de curar por sí mismos aquellos de sus males que son curables.

Como dijo un día un viejo bandido burgués desde lo alto de una tribuna oficial: "Esta es una cuestión de fuerza".

No hay más que una fuerza en el mundo capaz de detener la fuerza de los malos reyes: la masa de los hombres sometidos, explotados y diezmados a través de los siglos, las reses acosadas de los campos, los emparedados de las ciudades, el pueblo universal, el proletariado, sustancia del mundo: "Vosotros sois la sal de la tierra". Sois el pan viviente. Fuerza sana, nueva, no utilizada hasta hoy fuera de su trabajo maquinal y de sus momentáneas participaciones en las victorias de sus enemigos.

La vía que se abre ante su paso es aquella por la que se echó la miseria antigua iluminada por el cristianismo judío, puesto que fue una obra social, mucho más que una obra religiosa, la que los primeros cristianos intentaron entonces, alzando de la tierra su dios humano e inmolado, que debía recaer sobre ellos. Y aun fue más bien una obra antirreligiosa que minaba la vieja religión arraigada en el viejo orden.

Hoy, la vieja religión es la que ostenta el mismo nombre de cristianismo, pero que no tiene nada de común con aquel movimiento joven y creador, y los judas son los cristianos. Por la fuerza popular puede ser rehecho todo. La religión o la política, Dios o la Revolución.

EL PLAN

La revolución es el enderezamiento de la vida universal re- puesta sobre sus bases normales y en su funcionamiento normal, puesto que un estado de cosas no puede ser modificado sino modificando sus causas primordiales: Un solo pueblo (puesto que no hay más que un solo pueblo) instituyendo sobre la trama política igualitaria (puesto que esta es la única lógicamente humana) la comunidad total de los productos (puesto que la producción es el único sostén de la vida común). El reparto de la producción substituyendo a la anarquía de las codicias capitalistas. La supresión de las fronteras (puesto que no son más que líneas, por ensangrentadas que estén) y la de la riqueza individual, porque es el tumor de la sociedad y la sociedad toda entera debe hacer uso de sus riquezas. (Si no la destrucción absoluta de la propiedad privada que no lesione el interés social en sus formas restringidas e íntimas). La especulación financiera y el parasitismo extirpados así de raíz en todas sus formas. La geometría voluminosa de la justicia,

rescatando a cada uno de todos, sin pesar más de lo razonable en cada cual. La individualidad tan respetada como sea posible en un todo e igualmente respetadas las razas, la personalidad regional, con sus caracteres íntimos, pero todo esto desarmado. El individualismo personal y colectivo, que está condenado bajo los regímenes actuales a ser devorador o devorado, no puede desarrollarse como es de desear, si no son eliminadas las hipertrofias asfixiantes del individualismo.

La solución del gran problema -solución que no puede ser más que una nueva clasificación viva de las masas humanas que agote y abata la absurda solidaridad de las víctimas y los verdugos de cada nación- puede considerarse, ya en el plano biológico en el que choca el proletariado universal de las ciudades y de los campos contra la burguesía dirigente, ya en un grado de abstracción científica, según lo que se podría llamar una ley mecánica de la masa integral: la conquista del derecho, inherente a la mayoría, a disponer de sí misma sobre las bases de la igualdad política que, aplicada realmente, borra el privilegio y la nacionalidad; ya a más altura todavía, desde un punto de vista metafísico y moral (la metafísica es una matemática de la inteligencia, y la moral, una matemática de la vida): la organización de la justicia⁵¹.

El enderezamiento tiene dos fases: La primera es de lucha y destrucción y exige el predominio absoluto de uno de los dos elementos antagónicos, los explotados; la segunda es la organización según el interés general. No hay que confundir, como se hace sin cesar (con frecuencia deliberadamente, para suministrar un argumento demagógico a la conservación) esas dos etapas una con otra y considerar el orden revolucionario por sus solos caracteres de agitación y de dislocación (como si no se mirase en agricultura más que el desgarramiento de la tierra por el arado); pero la segunda fase no puede existir sin la primera; la organización es destruida de antemano sin la destrucción.

Nada de reformas aventuradas poco a poco: esa es la gran utopía. Hay que insistir sobre este punto, porque es aquí donde se produce la escisión entre los hombres de buena voluntad de acuerdo sobre el objetivo final. La razón lo establece y toda la

⁵¹ Se puede decir también que la realización que consideramos constituiría la "democracia" integral, el ideal republicano llevado hasta el fin. (Jesús decía antiguamente: "Yo no he venido para abolir la Ley, sino a cumplirla"). Pero no hay que perder de vista que entre las semirealizaciones de la seudodemocracia patentada y la realización total hay una diferencia *del todo al todo*. Y que en realidad la democracia aproximada que enarbola el republicanismo oficial o el socialismo oficioso y con la que se contentan tantos bravos republicanos es, sobre todo, un medio de lucha contra el socialismo riguroso, substraéndole los fines -no los medios de lograrlos- y estabilizando el *statu quo*. La intransigencia en este punto capital es, de todos los principios esenciales del verdadero progreso, el que menos admite el espíritu voluble de nuestros contemporáneos. ¡Ay, la opinión pública es: la que no tiene opinión!

historia moderna lo demuestra: la gravitación capitalista central absorbe todas las medias medidas, todos los sedicentes progresos graduales, los paraliza y los plega a sus fines; y la conservación se afirma por esas concesiones insignificantes o ilusorias. Hace falta la acción brutal de los oprimidos según los mandatos de sus propios intereses.

HOY BRILLA MAS QUE AYER

Pero el cristianismo, que puso el Sacro Imperio Romano en el lugar del Imperio Romano, no triunfó definitivamente sino perdiendo su carácter y su razón de ser, y su victoria no fue realmente una victoria. ¿Quién nos dice que no ocurrirá lo mismo con la organización obrera que se suscita y se esboza en torno nuestro?

Los revolucionarios no se apoyan ya, como los de antaño, en supersticiones y misterios teológicos. El sentido de su doctrina, el espíritu de su fe está en cada uno de ellos, impuesto por la razón, y no a merced de intérpretes de lo sobrenatural.

Se proclamará cada vez más, a medida que los hombres vayan adquiriendo conciencia de sus fuerzas latentes, la importancia destructiva y contrarrevolucionaria de la idea de Dios. La teología es el gran arsenal de guerra que se alza en el *otro extremo* del movimiento humano. Es un atentado permanente contra la humanidad. Es la ruina y la negación del esfuerzo de las multitudes; les arranca el realismo de las manos. Jamás los hombres estarán tranquilos, jamás su comunidad será sólida, mientras el más allá, el infinito y la eternidad tomen una figura para arrojar sobre ellos. Dios es la contrarrevolución en persona.

¿Qué posibilidad tendríamos de denunciar como mentira y cebo todas las fórmulas huecas que se nos oponen, si esas fórmulas se amparan en una autoridad que nos abrumba con todo lo incommensurable, y si la voz de los vicarios del cielo nos dice: "Esto es así"?

La noción de Dios no puede, como se pretende frecuentemente a la ligera, restringirse al puro dominio del sueño, ni limitarse a ser un sentimiento personal, pues segrega un dogma y fabrica un culto organizado como el núcleo fabrica la célula. No se puede hacer mella a ninguna religión si no se llega a su núcleo divino.

Vana será la destrucción de las formas exteriores, y aun de dogmas, de una institución religiosa; la misma u otra renacerá de ella misma y se multiplicará. Y lo mismo que de las religiones consagradas se ha de decir de las religiones sedicentes liberadas y heréticas, esos retornos al Evangelio, reformas superficiales con

uniforme civil de la malhechora superstición. Y no puede haber socialismo cristiano, como no puede haber filosofía cristiana. Un cristiano es antisocialista. Que esta cuestión quede zanjada para los verdaderos revolucionarios.

En fin, los que creen en Dios, creen también, por consecuencia y por analogía, en otros fetiches o fantasmas.

Una vez admitida esa intrusión de lo inexplicable, se puede admitir todas las hipótesis que desarraigan al hombre de lo humano.

No hay Autoridad en sí, Violencia en sí, Guerra en sí, Patria en sí, como no hay ya dioses, ángeles ni demonios. Sólo en el cielo ideal de Platón podrían existir esas expresiones verbales como entidades.

No se las puede invocar como tales, sino por efecto de esa abnegación física epidémica de la que he citado diversos casos en las páginas precedentes. Pero en la realidad, están indisolublemente mezcladas a hechos o circunstancias particulares. El procedimiento del análisis es una vivisección que permite apartar arbitrariamente un elemento que jamás se dio aislado en estado viviente y que es, por consecuencia, abstracto, y no basta a sí mismo ni tiene más que un valor de hipótesis o de alegoría.

Nuestra concepción positiva y realista da la clave de muchos problemas. Pone en su punto el viejo conflicto entre el sueño y la acción, citándolos juntamente. Destruye la religión de la Patria, con sus ritos y sus "sacrilegios", porque una patria no es algo que se pueda considerar aparte de la masa viviente que la condiciona y la misma idea nacional no es más que una etapa de la agrupación humana, etapa que se considera falsamente como una meta suprema, un fraccionamiento desequilibrado en sí mismo que se pretende falazmente hacer pasar por un todo. (Por no hablar una vez más de la óptica errónea y de la combinación disparatada que impone esa forma fraccionaria).

En otros términos, esta filosofía social exige que cada razonamiento tenga una materia que moldear, que ninguna idea esté separada de un contenido real. Dice que la vida colectiva, en el espacio y en el tiempo, constituye un mecanismo concreto que obedece a leyes comparables a las leyes físicas y del cual son la proyección, la ideología y la doctrina que obedecen a las mismas leyes. La doctrina es el reflejo orgánico de lo real que no nos es ofrecido más que en su conjunto y por los ojos de la razón.

Decir es preciso que la sociedad sea rehecha según la razón, es decir: es preciso que sea rehecha según ella misma.

Pero este "materialismo histórico y económico" significa realismo y no automatismo. No hay que especular sobre la palabra "materialismo", y pretender que se está ante un determinismo material ciego y pasivo contra el cual nada se puede. Cualesquiera

que sean las bases del mecanismo colectivo, el factor psicológico, la voluntad humana puede intervenir e interviene. Esta barbarie de la civilización contemporánea que acumula tantas fatalidades y locuras sobre el género humano, no es una fatalidad, como tampoco es, en determinado sentido, una locura. Es el resultado de cálculos humanos. Tiene fuerza de ley por efecto de la ignorancia y de la inconsciencia de las multitudes que se dejan violentar por una minoría de parásitos. La masa desempeña el papel de elemento ciego, anomalía enorme, puesto que la masa es fuerte y está cegada momentáneamente, mas no es ciega. El automatismo social de la humanidad no existe, pues, más que en la medida en que los hombres lo ignoran. Esta es la razón de la propaganda que, como ya decía hace poco, no es más que una iniciación clara.

Nuestra doctrina sencilla, franca y profunda, que, más que una nueva doctrina, es un nuevo estado de espíritu, y que es más accesible a todos que las fórmulas más elementales del deísmo, anula el gran sofisma de los déspotas: las masas no saben lo que les conviene; la minoría selecta lo sabe mejor que ellas. "Mil ignorancias no hacen un saber, etc.". Toda esta casuística de los Taine, de los Pablo Bourget y de otros que tienen la presunción de asimilar los grandes problemas de la metafísica o de la ciencia -que no están, en efecto, más que al alcance de algunos-, a las exigencias sencillas y rectas de los reglamentos colectivos. ¿Cómo determinar esa clase selecta y quién puede determinarla? Ella misma, forzosamente. Y se va a parar a la malsana engañifa de la dinastía predestinada.

No se trata de recetas cabalísticas ni de fantasmagorías de felicidad y de paraíso. Se trata de ensamblar positivas leyes económicas con el grupo de los seres vivientes, de conformarse a la física natural de las multitudes y de eliminar monstruosidades que todo el mundo repudia. No admitamos pueriles confusiones literarias entre las complejidades de las técnicas científicas o los misterios ontológicos, y algunas fuertes evidencias sociales.

Las dos objeciones principales formuladas contra la tesis revolucionaria, son el vigor con que quiere establecer y mantener la igualdad política y el empleo de la violencia que implica para conquistar el poder.

Pero desde los comienzos de la historia escrita, la tiranía del dirigente sobre el simple ciudadano y el empleo de la violencia se han ejercido en forma sangrienta y bárbara, llevadas a sus extremos límites y hoy se ejercen todavía más que nunca.

El solo hecho de la guerra de 1914, que, por razones de enriquecimiento individual permitió a los organismos soberanos disponer de un modo absoluto, en cuerpo y alma, de 40 ó 50 millones de ciudadanos, de plegarlos a la obediencia pasiva -bajo pena de ser abatidos- y destinarlos a la carnicería, lo establece suficientemente para todo espíritu equilibrado, sin que sea preciso evocar las

medidas fiscales implacables y cotidianas por las cuales los estados devoradores actuales alcanzan directamente por la fuerza los recursos de los vivos y registran efectivamente sus bolsillos.

La violencia y la coacción han sido continuamente ejercidas por ese Estado moderno que, según la expresión de Nietzsche, "es el más frío de los monstruos fríos y miente fríamente cuando dice: «Yo, Estado, soy el pueblo»", han sido aplicadas en esta guerra de clases, que, no por haber tenido por resultado hasta ahora la derrota de las clases laboriosas, deja de ser una guerra franca y declarada. La contra-revolución había precedido a la revolución. La conservación es destructora. Como ya tuve ocasión de decir ante el jurado del Sena, el proletariado está reducido a la defensiva. Se trata de la negativa a sufrir que eleva violentamente el rebaño total de las víctimas.

Pero hay que repetir sobre todo: la autoridad y la violencia no existen "en sí". Los buenos apóstoles de un régimen que es fundamentalmente el de la violencia, y los moralistas que no tienen más que la idea fija, egoísta y frívola de descartar sus responsabilidades de moralistas, han deslumbrado ya bastante a los hombres con ese error de que la violencia es odiosa por sí misma y en principio. En realidad, vale lo que vale la autoridad que la inspira. Ninguna autoridad puede ejercerse sin coacción y sin violencia; se las encuentra siempre en un grado cualquiera al principio y en el curso de la organización y la disciplina. Se califican por el empleo que se hace de ellas. Cuando un pueblo se alza para arrojar a sus violentadores, como Rusia al zar y la China a los anglo-europeos, ¿quién puede reprocharle que recurra a la violencia?⁵²

En cuanto a la "tiranía de la autoridad", es precisamente en el caso que examinamos en el que no es tiranía. Pascal vio magníficamente que "La unidad que no depende de la multitud es tiranía". El sistema de la comunidad internacional, la obra colectiva reparada según las actitudes, los medios de cada cual, y la participación de todos en el poder, ese bello conjunto ordenado, da toda la profundidad y toda la amplitud que es humanamente posible dar a los derechos a la vida y a la libertad de cada uno. Es la totalidad la que hace la armonía. Conformarse al interés general es obedecerse a sí mismo y ser tan libre como es posible serlo aquí abajo. Ser su propio esclavo es también ser su propio señor. Los primeros cristianos pretendían libertar a los hombres diciéndoles: "Sed los esclavos de la justicia".

⁵² La no violencia de Gandhi no ha evitado a la India más que una revolución que probablemente la hubiera libertado, sin evitar en modo alguno las efusiones de sangre; pero la sangre que hicieron correr horribles represalias no fue más que sangre hindú. El suicidio no es más que una variedad del asesinato.

CONSERVADORES Y REVOLUCIONARIOS

No hay en realidad frente a frente más que conservadores y revolucionarios. Las posiciones intermedias son ficticias y sólo los soñadores y burócratas coleccionan los matices entre las dos fórmulas: Mantener el régimen de los privilegiados o instaurar el régimen de todos.

Los dos sistemas son incompatibles y no pueden coexistir sino provisionalmente, ya que uno y otro son imperiosamente universales. La humanidad futura no tendrá dos cabezas.

Salta a la vista que el conservadorismo se refuerza por múltiples medios indirectos. En tanto que la obra revolucionaria no tiene más que una vía directa y exclusiva. No hay más que una sola especie de revolucionarios organizados. Hay cien especies de conservadores. Quien no es revolucionario es conservador. Los conservadores pueden decir: "Todos lo que no están contra mí, están conmigo". Los revolucionarios deben decir: "Todos los que no están conmigo, están contra mí". Los que se mantienen apartados de la lucha decisiva son conservadores, hasta los elocuentes cantores de un orden mejor. Estos agregan un peso muerto a la pesadez mundial del *statu quo*. "Quien no junta conmigo dispersa", decía Jesús, que comenzó a decir la verdad en todo. Las discusiones y los conflictos que estallan entre las diversas categorías de conservadores no deben engañarnos. Su unión orgánica se reconstituye como por ensalmo cuando se trata de hacer frente al enemigo común: el revolucionario.

El explotado, innumerable, tiende a devenir el revolucionario. ¿Quién podrá resistir el diluvio de los hombres?

¿Cómo puede no crecer la evidencia que ha nacido casualmente en un grupo de hombres?

Ellos son "la luz de las naciones". Son más grandes que sus enemigos, en verdad y en realidad.

Reunidos entre nosotros por líneas rectas, a través de los siglos y de las extensiones de sufrimientos, nos asemejamos a los cristianos originales durante el corto espacio de tiempo en que fueron intratables, en que respiraron el sople revolucionario.

Como aquellas cabezas conscientes del rebaño de Israel, llevamos con nosotros el plan, la imagen desgarradora de lo que no es todavía, la promesa de una patria que sea, y que será, el mundo entero. En nosotros, como en ellos, la esperanza dulcifica los tiempos de impaciencia y de persecución, sobre esta tierra en la que hemos nacido y que clama: "Haced a los demás lo que quisierais que se os hiciera", y clama también: "No matarás". Y es

una alegría sufrir por la verdad cuando se va a tocarla. "Seréis dichosos cuando se os injurie y cuando se os persiga".

No desconocemos el misticismo. No somos enemigos de él, puesto que es una fuerza humana. Estamos armados con él nosotros mismos.

La verdadera sabiduría es la utilización de las fuerzas naturales. Guardémonos de negar una de ellas -no hay que negar nunca lo que es-; pero pensemos en encauzarla y orientarla en el sentido normal del conjunto. Nosotros no comprendemos el misticismo en su terrible sentido técnico de embrujamiento divino, de sustitución de la personalidad terrestre, por el extranjero celestial, de capitulación del espíritu, sino sólo en sus caracteres dinámicos; furia de evidencia, exaltación amorosa por una certidumbre útil: Es ese arrebató el que nos lanza hacia fines lejanos, nos hace encontrar un beneficio en lo que no ofrece beneficio material o inmediato, nos da fuerzas para abandonar una ventaja personal a fin de comprar por ese sacrificio un provecho colectivo. Cuando leemos a los poetas del éxtasis, no somos insensibles a la poesía del éxtasis. Pero pensamos que ese bello espectáculo es un derroche como el del incendio que no se puede a veces menos de admirar. Separemos el error religioso del impulso religioso que lo arrastra como un torrente; que el fervor ocupe su lugar en el edificio del espíritu, que los latidos del corazón sean regulados por la razón. Comprender, primero, todo lo que se pueda y amar, luego, todo lo posible. No amar antes de comprender. Jesús trazó admirablemente todo el misticismo y su verdadera y pura curva haciendo un camino audaz y luminoso para el amor, hasta para la ternura: "Aquel que tiene mis mandamientos y los guarda, es el que me ama".

Entiéndase pues, bien, que no se trata de reemplazar una divinización por otra en la humanidad, madre del Dios muerto y de las leyendas desmoronadas, sino de emplear sus facultades creadoras infinitas y el "alma religiosa", que ella dilapida, para edificar económicamente la ciudad normal, para engendrar también, según la vida y las exigencias del cuerpo colectivo, el arte y la moral, que son los gritos de conjunto de los que se tiene necesidad para vivir. Pero en adelante, el fundamento de todas esas cosas monumentales está en la tierra viviente y no en las nubes.

Guardamos el respeto apasionado de la vida y de la creación, el deseo apasionado de oír en todo lo que existe la gran voz desconocida de los hombres y el genio de las multitudes oculto hasta aquí por los siglos. Tenemos odio apasionado a los parásitos, a aquellos que juzgan que tienen todos los derechos porque se creen de esencia superior y se dicen los ornamentos de la sociedad y consagran toda su energía vital y su sentido moderno de las realidades a gozar ferozmente de la vida, y odio apasionado a los charlatanes de palabras y de pensamientos que deforman la rectitud

con ficciones, y también odio permanente a los predicadores de imposibles.

Y hasta sentimos celos al ver a otros acaparar las cualidades y las virtudes de las que nuestra causa es la más auténtica y la más alta expresión: sabiduría, heroísmo y armonía. Y también sufrimiento: ese sufrimiento real, interminable, insondable de los que fueron durante millares de años las caríatides de los nobles y de los ricos, el rebaño de los privilegiados.

Odiarnos de todo corazón la capitulación de los mercaderes de optimismo. "No existe sólo el sufrimiento, dicen. Hay en la vida buenas facetas, buenos momentos, grandes cosas. La vida no está tan mal hecha, por tanto". Lo que hay que responderles es: "¿Se puede evitar en parte el sufrimiento que hay? Si la vida lleva aparejados sufrimientos evitables, está mal hecha".

Pero no ha lugar a discutir. La discusión se rechaza violentamente a sí misma entre los hombres aglomerados y unidos de una vez para siempre, y los retóricos que disimulan y muestran fines inconfesables. Hay aquí abajo bestias de carga y animales de presa. Nuestro papel es dirigir directamente a las masas el lenguaje de la claridad y de la acción para agitar su fuerza.

En cuanto a los otros, no tenemos más fin que hacerles amar y temer a la multitud.

LOS GRANDES DIAS HAN LLEGADO

"Lo que debe hacerse según el espíritu, se hará también un día por la fuerza de las cosas".

Hay que ser ciegos para no ver por todas partes las señales de esta conquista nueva del mundo. Los potentados establecidos del dinero y de la cultura no tienen en los momentos en que vivimos más que un desprecio altanero para aquellos que elaboran, en todos los planos, la rectificación de la Regla humana, por haberles mostrado algunas persecuciones y operaciones de policía, que esa minoría no es aún bastante fuerte, y no saben ver el vínculo que hay entre los esfuerzos invisibles y los grandes acontecimientos visibles, entre la secta de los agitadores de vanguardia y la ola del fondo. "Lo mismo que estaban en el tiempo anterior al diluvio, comiendo y tomando mujer, sin que presintieran el cataclismo que los arrebató a todos, así acontecerá", decía Jesús, según Mateo. En este momento en que los gobiernos de casi todas las naciones están en manos de embusteros, en que reina como nunca una ley milenaria de opresión de la que sólo han sido cambiados los títulos y los rótulos, la beatífica opinión pública se conforma con algunas calumnias y algunas caricaturas respecto a la doctrina, a la vez

evangélica y científica, de la explotación racional de toda la humanidad por toda la humanidad. Se cree que el descontento y la cólera de la tierra son desordenados. Pero los revolucionarios de hoy vencerán a los cristianos de hoy, que son sus peores enemigos: por las mismas razones que dieron la victoria a los cristianos de ayer bajo el signo de la cruz. Esta fe lógica, esta tempestad calculada, crece con las nuevas masas de la humanidad. Va a desequilibrar los viejos valores y ser una fuerza de la naturaleza. Se reconocerá bien pronto -ese día está más próximo de lo que se supone- que esta doctrina no es más que un orden probado, emanado de la historia misma, una clara revisión de todos los problemas vivientes, y que lleva, ante todo, en el dominio social, a tallar la sociedad a la medida del hombre y a unir los dos polos de certidumbre: la verdad práctica y la verdad teórica, el cielo y la tierra. Nada impedirá que se alcen cada día más numerosos, hasta aplastar a los otros por su solo peso, los que digan: "No hay otro medio".